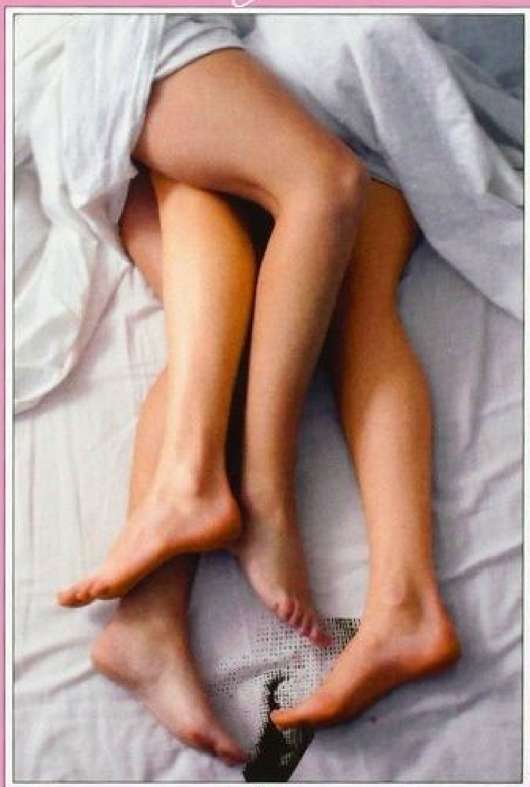
Cintia Moscovich

Dos iguales



La sonrisa vertical



El amor exige «expresión»… esta frase preside esta novela, que precisamente relata una historia de amor entre dos mujeres, uno de esos amores que, en palabras de Oscar Wilde, no osa pronunciar su nombre. La novela arranca cuando Clara, una adolescente, se siente profundamente atraída por su mejor amiga, Ana, y se sabe correspondida. La pasión que surge entonces, marcada por la perplejidad, el miedo y las dudas pero también por el descubrimiento de nuevos sentimientos y placeres, se añade el choque cultural, pues Clara pertenece a la comunidad judía de Porto Alegre, y ese amor no tarda en perturbar la estabilidad de su familia. Cuando Clara se sale de esos esquemas, se vuelve doblemente transgresora. Mientras Ana se autoexilia en París, Clara penetra poco a poco en los umbrales del mundo adulto, complejo y sutil, en Porto Alegre. Como una terrible maldición, el amor y el desamor, el acercamiento y la huida, acecharán siempre a ambas, en particular en los momentos cruciales de sus vidas.



Cintia Moscovich

Dos iguales

La sonrisa vertical - 135

ePub r1.0

Titivillus 03.01.16

Título original: *Dos iguales*
Cintia Moscovich, 2004
Traducción: Santiago Celaya Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Luiz Antonio de Assis Brasil,
generoso maestro y amigo, el primero
que vio las cosas que podrían ser.

Love demands expression. It will not stay still, stay silent, be good, be modest, be seen and not heard no. It will break out in tongues of praise, the high note that smashes the glass and spills the liquid[1].

JEANETTE WINTERSON

Ha sido así desde el principio: la historia de mis días, la historia de mi vida, cada historia que puedo contar guarda en sí otra historia, inenarrable. Un tormento, porque tengo la esperanza de que tengan sentido las palabras y frases que voy yuxtaponiendo —negro sobre blanco, la trama visible—, aunque a mí misma se me escapen la congruencia de la historia que cuento y el sentido de aquella que no puedo contar. Como la vida, los hechos son fragmentarios; la coherencia, sospechosa. Las palabras y las frases, de este modo, no pueden más que mantenerse suspendidas por encima de lo que quiero —o de lo que pretendía— decir.

Yo quería contar una historia de amor.

El inicio

—Y ahora ¿qué hacemos?

¿Cómo iba yo a saberlo? Por si fuera poco, ella me miraba con la dureza de quien espera una respuesta. Y no una respuesta cualquiera, sino una respuesta positiva, afirmativa, definitiva, taxativa. En fin, una verdadera respuesta. Ana estaba usando, mal, la ventaja de quien pregunta primero. Al fin y al cabo, fue ella quien preguntó primero, sin darme tiempo. Yo le habría hecho la misma pregunta si me lo hubiese dado. Pues claro. Se la habría hecho, sí, y estoy segura de que le habría clavado la misma mirada dura que ella me había dirigido. Y ahora ahí estaba Aninha, inundándome de verde y de pavor, esperando que yo solucionase el dilema, como si los dilemas se solucionasen con palabras y como si el hecho de que ella hubiese preguntado primero me convirtiese en dueña de todas las respuestas. Sabiduría instantánea era lo que quería de mí. Mi amiga siempre fue así, hacía las preguntas y yo tenía que saber las respuestas. Nunca me libró de eso. La sabiduría radica en las preguntas: Aninha era sabia porque tenía las preguntas. Era la portadora de todas las dudas del mundo; las inquietudes que abrigaba siempre me parecieron —y, a lo largo de la vida, me lo seguirían pareciendo— mucho mayores que las que una chica de dieciséis años podía acumular. Eran inquietudes mayúsculas, que iban de la existencia de Dios al uso del acento grave en portugués. Pasados muchos años, me rindo a los hechos y entiendo que, debido a un sofisticado mimetismo, en parte asimilé algunas de sus inquietudes; nosotras, las dos, nos volvimos cada vez más parecidas, mientras nuestras adolescencias fluían y las dudas permanecían; yo me siento inquieta todavía hoy, y sigo

sin saber si Dios existe ni cuándo debe ponerse, por fin, el maldito acento grave. Ambas cosas y todas las demás dependen exclusivamente de la fe. ¿Hubo, me pregunto, algún momento en que fuésemos totalmente iguales? Yo siempre tuve que ir en busca de las respuestas. Y tenía que saber. Pero la duda de entonces era demasiado para mi corta edad y experiencia. Todavía hoy, la duda me atenaza. Cicuta, asfixia, ahorcamiento, ser aplastado por el autobús que pasaba enfrente del colegio. Yo qué sabía. Me daba cuenta de que había muchas formas de morir, que encontrar un modo de morir era muchísimo más fácil que responder a la pregunta. La miré e intenté pasarle la patata caliente. No aceptó. Suspiró profundamente, disgustada porque yo no le daba la respuesta. Aninha, siempre enfadada. Intenté ganar tiempo, alimentar su enfado, hasta que se consumiese y comenzase, ella, a pensar en la respuesta. Podíamos pensar juntas, pero parecía que esa solución no entraba en sus planes. Todas las respuestas y soluciones dependían de su estado de ánimo, y su estado de ánimo dependía de las mareas o de las fases de la Luna, nunca llegué a una conclusión definitiva. Yo sabía que los martes y los jueves ella tenía las sagradas clases de francés. En honor a la verdad, Aninha fue la primera persona que conocí que estudiaba francés. No me la imaginaba hablando otra lengua: nació con la acrobática boquita de piñón de los francófonos. Aunque hubiese sido una habitante de una favela, incluso en ese caso habría sido una habitante de una favela que hablaba francés. Me aproveché de que ella tenía que irse a clase para ahuyentarla de la sala:

—No lo sé. En serio.

Ana no se contentó con la evasiva. Yo seguí sintiéndome perdida, por mucho que insistiese en mostrar una serenidad inventada. Aquél era el primer drama de mi vida y, por primera vez, estaba segura de que preguntarle a mi padre qué hacer no acabaría de dar resultado. Mejor dicho, no daría resultado alguno. Pensar en mi padre sólo aumentó mi pavor y, proporcionalmente, mi impasibilidad. Hija, en caso de duda, sé superior; en caso de certeza, sé infranqueable. Ella,

que me conocía demasiado bien, no había aceptado mi propuesta tácita de pretender que no sucedía nada grave. Creo que la conjunción de los planetas no favorecía respuestas poco definitivas. Ella quería algo más sustancial, algo que yo no podía ofrecerle porque su duda era exactamente la misma que la mía. Yo pensaba, en aquel momento, que no podíamos desesperamos. Al menos, no las dos al mismo tiempo. Llevando la contraria al reloj colgado en la pared, que anunciaba que ya casi había pasado la hora de coger el autobús que la llevaría al centro, Aninha, la muy picara, se arrojó de espaldas sobre el montón de cojines, se puso a salvo en el extremo de la sala, hundida en la blandura, y amenazó con no ir a clase. Me pareció que iba a echarse a llorar. Ahí estaba mi amiga con uno más de los millones de chantajes con que me persuadía. Sí, porque ella me persuadía. Yo, tal como estaba, sentada en la silla dura, con las manos sobre el teclado de la máquina de escribir, continué inmóvil, rezando para que, a todo esto, se diese cuenta de qué hora era ya. Había girado demasiado el tronco, me había torcido completamente para poder controlar las manecillas y, claro está, para seguir los movimientos anteriores y posteriores a la pregunta. Jamás me había perdido uno solo de sus movimientos, una sola de sus palabras, y no iba a hacerlo precisamente ahora. Tal como estaba, mecanografiando el artículo para el periódico del colegio, mi postura, el reloj y mi perplejidad me parecían igualmente ridículos. Pero Ana no me parecía ridícula, ella no. Desde allí, desde mi silla, me parecía más guapa que nunca, a mí, que siempre la había encontrado guapa. El pelo largo alborotado sobre los cojines, la piel muy clara, los ojos muy verdes. Parecía una fruta, una de esas frutas que se comen con las manos, de esas con las que uno se pone perdido y en cuya pulpa viscosa zambulle los dedos. No sabía qué gusto tenía. Sabía que no era el momento para pensar en una cosa así: Aninha, una fruta. Habíamos llegado a un punto definitivo. Todo era evidente y nosotras, o mejor, *ella* se había dado cuenta. Ella, siempre ella, y mis certezas siempre parecían tener la consistencia, el tamaño y la forma de un

protozoo. También he creído siempre que darse cuenta era su pasatiempo favorito. Pero ahora era distinto. No se trataba de un simple darse cuenta. Habíamos rebasado el límite de aquello que entendíamos y con lo cual sabíamos arreglárnoslas y convivir; de repente, algo en nuestras vidas había superado nuestras capacidades y no teníamos la menor idea de qué hacer. Olvidé la ilusión de que a lo mejor ella fuese a clase y me divertí diciendo que me sentía como uno de esos chuchos que cuando pasa un coche ladran hasta perder el aliento, y que cuando finalmente el coche en cuestión se detiene, no saben qué hacer. La respuesta era, entonces, batirse en retirada, con el rabo entre las piernas. Nos reímos las dos, nos reímos, nos reímos, como hacíamos siempre que algo nos pillaba por sorpresa. Y yo pensé que adoraba ver a Aninha reír. Dios mío, cómo lo adoraba.

Mi padre me había despertado muy temprano. El movimiento en la casa se había iniciado con un agradable olor a café. Adiviné que mamá estaba en la cocina, que mis hermanos ya se habían levantado y estaban sentados a la mesa. Papá ocuparía su lugar en un instante, de cara a la puerta, todavía sin la corbata puesta, con la camisa almidonada, el cuello armado con ballenas, el periódico bajo el brazo. Se olvidaría de la taza de café y se sentaría de lado, hacia la mesa, sujetando el periódico con las dos manos, las piernas abiertas, iniciando una extraña danza, en que ora movía la cabeza siguiendo el sube y baja de las columnas, ora movía el periódico en la misma dirección y sentido.

Cuando llegué al comedor, estrenando los pantalones vaqueros en los que me las había arreglado para coser una nesga que aumentaba el diámetro de los bajos en más de quince centímetros, mi padre puso cara de que aquello no le gustaba. Lo único que hizo fue bajar el periódico y menear la cabeza. Cosas de *hippies*, le habría oído decir si hubiese hablado. No habló; se limitó a pensar, que no era lo mismo, pero que, al menos para mí, sí lo era. No sé lo que mi madre opinaría, ella era mil veces menos sarcástica que mi padre,

cosa que, muchas veces, me irritaba o me calmaba. Todo dependía de la situación. Me bebí el café de un trago, ansiosa, mientras mi padre seguía escondido detrás del periódico. ¿Por qué papá no paraba de leer periódicos y más periódicos? Aquello era desagradable. La nariz metida en las páginas, y uno sólo alcanzando a ver los titulares, ansiando los comentarios que lanzaba cada dos por tres. Papá tenía la primacía en la lectura del periódico. De hecho, la tenía en todo en nuestras vidas. Así, todas las mañanas empezaban siempre con aquellas letras grandes, el mundo ocurría en frases cortas, hasta que él, acordándose de que el café se enfriaba, se dignaba despegar los ojos del diario, se rascaba la nariz y, con tono grave, pues realmente este mundo estaba perdido, empezaba a relatar con todo lujo de detalles lo que leía, añadiendo otros datos que siempre eran omitidos; ¿cómo es que fulano pretendía autoproclamarse periodista si escribía aquellas barbaridades? Mi madre trataba de llenarle la taza otra vez, irritada porque la reseña de los hechos siempre era extensa y al final llegaríamos tarde al colegio. Pero yo, yo adoraba los comentarios con olor a café. Adoraba a mi padre y adoraba sus consideraciones, que, al contrario de lo que pensaba mi madre, eran pocas, siempre pocas y razonables, concebidas entre vigorosos sorbos de café e inmediatamente después de rascarse la punta de la nariz ganchuda, gestos que le daban tiempo para evaluar todos los ángulos del asunto en discusión.

Papá era así, emitía su opinión y, cuando todo parecía estar arreglado (porque, para nuestra tranquilidad, y sólo lo descubriría muchos años después, papá arreglaba el mundo), proponía cuestiones complementarias, retomando, con el famoso «por otro lado», el asunto que nosotros suponíamos agotado. El otro lado nunca era importante, pero él insistía en recordar que siempre existía ese aspecto, aunque la verdad estuviese en la primera afirmación, jamás en la segunda, su reverso. Decididamente, mi padre era una persona difícil. Yo lo adoraba y lo temía. Mi padre, que comía cosas tan extrañas como ranas y sesos de buey. Cuánto tiempo sin comprenderlo. Solamente cuando me hice adulta llegué a

entender la seducción de una ensalada de cebolla y el sabor de las *laranjas-de-umbigo*[2]. Mi padre me enseñó varias cosas más, incluso a intuir las que yo no conocía. La intuición, decía, es la primera forma de conocimiento. Hoy bendigo y maldigo esa enseñanza. Papá, a veces es bueno no saber, y yo nunca más he podido vivir sin saber.

Cuando todos estuvieron listos, llamé al ascensor. Mi padre ya se había anudado la corbata y se había asegurado, delante del gran espejo del recibidor, de que la raja trasera de la americana no se abriera. Invariablemente, él nos hacía esa pregunta a mi madre y a mí. En ese orden exacto. Intenté que se diese prisa, que fuese más rápido. Era el primer día de clase, ¿es que no lo entendía? Sabía que mis amigos estarían por allí, todos ellos, y todavía teníamos que contamos las novedades antes de que la directora nos diese la bienvenida y nos encaminase, ceremoniosamente, hacia nuestras aulas. Este año estaríamos en el tercer piso, el último y definitivo piso de aquel edificio donde habíamos pasado toda nuestra vida hasta entonces.

Me senté al fondo del aula, estratégicamente al lado de la ventana. Desde allí podía ver el movimiento de la calle. Acababa de agarrar un cigarrillo, que le había robado a mi padre, cuando ella entró. Se detuvo a unos dos pasos de la puerta: la mayoría de los pupitres estaban ocupados. Yo no sabía quién era aquella chica. Su cara no me sonaba. Todos nosotros nos conocíamos, habíamos tenido la misma infancia, habíamos hecho juntos todo el primer y segundo ciclo de la enseñanza obligatoria. Incluso, y sobre todo, crecimos en las barrigas de nuestras madres casi al mismo tiempo y fuimos vecinos, muchos de nosotros, hasta en la sala de recién nacidos. Frecuentábamos los mismos bares, las mismas fiestas, las casas de unos y de otros. Todavía no sabíamos o, por usar las palabras de Aninha, todavía no nos habíamos dado cuenta de quiénes éramos. Sólo mucho más tarde, cuando salimos del colegio para afrontar la universidad, casarnos, tener hijos, todo eso, nos dimos cuenta de quiénes éramos. La verdad, no éramos gran cosa: lo que nos hacía diferentes del resto de la humanidad era el constante

recuerdo de quiénes habíamos sido. Algunos de nuestros padres tenían marcas visibles de los tiempos de la guerra. Sin embargo, nos movía una especie de inmensa cicatriz en el alma, impresa en los recuerdos, palpitando, alertando de que vivir era peligroso. Para nosotros, con una existencia tan tierna, la vida cotidiana era facilísima. Por eso, porque vivíamos tiempos de paz y prosperidad, costaba entender qué había pasado antes de nosotros. Todo estaba dispuesto al momento y era bueno. Teníamos familia, coche, casa, escuela y la promesa de un bonito futuro. No existían señales externas de que la vida fuese peligrosa, sólo el testimonio inundado de dolor e impregnado de un fuerte acento de los parientes más viejos, aquellos a quienes les encantaba pellizcarnos las mejillas, una tortura que parecían apreciar mucho y que nosotros detestábamos en proporción directa. Pero, con el imprevisto de la nueva compañera de clase, las cosas empezaban a volverse peligrosas. La chica estaba entre nosotros y, quién lo garantizaba, tal vez ella fuese el peligro.

Se acomodó en un pupitre cerca de la puerta. El profesor entró y empezó a pasar lista. Su nombre surgió enseguida, era uno de los pocos nombres que parecían tener letras en la justa medida. Los otros nombres, los nuestros, cuando se pasaba lista, parecían una sucesión interminable de consonantes, y al profesor se le acababa trabando la lengua, lo cual exigía exasperadas reparaciones en beneficio del reposo eterno de nuestros ancestros. No, ella no era uno de las nuestros, el nombre no encajaba, no estaba en los archivos de nuestra memoria colectiva. Si no era uno de los nuestros, ¿qué hacía allí? Mi compañera de al lado, el asombro reflejado en la cara, me espetó:

—¿Acaso irá a clase de cultura judía?

¿Y yo qué sabía?

Aninha y sus ideas. Hacía ya más de dos meses que la vida seguía su curso, sin que ningún peligro se hubiese manifestado. Ana poseía la habilidad del camaleón y, sin esfuerzo, se había convertido en uno de los nuestros. Tal vez

nosotros también nos habíamos apropiado de algo de Aninha, tratando de parecemos a ella. Era una de las poquísimas chicas que no tenía hora para volver a casa, y conocía todos los trayectos de todos los autobuses de la ciudad. Además, poseía un sentido del humor que, pensándolo bien, era muy precoz para su edad. Más tarde conocería la capacidad de mi amiga para montar una tragedia de cosas pequeñas. Pero eso sería otra historia, precisamente porque entre nosotras nunca hubo cosas pequeñas. Aninha cocinaba, la madre de Aninha cocinaba y, lo más alarmante, el padre de Aninha cocinaba. En los encuentros en casa de Aninha, su padre aparecía con tazones de chocolate caliente y bizcochos. Su madre nos seducía con *papos-de-anjo*[3]. Y Aninha nos esperaba con hornadas de merengues. A nuestro entender, era excepcional que a todos en la casa se les diese bien la cocina. Entre nosotros, aunque hoy rondemos los cuarenta, todavía hay quien no sabe freír un huevo. Pero no diré más, porque no saber freír un huevo todavía es motivo de vergüenza. Lo cierto es que hoy sólo como huevos revueltos. Pero estaba hablando de Aninha y de la afición culinaria que encontrábamos en la casa de la Rúa Auxiliadora. Nunca habíamos comido y estudiado tanto. Mi padre albergaba ciertas reservas respecto a esa naciente amistad. Además de no ser de los nuestros, corría el rumor de que los padres de Aninha estaban vinculados a grupos políticos clandestinos. Pero ¿qué sabíamos nosotros de grupos políticos clandestinos? Su padre era ingeniero; su madre, profesora de matemáticas. Nada nos parecía amenazador. Mi padre hablaba de la revolución que yo no pude presenciar porque aún era pequeña, el profesor de historia hablaba de un golpe de Estado que nosotros no presenciamos porque éramos muy pequeños, todos hablaban del estado de excepción en que vivíamos. En la televisión, alguien anunciaba que nunca habíamos sido tan felices. Parecía ser verdad, al menos hasta donde yo alcanzaba a entender. Había cosas en nuestro país que no funcionaban, decía mi padre, para concluir que, por otro lado, éramos testigos del mayor milagro económico jamás visto en la historia brasileña. Yo sabía que mi padre no

apreciaba especialmente a los militares, pero, por otro lado, también sabía que para él los uniformes eran un mal necesario. En este caso, ambos hechos poseían el mismo valor e importancia, y para mí pasaron a tener el mismo peso. Eso creía yo, hasta que, en casa de Aninha, empecé a oír otras versiones de esa misma historia. Siguiendo instrucciones paternas, yo me mantenía a una distancia prudencial de aquellos relatos. Empecé a sospechar que había algunas entrelineas del mundo a las que no teníamos acceso cuando, una tarde, el profesor de física entró en clase y anunció que un periodista había sido encontrado muerto en la cárcel. Las autoridades encargadas del caso hablaron de suicidio. Yo sabía quién era el periodista, precisamente uno de los pocos a los que mi padre no tachaba de mentecato durante las reseñas matutinas de los periódicos. Además (de no ser un mentecato), era uno de los nuestros. Y, por ser uno de los nuestros, no entendimos por qué no había sido enterrado en el lugar destinado a los suicidas. Lo normal, en el caso de que fuese un suicida, era que tuviese que sufrir los siete palmos de tierra que le correspondían en el indigno aislamiento del terreno situado junto al muro del cementerio, reunido con los demás seres que, oponiéndose a todo aquello en lo que creíamos, habían decidido poner término a su vida. Nuestra regla siempre había sido ésta: Dios nos la da, sólo Dios nos la quita. En poco tiempo, todo el barrio comentaba el suceso. Hasta mi padre se rebeló, ¿dónde se había visto semejante barbarie? Aninha sentenció, con la autoridad de quien está al comente de todo, que los presos políticos no se suicidaban; a los presos políticos se les imponía el suicidio. A partir de entonces sobrevino una avalancha de novedades. Empecé a conocer a gente y más gente con señales recientes de tortura. Los relatos que oía estaban a la altura de la barbarie, término tan apropiadamente empleado por mi padre. Para nosotros, hasta aquel momento de nuestras vidas, la tortura era aquello a lo que nos sometían los parientes más viejos: los fuertes pellizcos en las mejillas, o, en una versión más aterradora, tortura era aquello por lo que habían pasado nuestras familias. Cosas de la guerra. Ahora más gente, y no eran de

los nuestros, era sometida a tortura. Estábamos aprendiendo que, en realidad, los militares eran un mal no tan necesario como se decía, y que vivíamos en un clima de guerra velado. El grupo de estudiantes de casa de Aninha aumentaba, especialmente después de que el profesor de física fuese dado por desaparecido. A la salida de clase, todos vimos aquella banda de hombres vestidos con trajes oscuros que lo esperaba. Él entró en un coche también oscuro y no volvió nunca más. Le contamos lo que habíamos visto a todo el mundo, desde la dirección de la escuela hasta la policía. Lo intentamos todo para localizarlo, llegamos a movilizar a toda la comunidad del barrio, y nada. Ocurrió delante de nuestras narices, y no sabíamos que él se estaba yendo para no volver. Aninha estaba inquieta. Todos lo estábamos.

Una de aquellas mañanas, al llegar al colegio, encontré los muros llenos de pintadas en tinta roja, la misma frase insistiendo en ser leída: «Ocurrió delante de nuestras narices. ¿Vamos a esperar a que ocurra de nuevo?». Yo sabía quién había sido su autor. O mejor, su autora. Extrañamente, pasó casi un mes antes de que la dirección mandase limpiar los muros.

A mediados de aquel año decidimos editar un periódico; usamos el mimeógrafo de la escuela y convertimos la sala de la asociación de estudiantes en la sede. La directora dio el visto bueno a la empresa. Yo era una de las redactoras; Aninha, mi compañera de redacción y de estudios. Mi padre se desesperaba con mis idas y venidas. Me amenazaba diciendo que ni se me pasase por la cabeza hacer la carrera de periodismo; si quería escribir como pasatiempo, muy bien, pero que nunca, bajo ningún concepto, mencionase aquel asunto de las personas torturadas y desaparecidas. Cosas de comunistas, alertaba. Así, con tantas recomendaciones, yo ponía un cuidado extremo en lo que escribía sobre el papel. No me extrañó cuando insistió en leer todos los artículos. Al contrario de lo que esperaba, mi padre no desempeñó el papel de censor. Por el contrario, su preocupación parecía limitarse a los errores de estilo. Hasta un pasatiempo de estudiantes tenía que estar bien hecho, decía. Cuando él

acababa de hacer lo que yo consideraba una revisión del texto, siempre me aconsejaba que tuviese cuidado, que los periodistas eran todos unos subversivos. Tal vez fuese verdad. Hoy, pasados muchísimos años, los periodistas son todos unos subempleados.

Pero en aquella época ésa era mi rutina. Escribir para el periódico, estudiar desorientada y acompañar a mi amiga. Algunas noches, dormía en casa de Aninha y ella, en contrapartida, dormía a veces en la mía. Esos días, cuando volvíamos de la escuela a casa, mi amiga colgándoseme del cuello, papá se escondía detrás del periódico y la saludaba refunfuñando. Mi padre odiaba a Aninha, intuí, lo que equivalía a tener la certeza.

Lo recuerdo perfectamente. Era un día caluroso, pasamos toda la tarde en el centro; yo había ido a buscar a Aninha a la Alianza Francesa y caminamos durante varias horas. Antes de coger el autobús en la estación central para ir a la casa de la Rúa Auxiliadora, pasamos por la constructora, donde interrumpí una nerviosa conversación: una vez más, papá discutía acaloradamente con su hermano, también socio de la empresa. Cuando, tímidamente, dije que iba a dormir en casa de Aninha, papá reaccionó dando un puñetazo en la mesa del despacho; tío Samuel se pegó a la pared y salió presurosa y estratégicamente de la estancia. Tuve que admitirlo: sí, papá estaba en lo cierto, yo ya no paraba por casa, él no me veía por la mañana, no me veía a la hora del almuerzo, sí, sí, tenía razón, pero si pudiese darme dinero para el autobús y para un helado, me haría muy feliz. Le planté un beso en la cara y él se quedó allí, parado tras la mesa, vencido por mis ternuras, pensando que su hija iba por mal camino. Sí, después descubrí que era un triste camino. Como siempre, él tenía razón. Mi padre siempre lo supo. Hacía algunos meses que yo pasaba cada vez menos tiempo en casa, pues prefería la compañía tranquila de mi amiga. Había aprendido a acompañarla y me divertía siguiéndola, ella caminando de puntillas, como si apenas tocara el suelo. ¡Cómo era Aninha!

Estar con ella era diferente a estar con cualquier otra persona. Me arrastraba a todo lo que se pudiese ver pagando una entrada. Cuando las luces se apagaban, mi amiga me cogía invariablemente la mano y descansaba la cabeza en mi hombro, acurrucada y feliz. En esos momentos, aunque siempre estuviésemos en algún patio de butacas, yo sentía que desempeñaba el papel principal de mi vida y el de protagonista de la vida de ella. Aninha y yo nos convertimos en las mejores amigas, y esta certeza se me presentaba en forma de calidez siempre que la sentía cerca de mí. Quedamos en que si nos declaraban subversivas por culpa del periódico y detenían a una de nosotras, la que quedase en libertad tendría que movilizar a todo el colegio. No sé por qué, pero siempre que hablábamos de eso, imaginaba a mi amiga en un caballo blanco, viniendo a salvarme. Y nos reíamos hasta que nos dolía la barriga. Siempre estábamos riéndonos.

El tiempo pasaba y Aninha inventaba modas: hacía punto, ganchillo, bordaba. Vanidosa, asaltaba el armario y traía vestidos, collares, una profusión de colores que para mí, al menos hasta entonces, estaba prohibida. Aninha no era alta, sino un poco más baja que yo. Tenía la piel muy clara, el pelo casi rubio, siempre revoloteando tras el cuerpo de formas redondeadas, los hombros pequeños, los brazos robustos, los dedos frágiles, uñas menudas y transparentes. Y pechos inmensamente* generosos. Me gustaba acurrucarme allí, la cabeza apretada contra los senos, los brazos de ella amparando mi cabeza, mi cara rozando la suavidad de su inmenso regazo, mientras ella decía algo sobre Dios o sobre el diablo, no me importaba mucho. En esos instantes, yo permanecía muy dentro de mí. En esos instantes, yo sabía que era querida.

Estábamos exactamente en esa posición cuando su padre abrió la puerta. El corazón de mi amiga se puso a latir más deprisa. Dejó caer mi cabeza sobre sus piernas, apartó el tronco de mi cara, sus pechos generosos se alejaron. Me di cuenta de que se había asustado, que se había sentido intimidada por la presencia de su padre, que se había

desembarazado de mí como de algo que la incomodaba. Me desconcerté un poco. En la duda, yo debía demostrar seguridad. Me senté, respondiendo que sí, con mucho gusto aceptaba el zumo de naranja que él había venido a ofrecernos. Cuando la puerta se cerró nuevamente, no pude volver a acurrucarme. No comprendía qué había pasado, pero, decididamente, la repentina visita había turbado a Aninha.

¿Por qué?

¿Por qué Aninha se sintió turbada?, ¿por qué, a partir de aquel día, ella había de robarme la paz, como si repitiésemos la escena del pecado original? ¿Por qué yo debía comenzar a saber lo que no quería saber? ¿Por qué nosotras, las dos, teníamos que saber lo que nos estaba ocurriendo? ¿Por qué nos estaba ocurriendo algo?

El zumo de naranja que nos sirvió su padre estaba ácido. Después de la cena, llamé a mi amiga a la habitación. Teníamos que hablar. Dijo que ya sabía lo que yo quería decirle. Que no dijese nada. Teníamos trabajo. Al día siguiente nos esperaban dos horas de historia y un trabajo sobre la Primera Guerra Mundial. Pues bien, nuestras vidas se mantendrían en suspenso hasta el día siguiente, en beneficio de la Primera Guerra Mundial. Sumida en la montaña de libros, miraba a mi amiga e intentaba no pensar. Sabía que estábamos librando, nosotras, nuestra guerra particular e íntima, muy íntima. Me acordé de mi padre. ¿También el padre de Aninha pensaría de mí algo poco edificante? Nunca lo supe.

La presentación del trabajo de historia nos fue bien, aunque mostrásemos signos evidentes de no haber dormido bien. Penosa noche: la pasé angustiada; comprendía que estaba ocurriendo algo importante pero no sabía de qué se trataba. Oía a Aninha, que también se revolvía en la cama de al lado. Aun así, no nos dijimos nada. A las dos nos sobrecogía una novedad aterradora. En mi pecho todo se comprimía, y era una guerra de trincheras lo que yo generaba con mi angustia, esa angustia que, de una forma u otra, nunca me ha abandonado. Yo sabía que Aninha se había dado

cuenta. Evidente y obvio. Llegué a pensar que ella se había dado cuenta mucho antes que yo. A la hora del almuerzo, me fui a casa. No comí nada, y sentí sobre mí la mirada de reprobación de mi padre. Él no entendía mi repentina falta de apetito, y yo no podía decir nada, por muchas ganas que tuviese de preguntarle qué era todo aquello. Mi padre lo sabía, mi madre lo sabía. Los padres saben, existe entre ellos una red universal de intercambio. Todavía hoy tengo esta certeza, la de que además de aprender por presentimiento, telepatía o simple intuición, todos los padres se comunican entre sí intercambiando informaciones secretísimas. El hecho de saber que me ocurría algo secreto me atemorizaba aún más, y deduje que lo que sospechaba no era una simple sospecha. Era un hecho consumado. Un cóctel molotov, el agente naranja, pentaclorofenol.

Con esta idea, la de que aquello era un hecho consumado, subí las escaleras para ir a las clases de la tarde. Llegué con la mejor cara que pude. Era martes y tenía que terminar el pequeño periódico. Aninha se quedaría conmigo, me avisó tímidamente en cuanto me vio subiendo la escalinata que daba acceso a la escuela. Cuando sonó el timbre que anunciaba el final de las actividades del día, fuimos las dos a la sala de la asociación de estudiantes. Incapaz de articular una frase razonable, me coloqué ante la máquina de escribir. Recordé mi máscara: debía ser superior. No era capaz de mirar a mi amiga, me faltaba valor. A pesar de sentirme acobardada, la ansiedad pudo más y abordé el asunto:

—Aninha, ¿qué está pasando? ¿Hay algo que no funciona entre nosotras?

—A lo mejor hay algo que funciona muy bien, ¿quién sabe? ¿No te has dado cuenta todavía?

Odiaba aquellas respuestas-pregunta que ella pronunciaba con aire de superioridad. ¿Darme cuenta de qué? ¿Qué era lo que ella sabía y no me revelaba? ¿Cuál era ese gran misterio que su mente superior ya había desvelado? Me di la vuelta, con la artillería pesada preparada. Ella estaba de pie cerca de la puerta, cabizbaja. Vencida. Me miró al alma, una mirada de dolor, una mirada de tregua, y entonces oí:

—Clara, te quiero. No puedo evitarlo.

Lo comprendí. Napalm en mi corazón. Sin pensarlo siquiera, repliqué:

—Yo también.

Ella aprovechó el segundo de susto que me provocó mi propia afirmación y, cobardemente, disparó:

—Y ahora ¿qué hacemos?

Cerró la puerta tras de sí y a continuación echó la llave. Me senté en el borde de la cama. No hacía ni media hora que habíamos estado jugando a las preguntas en la sala de la asociación de estudiantes. Increíblemente, fue ella quien puso término al dilema. Como yo no respondía lo que ella quería oír, cogió los libros y salió, diciendo que iba a pensar sobre el asunto. Puro teatro. Ni siquiera llegué a sentirme sola y ya la puerta se abría nuevamente. Aninha había vuelto. Como si fuese una actriz que tiene el privilegio de entrar en el camerino y cambiar de ropa y de expresión, como si fuese capaz de incorporar a otro personaje, ahora ella había transmutado el dolor de su rostro en una expresión divertida:

—¿Vas a hacer ahora como el perro que ladra hasta perder el aliento y que, cuando el coche se detiene, no sabe qué hacer?

No, no me iría con el rabo entre las piernas, no renunciaría a ella. Yo tenía que saber, tenía que probar. Por eso, cuando me tiró de la mano, sugiriendo que la acompañase, cedí. Ni siquiera hoy recuerdo cómo eché la llave a la puerta del local de la asociación de estudiantes. Cogimos el autobús con destino a la casa de la Rua Auxiliadora.

Fuimos, y allí estábamos. Aninha se sentó a mi lado en la cama individual. Me sujetó las manos con una dulzura que era de ella, que siempre había sido de ella. Me miró largamente, me miró intensamente con sus ojos verdes. Con la punta del dedo índice dibujó el contorno de mi rostro, y dejó allí la mano. Sentí el leve contacto, entendí que ella intentaba atraerme hacia sí. Mi amiga se acercaba y… me

besaría. No opuse ninguna resistencia. ¿Por qué iba a resistirme? Cerré los ojos y sentí su olor, el olor bendito que jamás había sentido tan cerca. Me deleité con su respiración, su aliento, muy próximo a mi rostro. Pero algo me ocurrió: se me pasó por la cabeza que no sabía cómo continuar.

¿Cómo iba a besar a Aninha?

Un mero detalle técnico. Hasta entonces yo sólo había besado a una persona en toda mi vida. Por cierto, había sido un chico al que ni siquiera conocía. Fue en una fiesta de largo. Vino hasta mi mesa, me invitó a bailar y me llevó a la terraza. Disimuladamente, pasó una mano por mis pechos y yo me dejé hacer. Sabía que él me besaría, y de hecho, así fue. Yo le correspondí, procurando aprender cómo funcionaba aquello. Cuando sentí el volumen del interés del chico, me aparté. Me acordé de que los chicos decían que, cuando la cabeza de abajo se levanta, la de arriba no piensa. Me di cuenta de que era todavía peor, que cuando las bragas de las chicas se mojan, ninguna de las tres cabezas sabe lo que se hace. Antes del colapso de la última sinapsis de la última neurona, me disculpé y corrí hacia la seguridad de mi mesa. Pero eso, la historia de mi primer beso, no tenía importancia. Suavemente, el mundo perdió solidez en el breve momento que precedió a aquel beso, el beso de Aninha. Me invadió la idea de que besaría a alguien con sinceridad. Ella era mi primer amor. Lo intuía. Lo quería. Siempre con los ojos cerrados, entreabrí la boca aguardando el encuentro y sentí que me excitaba, que me excitaría todavía más, y fui feliz. Aquel primer beso fue minúsculo, sólo los labios se tocaron. No quería abrir los ojos, pero por nada del mundo me iba a perder la cara de mi amiga en aquel instante. Miré a Aninha, que, con los párpados levemente cerrados, inspiraba todo el aire de la habitación. Parecía que una nube de placer le entraba por la nariz y la poseía por entero. Besé a Aninha con voluntad, con deseo. La besé con amor. La abracé y la atraje hacia mí, queriendo su saliva, queriendo cada uno de sus poros. La quería —cómo la quería— entera, quería incluso su alma, si eso hubiera sido posible. Recorrí los caminos de su rostro y de su cuello con la boca, sorbiendo,

comiéndole la piel. En un instante las dos estábamos embriagadas, las manos paseando por los cuerpos, aturdidas por tantas y tantas prendas de vestir. Nunca hubiera imaginado que su piel pudiese ser tan suave. Ella era una fruta. Mi amiga se apartó de mí y se sentó a lo indio, riéndose todavía de mi comparación. Se despojó de la blusa y el sostén, y los pechos saltaron blancos e inmensos. Los senos de Aninha, redondos, perfectos, me esperaban. La imité, me despojé de mis ropas. El éxtasis de la novedad nos paralizó por un instante, las dos admirándonos en la desnudez. Nos abrazamos y experimentamos el placer de tocamos con nuestra piel. Yo nunca me había acostado con nadie, y era totalmente consciente de que aquélla sería, para siempre, mi primera vez. Nos quitamos los vaqueros, desnudándonos mutuamente. Las piernas de Aninha, robustas; el sexo de Aninha, oscuro. Se tendió a mi lado, pegando su cuerpo al mío, abrazándome con todos los brazos y las piernas del mundo, y lo que yo percibía era el algodón de que ella parecía estar hecha, así de blanca, así de leve. El contacto me deleitaba, era como si me rozaran todos los ángeles. No sabía qué vendría a continuación; sólo quería aprovechar aquella confusión de candor y desesperación. Aninha, los labios húmedos, me acarició los senos con una ternura de pájaro. Me estremecí, descubriendo escalofríos de placer. Imité esa caricia en ella, conmovida, amando aquellos senos con devoción. La abracé y descansé un instante en el busto de leche tibia. Se tumbó encima de mí, enlazó mi pierna derecha con las suyas y percibí, mojada y caliente, la excitación que yo también sentía. Enroscada en mí, apretándome como unas tenazas de fuerza desconocida, comenzó un movimiento de vaivén, rozando casi con ferocidad su sexo contra mi muslo, y supuse que así era como lo hacían dos mujeres. Aninha se masturbaba en mi pierna, la respiración alteradísima, llevándome consigo. Me sentí paralizada, el mundo entero estaba paralizado, y lo único que se movía era ella. Comprendí que yo podía hacer lo mismo: una de sus piernas estaba entre las mías. Repetí el movimiento sincopado y, de vez en cuando, recibía en la boca besos que eran, imaginaba,

vínculos con la divinidad. La vida me daba su aliento a través del hálito de Aninha. Ya me faltaba el aire y sentí que iba a correrme. Ella susurró que me calmase, que la siguiese; me decía qué tenía que hacer, y me pareció que su instinto y su intuición habían alcanzado el grado máximo de agudeza. Mi amiga buscaba saciarse y encontraba la calma. Yo, más impaciente, quería el orgasmo que estaba allí, muy cerca, acumulado en mi vientre, casi doliéndome. Ella me pedía que todavía no, que recordase que yo no estaba sola, que estábamos por fin juntas y que no había que tener prisa. La escuchaba y entendía que la prisa es para los solitarios, para los que agonizan, aislados, sin el eco del placer. Creo que fue ella quien me dijo eso. Nunca entendí cómo Ana era capaz de hablar en un momento así, pero ella me decía que siempre había querido estar así y que siempre había pensado que teníamos que excitarnos juntas. El hecho de que ella estuviese conmigo no significaba tan sólo que yo no estaba sola, significaba que yo siempre había querido estar así con ella. También aprendí que el gran secreto era sentir placer al proporcionar placer. El placer se convirtió en una dádiva de vida. Yo la amaba, eso le dije, y Aninha me hizo callar con un nuevo beso, mientras continuaba el movimiento rítmico. Entonces me miró, apoyada en las palmas de las manos, y me pidió que fuese consciente de que, en aquel momento, éramos dos mujeres amándose, y que jamás dos personas podrían ser tan iguales. No sé de dónde sacaba esas ideas, pero me ayudaba oírla, y me excitaba aún más. Ella me hacía feliz. Balbució que me amaba. Cuando oí eso, me estremecí. La apreté contra mí todo lo que pude, mis pulmones se llenaron y no volvieron a vaciarse, todos mis músculos se robustecieron de un modo que se me antojó extraordinario. Aquél era el límite al que un ser humano podía llegar. Por un instante, sentí que estaba lejos de mí, y me vi a mí misma retorciéndome en espasmos de puro placer, mi vientre vaciándose en ondas. Traicioné a Aninha, no pude contenerme, me corrí antes que ella. Cerró los ojos, se mordió los labios en una expresión de sufrimiento, aunque yo sabía muy bien que no sentía dolor. Después supe que también

había dolor, que el alma se obstina en escapar porque ya no quiere caber en el cuerpo, como en un rezo. Ella se retorcía, los pechos en mi rostro, el ritmo acelerado del movimiento. Aninha alcanzó el orgasmo en medio de un beso.

Con una diferencia de pocos instantes, nuestras almas se fueron y regresaron a nuestros cuerpos.

El tiempo siguió precipitándose. Aunque embelesadas por lo que nos parecía una novedad constante, nuestras dudas permanecieron. No sabíamos qué hacer con nosotras mismas, cómo hacer frente a la sucesión de amor y deseo. Habíamos decidido alimentar la primera pasión de nuestras vidas, y evitábamos las explicaciones porque habíamos aprendido que las explicaciones nos llevaban hacia algo que temíamos. Dos chicas lesbianas, ésa era la conclusión a la que siempre llegábamos cuando intentábamos descubrir qué nos ocurría; a eso nos veíamos reducidas, y nosotras no cabíamos en esa maldita reducción. Pero, aunque así fuese, aunque todo pareciese un gran peligro sobre el que no teníamos ningún control, algo más grande nos ataba y nos prendía. Aprovechando la ausencia de nuestras familias, nos pasábamos las tardes solas, desnudas por la casa. Íbamos descubriendo formas diferentes de amarnos, sin ningún pudor, divertidas y enternecidas la una con la otra. Ahora, cuando las luces del patio de butacas se apagaban, yo cogía su mano y la besaba despacio. Más de una vez salimos precipitadamente para hacer el amor. Nos reíamos, nos reíamos de nosotras, nos reíamos del mundo. Habíamos aprendido el valor de reírse de todas las cosas, hasta de las más serias. Cuando nos tomábamos a guasa las desgracias, todo parecía bajo control. La risa y el olor de Aninha se volvieron familiares e imprescindibles. El olor de su cuerpo me inundaba durante días enteros. Era un olor áspero, acre, pero era el suyo y era el que me importaba. Con Ana empezó mi vida, y bien puedo decir que conmigo empezó la suya. No nos afectaban los comentarios de los compañeros. Sí, nos habíamos retirado del mundo, todos lo veían, todos hablaban

de ello. Mi padre se había vuelto agresivo. Decía que yo andaba con malas compañías. Él no sabía nada, nadie le había dicho nada, y ni siquiera había presenciado la escena que el padre de Aninha había presenciado y que había desencadenado el proceso, aquél, el de darse cuenta. Mi padre intuía, y eso, lección antigua, era una forma de saber. Comprendí que para mi padre era suficiente. Comprendí que él nunca encontraría divertidas mis ironías. Comprendí que mi padre sabía que su hija estaba enamorada de otra mujer. Decidí que mi padre tendría que hacerse a la idea, y sabía, por encima de todo, que él jamás preguntaría nada. No preguntaba lo que ya sabía, y también sabía que dos chicas no soportarían por mucho tiempo una situación clandestina.

No lo soportamos, papá.

A finales de aquel año, Aninha se fue de vacaciones a la finca de un tío suyo. Mi padre nos llevó a la playa. Durante un mes no pudimos comunicarnos, y ese dolor era demasiado grande para dos almas tan jóvenes. Aun con el doble de edad, no lo hubiésemos soportado. Hoy lo sé. Yo me divertía conduciendo el coche de mi madre en una pequeña playa desierta, donde papá me dejaba practicar las maniobras que había ido aprendiendo desde los doce años.

Cuando volvimos de la playa, telefoneé a casa de Aninha. Contestó al teléfono ansiosa; me esperaba hacía ya tres días. Tenía que ir a verla, a toda costa. No sé cómo fui capaz. Cuando todos en la casa dormían, salí de puntillas de la habitación. En el salón, cogí las llaves del bolso de mi madre. El corazón se me disparaba. Iba a desacatar la solemne norma paterna: aunque condujese muy bien —y había cierto orgullo en el tono de reconocimiento—, sólo podría llevar el coche por la ciudad después de los dieciocho años.

Dentro de dos años. Demasiado tiempo.

Bajé al garaje. Furtiva cual una ladrona, reproduje lo que ya había hecho algunas veces con la irresponsabilidad de los caprichos: giré la llave en el contacto, y el motor se encendió suavemente. Marcha atrás, primera, segunda, mando a distancia, la verja chirrió para aterrorizarme.

La libertad.

La aventura de robar un coche ya no era una aventura tan grande. Iba a ver a Aninha, y eso enloquecía mi corazón.

Al doblar y tomar la Rúa Auxiliadora, la vi asomada a la ventana. Preciosa, el camisón color burdeos. Me esperaba, tenía miedo de que sus padres o sus hermanos se despertasen. Voló fuera de la casa, sin apenas tocar el suelo de piedra, como de costumbre. Me abrazó desesperada mientras el camisón parecía cambiar de color: parecía rojo de sangre y agonía. Aquella noche, guarecidas en el coche de mi madre, juramos que nunca más nos separaríamos. Nunca más, sin embargo, no se dice nunca porque es mucho tiempo.

Cuando se reanudaron las clases, nos enteramos de que estábamos en grupos diferentes. No iría a la misma clase que Aninha, y todos nuestros esfuerzos para que nos pusiesen juntas fueron inútiles. La directora se mostró inflexible: lo había ordenado mi padre, alegando que mi rendimiento ya no era el mismo y que, si quería encargarme del periódico, ése era el precio. Aquel día entré en casa dando portazos, con ganas de destrozar los muebles, dispuesta a enfrentarme a mi padre. Pero cuando entré en el salón, mi voz se desvaneció, mi bravata perdió fuerza. No llegué a preguntarle siquiera por qué había hecho eso sin consultármelo, sin avisarme. El *feijão* de la comida tenía demasiada sal. Odié a mi padre, y, al odiar, me sentí culpable. ¿Por qué todos los odios siempre traen consigo un sentimiento de culpa? Mi padre me había separado de Aninha, ya no tendría el embeleso de las miradas furtivas, ya no la diversión del roce de los pies bajo los pupitres. Sal en la herida. A lo mejor él tenía razón. El colegio era un lugar para estudiar. En el recreo, salíamos a buscamos con desespero. Hasta que un día, en el patio de la escuela, oímos alto y claro:

—¿Cuál de vosotras es el hombre?

Era Beatriz Levi la autora de la maldad. Beatriz Levi, la burra, la idiota, la miserable cuatro ojos que, creía yo, nunca sería nada en la vida. Me acerqué a ella: ¿cómo?, ¿qué quería decir con aquello? Ninguna de las dos era un hombre, ninguna de las dos, ¿le quedaba claro? Ninguna de las dos. Repetía la frase dentro de mí una y otra vez. Ella se echó a

reír y me encaró con los ojos extraviados detrás de las lentes. Yo conocía muy bien a la cortita de Beatriz, los conocía a todos, todos me conocían. Hasta entonces habíamos cultivado la duda, habíamos alimentado todas las contradicciones. En caso de duda, a favor del acusado, ¿no debía ser así? A pesar de eso, ya nadie parecía tener dudas. Si quedaba alguna, aquella niñata la había disuelto en el brevísimo tiempo que había durado la pregunta. Beatriz perdió la posibilidad de mantenerse en un silencio que podría haberla ennoblecido: la misma charlatanería incontenible a la que, años más tarde, volvería a enfrentarme. Pero allí estábamos Aninha y yo, y ninguna de nosotras era un hombre, aquello resonaba dentro de mí con estruendo, me entraron ganas de desgarrar con las uñas los ojos de aquella repelente, el primer irremediable sentimiento de odio que conocí. Sin embargo, pese a mi ira, o a causa de ésta, no continué con el asunto. Apreté la mano de Aninha dentro de la mía y la conduje por el pasillo. Teníamos que salir de allí. Mi amiga se detuvo, tirándome del brazo:

—Clara, ¿tendremos que escondernos?

Entrábamos en una nueva fase. Habíamos sido delatadas. Los compañeros, tras percibir lo que no podíamos esconder, empezaron a hablar. A hablar, a observar y a reírse. ¿Por qué se reían de nosotras? Eramos nosotras las que nos reíamos del mundo, la risa era una prerrogativa nuestra, de Aninha y mía. ¿Con qué derecho se apropiaban de nuestro instrumento para domar el mundo? ¿Por qué querían domarnos? ¿Qué habíamos hecho? No éramos dueñas de nuestras vidas, íbamos aprendiendo o, por así decirlo, nos íbamos dando cuenta. Aunque quisiésemos, era imposible no sentirnos dolidas con la maldad de los compañeros. Los amigos más allegados, los que siempre habían estado a nuestro lado, intentaron ayudarnos. En vano. Los dedos nos señalaban a nosotras, que queríamos que nos dejasen en paz. No queríamos escondernos, eso nunca. Heroicamente, intentamos fingir que todo aquello no nos afectaba. Pero los actos de heroísmo carecen de sentido; son vacíos y bobos. Los actos de heroísmo eran paliativos, y hacía falta mucho más. Las dos debíamos ser heroínas a tiempo completo para

salvamos de la matanza. ¿Qué sabían dos adolescentes de enfrentarse al mundo? ¿A qué nos habíamos enfrentado hasta entonces? Empecé a sentir miedo, y no sabía muy bien de qué. ¿Miedo de los otros? Tal vez. Aninha, que hasta aquel momento de su vida había forjado ella misma sus propios miedos, también empezó a temer. No podíamos estar atadas al miedo, eso pensaba yo en aquella época y sigo pensándolo hoy. El miedo limita y destruye. Cuando nos dimos cuenta, ya no éramos libres. Aninha pertenecía a una casta de gente que no podía vivir de aquella manera. Y ahora ni siquiera podía abrazarme sin antes cerciorarse de que nadie nos espiaba.

Cada día que pasaba, mi suplicio aumentaba. Miraba a mi padre detrás del periódico. ¿Por qué, papá? ¿Por qué éramos la excepción? ¿Por qué yo era doblemente la excepción? Papá, ¿no era eso una desgracia? Lesbiana. Me miraba al espejo y no veía allí a una lesbiana. Yo deseaba a Aninha, no deseaba a ninguna otra mujer, me desesperaba. Mil veces pensé que habría preferido que los hombres de traje oscuro hubiesen venido para hacerme desaparecer. Al menos para eso sí habría solución, Aninha me liberaría: vendría en aquel caballo blanco y me salvaría de las manos de los verdugos, y viviríamos felices para siempre. Pero no había hombres de traje oscuro, no había cárcel, no había caballos blancos, no había nada, y yo me sentía cada vez más impotente por no poder escoger mi sufrimiento. Muchas veces mi padre me sorprendió llorando. Yo sabía qué rumbo iban a tomar los acontecimientos, y que pronto perdería a Aninha. Había perdido mi paz. Tal vez mi padre lo entendiese. Al menos, me pasaba la mano por el pelo y no me preguntaba nada. Siempre repetía la misma letanía, me decía que me guardase las lágrimas para momentos peores. ¿Qué momentos peores? ¿Qué intentaba decirme? ¿Había algo peor que ver cómo mi primer amor hacía aguas?

Un día, después de las clases, nos refugiamos en la sala de la asociación de estudiantes. Asustadas, buscamos amparamos en un largo abrazo. Ya no podía ser. Nos mantendríamos alejadas por lo menos hasta que empezásemos la universidad. Ella ya no oponía resistencia.

Yo, todavía menos. Fue una de las pocas veces en que vi a Aninha darse por vencida. Me besó desesperada y dijo que me amaba, las palabras que expresaban su devoción. Repetí la frase y rompí a llorar, un llanto de fracaso, un llanto de tristeza. Éste era el momento peor al que se refería mi padre, sí, éste debía de ser, el momento en que se pierde a quien se adora, a quien se quiere con la sinceridad del alma y con el deseo del cuerpo. No había consuelo para nosotras. En aquel momento me di cuenta de que el amor no puede vivir escondido, que el amor exige la reverencia colectiva.

Volví a la convivencia con mi familia, respondía a mi padre si la raja de la americana se abría o no, esperaba las reseñas matutinas, esperaba las respuestas. Seguí despertándome temprano, ahora más contrariada que nunca. Odiaba al mundo y pensaba que el mundo me odiaba; por si fuera poco, estaba obligada a convivir en clase con aquella niñata, Beatriz Levi. Dejé el pequeño periódico. Veía a Aninha de lejos, cada vez más guapa, cada vez más fruta. Al principio me la comía con los ojos, pero, dado que la juventud tiene el don de la ilusión, el dolor se fue transformando en melancolía y, progresivamente, a lo largo de los años, la melancolía se convirtió en angustia. Nunca encontraron al profesor de física, nadie supo explicar jamás qué había ocurrido. Al contrario de lo que siempre habíamos temido, los padres de Aninha nunca fueron detenidos.

Estudié y estudié. Aninha lejos de mí y yo lejos de lo que más había querido en mi vida. Lo último que me contaron de ella es que pretendía estudiar en Francia. Ella huía, yo estaba segura, podía jurarlo. Aninha hablando francés, la boquita de piñón.

Una fruta.

El viaje

En hebreo, al cementerio se le llama beit hakvarot *—la casa o lugar de las tumbas—; es más común, sin embargo, llamarlo* beit ha-Chajim *—la casa o jardín de la vida— o* beit olam *—la casa de la eternidad—. En otras palabras: nombres cuyos significados expresan la creencia en la trascendencia de la vida.*

La claridad estallaba primero en la superficie metálica para, después, chocar de lleno contra el pasillo estrecho, vistiendo de resplandor el forro azul. Allí, donde yo estaba, justo al lado de la ventana, aquellos fulgores excesivos me molestaban al incidir sobre los párpados, que ya me escocían. El ruido pertinaz de los motores se alejaba de vez en cuando y retornaba aún más vigoroso y sombrío, aún más feérico y opaco, persistiendo en una existencia tan irreal como inevitable.

Consulté el reloj: era mediodía, y, apoyando el codo en el reposabrazos, me sujeté la frente con la yema de los dedos. La sien pareció expandirse, como si una acumulación de sangre forzase el propio límite de la piel; contuve el espasmo a duras penas, con pequeños movimientos circulares del dedo pulgar. Tomé tanto aire como me fue posible, intentando espantar las sacudidas claustrofóbicas. Recliné el respaldo. El ambiente era helado.

Y temí, instintivamente, que en el compartimento de equipajes del avión también hiciese frío.

Cualquier acto extraño en relación con los muertos está prohibido en un cementerio, y en su terreno e instalaciones están vedadas cualesquiera actividades en desacuerdo con este precepto. La ley judía, conforme el Talmud, ordena que a los muertos se les garantice la eterna inviolabilidad de sus tumbas.

Poco a poco, el halo de luz procedente de la ventana fue perdiendo su vigor. En una lenta maniobra, el horizonte se inclinó, manteniéndose en ángulo agudo respecto al ala. Me aterroricé: con todos aquellos movimientos, ¿no estarían entrechocando las maletas y las cajas en la bodega? Imaginé los volúmenes deslizándose de un lado a otro, golpeándose, dilacerándose; una carga demasiado frágil, demasiado inanimada, y yo impotente para salvar nada. A pesar de mi tormenta, el cielo continuaba límpido, y sólo a lo lejos algunas nubes formaban hileras onduladas. El rugido de las turbinas parecía haber aumentado y ser ahora más aterrador y fantástico; pausadamente, después de que el avión se enderezase —otra vez el horizonte se organizaba—, los sonidos volvieron al nivel en que solamente molestaban a los sentidos. Me tranquilicé, avergonzada de mis pensamientos extravagantes. La voz del comandante casi no había acabado de anunciar el comienzo del servicio de *catering* cuando aparecieron dos azafatas cargando bandejas. El señor de mi izquierda puso su respaldo en posición vertical, dobló el periódico y lo guardó en el bolsillo del asiento delantero. A su lado, el tercer viajero, acomodado junto al pasillo, apagó el cigarrillo y desplegó la mesita, preparándose para la comida. Les entregaron el almuerzo. El hombre del extremo no se contuvo: desdobló la servilleta de papel, se la sujetó al cuello de la camisa y, provisto de los cubiertos de plástico, se entregó al banquete con una ruidosa falta de ceremonia. Mi vecino de asiento pasó revista a los platos lentamente, alzando cada elemento con los dedos en forma de pinza: pan, tres galletas saladas, una ridícula porción de mantequilla, rodajas de frutas coronando embutidos; en el cuenco de loza, bajo la tapa de aluminio, algún tipo de carne que no pude identificar. Sentí un breve mareo, seguido de una nueva punzada en la sien. Intenté contener el dolor, una vez más, con la punta de los dedos. Cuando me ofrecieron la bandeja, rechacé, educada, el almuerzo, conteniendo el movimiento de la azafata con la mano. Me entraron ganas de preguntarle cuál era la temperatura del avión, pero enseguida desistí. Miré hacia la fila de asientos del otro lado del pasillo: mis dos

hermanos y mi madre, como si fuesen un solo cuerpo, rechazaban la comida con el mismo gesto. Aproveché la ocasión y los observé. Los chicos cedían a la fatiga, y mamá, en la ventana opuesta, la última en el conjunto de tres asientos, llevaba unas grandes gafas que le ocultaban parte de las facciones. Agradecí la visión de aquella imagen casi velada: no habría soportado ver sus ojos asombrosamente maltratados. Sin embargo, antes de que me sobreviniese algún alivio, Jankiel y Hersh, en sincronía, me lanzaron una mirada que llenó de dolor el espacio que nos separaba. El pasajero situado junto al pasillo soltó un pequeño eructo y se quejó de que tardaban demasiado en servir las bebidas. Me sentí ofendida y, con repugnancia, saqué las gafas del bolsillo del abrigo, me las puse y me quedé mirando, a través de las lentes umbrosas, mis propias manos.

No quería que los chicos me viesen transida de aquél dolor, no quería suscitar lástima o pesar. Tal vez por eso había evitado sentarme con los dos, tal vez por eso mentí, diciendo que prefería estar sola y dejando a mamá en compañía de sus hijos varones. En realidad, deseaba profundamente estar junto a ellos, junto a los chicos, aquellos de quienes yo debía cuidar. Me vino a la mente la triste figura de tía Raquel, la hermana de mi madre, hacía muy poco tiempo en el aeropuerto de Congonhas. Sin ella, ¿qué habría sido de nuestra familia durante la enfermedad de mi padre?

Papá había demostrado reiteradamente tenerle afecto a su cuñada, un afecto lleno de delicadeza, sincero, de los que derivan en carcajadas en el cuarto de estar; un afecto de esos que no se ven enturbiados por la distancia, que no se pierden por las intrigas; un afecto que se extendía a los seres más próximos, en una bendición compartida y serena. Así, cuando el doctor Rosenblatt nos aconsejó que intentásemos acudir a un centro mejor equipado, tío Samuel se excusó de acompañarnos, alegando que tenía que encargarse de los negocios. Negocios familiares, al fin y al cabo. Recurrimos entonces a aquella tía que vivía en Sao Paulo; con desvelo inquebrantable y constante, nos acogió, se encargó del

ingreso hospitalario y, sobre todo, intentó calmar la desesperación que provocaba la fatalidad. Pasaba las noches en vela, atenta a los ruidos tormentosos, a los frascos de suero, al ir y venir de las enfermeras. Por encima de todo, ella se convirtió en la encargada del diálogo, cada vez más desesperante, con la legión de médicos que atendía a nuestro enfermo. La primera vez que entré en contacto con ese vocabulario corto y sintético, plagado de imprecisiones y despojado de todo decoro, tan caro a la medicina, tuve la impresión de que no hablaba de mi padre; tía Raquel reparó en mi inquietud y comenzó a traducir en términos piadosos y comprensibles aquellos discursos desprovistos de sentimientos. Aun así, aun con las mejores palabras de mi tía, mi padre se había sumido en el letargo.

Con el paso del tiempo, el cuñado en la clausura de los ausentes, la aflicción apoderándose de los ánimos —los chicos estaban cada vez más inquietos—, tía Raquel me propuso que sólo nosotras, las dos, cuidásemos de papá durante el día. También insistió en acompañarme durante las noches. Así, cuando todos se retiraban, nos quedábamos solas, alternándonos a la cabecera del enfermo, descansando, cada una a su debido tiempo, entre cabezadas y sobresaltos. En aquellas horas, la habitación, aunque amplia, estaba impregnada de una atmósfera nauseabunda y áspera; el aire se volvía espeso, la claridad de la lámpara de cabecera hacía palidecer colores y formas. En la luz opaca, yo temía que la muerte llegase sin alardes.

¿Temía o deseaba?

A veces temía, me mantenía atenta, vigilando con la máxima atención el rostro amado, escudriñando sombras imaginarias, preparada para ahuyentarlas. En otras ocasiones ansiaba que el desenlace llegara con presteza, imperceptible, de modo que acabase con el delirio en que todo se había convertido. En esos momentos, en los cuales el deseo de muerte parecía ser incontrolable, trataba de adivinar qué me diría mi padre en una situación absurda como aquélla.

¿Qué podría razonar él respecto a su propia muerte?

¿Comentó algún día que el dolor de la vida es que los

hijos sobrevivan a los padres?

Yo removía los recuerdos, revolvía la memoria, fragmentos de diálogos, palabras sueltas: dentro de mi cabeza, un hueco rellenaba la idea indeseada. Un hueco. La muerte nunca había sido motivo de preocupación, nunca había generado grandes angustias. O quizá —empezaba a entender— yo nunca había preguntado nada sobre el asunto porque silenciosa y ardorosamente había deseado que, en una subversión del orden natural, él me sobreviviese. Y tanto lo deseaba que lo que debería ser una veleidad se tornó imperioso. Tanto era así que, cuando uno de los cirujanos responsables anunció que había suspendido el tratamiento intensivo —mejor que él esté junto a su familia, aseveró—, llegué a sentir una especie de alivio, como si aquella indeseable liberación reavivase mis esperanzas. Pero nada había ocurrido desde que el ascensor llegara al cuarto piso y, de él, en una camilla, surgiese el cuerpo marchito, los ojos extintos, la expresión vacía de todo ánimo. Especialmente perturbadoras resultaban las manos, posadas inútiles en la sábana; esas manos que tantas veces se habían alzado en movimientos cortos, ayudando a las palabras y, con frecuencia, alterando su sentido, desnudándolas del significado banal, dibujando juegos de ironías. Las manos de mi padre, siempre tan exclamativas, reposaban en una gramática de silencio.

Muchas veces, durante las horas nocturnas, ansiaba hablar con él. Me hubiera quedado quieta, escuchando la voz llana, el tono sereno, las palabras medidas; ninguna exageración en los gestos, sólo la brasa del cigarrillo yendo de aquí para allá, marcando pausas y avances, la puntuación suspensiva de los discursos de la memoria. Muy especialmente, necesitaba aquellos grandes silencios a que se entregaba, lagunas del pensamiento que siempre me tocaba a mí rellenar. Necesitaba, por tanto, las palabras no articuladas, áreas de lucidez y plenitud. Principalmente de lucidez. Deseaba también ver en la boca de labios ahora resecos la carcajada deliciosa que dejaba ver una antigua muela de oro. Deseaba las respuestas; él, el dueño de todas las respuestas, todas,

incluso aquellas no reveladas. Imaginé que el silencio de aquel sueño era, en realidad, la interrogación suprema y desafiante.

Papá se había transformado, finalmente, en todas las dudas.

Los días y las noches se habían sucedido entre esa confusión de sentimientos y suposiciones, la tía como interlocutora más cercana, la cariñosa compañía avalada por la sangre. Siempre la cariñosa compañía, siempre la interlocución cercana, siempre el silencio anunciando la espera. Hasta que, sin ni siquiera creerlo, me encontré en el asiento trasero de aquel coche, la cabeza embotada, junto a mi madre y mis hermanos, y en el retrovisor, veía la fisonomía trastornada, el dolor en estado puro: tía Raquel nos llevaba al aeropuerto. Se había producido un desenlace.

El desenlace y el presentimiento: angustiosas fueron las horas de aquella última noche. Oía pasos furtivos en el pasillo, oía los ruidos sordos de las madrugadas. El sentido del oído se había aguzado en la débil luz, y era terrible porque me parecía distinguir el gotear monstruoso de todos los líquidos. Comencé a luchar contra sombras, venidas de no sabía dónde, que nublaban el rostro de mi padre y aumentaban los círculos grisáceos alrededor de los ojos. De repente advertí un pequeño espasmo a la altura del pecho, y al instante el vientre se abultó como si fuese capaz de aspirar un volumen colosal de aire. Lo llamé, grité su nombre. Tía Raquel se acercó a la cama y, sin pronunciar palabra, voló fuera de la habitación. Me quedé allí, de pie, insistiendo en despertarlo. Lo llamé una y otra vez, llegué a zarandearlo, encendí todas las luces, chillé, imploré, y nada. Nada: el aire salió de él, cada vez más lentamente, un soplo que se iba, sólo se iba y no volvía. Era improbable, pero me pareció que la expresión cambiaba, que las numerosas arrugas en la frente y en los ojos se deshacían, que las profundas ojeras lo abandonaban, proporcionando suavidad a los párpados cerrados. Antes de que yo pudiese tomar conciencia en medio de la desesperación, un ejército de enfermeras se apostó junto a él. Meneaban las cabezas, murmurando y murmurando. Tía

Raquel intentó alejarme de aquella escena. Yo no podía entender lo que ocurría, o quizás una comprensión demasiado profunda me hubiese idiotizado. Dejé que me llevara. Ya fuera de la habitación, se sucedió una procesión de batas blancas e instrumentos, mientras yo luchaba porque quería ver a mi padre, hasta que mi tía me sujetó la cara con las manos, los pulgares presionándome la mandíbula. Me dijo que no debía entrar; era demasiado tarde. Fui consciente, en aquel momento, del peso de la prohibición de la que siempre había oído hablar: estaba vedado poner los ojos sobre la frente de una persona muerta. Mi padre, una persona muerta. Quise decir lo que se dice en tales momentos, *Shema Israel*, la síntesis del credo, la reafirmación de la unidad divina. La fe no cabía en mi boca.

En pocas horas, mi tía dispuso lo necesario. También avisó a mamá y a los chicos; ni siquiera fueron al hospital. En cuanto a mí, recuerdo haber permanecido horas, muchísimas horas, sentada en la sala de espera que se encontraba enfrente de la habitación. Sin previo aviso, oí que irrumpía un ruido frío, fricción de gomas contra el pavimento. La camilla pasó cerca de mí. No pude moverme, el cuerpo y la voluntad adormecidos, el ruido sobrenatural. Una de las enfermeras me miró, tal vez consternada.

El cuerpo de mi padre.

El ascensor se lo tragó con su puerta de madera gastada y antigua. Mi tía apareció justo después, y yo, en una lenta reacción, quise saber a través de ella adonde se habían llevado el cuerpo querido. La respuesta me enloqueció: él viajaría con nosotros en el mismo vuelo.

El aeropuerto de Congonhas nunca me había parecido tan monumental. Unos mozos de carga nos ayudaron con el escaso equipaje. ¿Y mi padre?, quise saber, en medio del pánico. Tía Raquel intentó apaciguarme: todo estaba arreglado, no tenía por qué preocuparme. ¿Cómo podía no preocuparme? La idea de que el cuerpo de mi padre pudiese extraviarse me ofuscaba. Se compadeció de mí y me dijo que no habría ningún problema; había organizado todo el traslado, debíamos tomar aquel vuelo y, cuando llegásemos,

buscar a tío Samuel, él nos estaría esperando, eso era todo, prometía. Un desvarío: sólo vería el ataúd de mi padre en el momento del entierro.

Cuando anunciaron el embarque, imploré que ella nos acompañase. Tía Raquel dijo que no, que no podía, y me abrazó, la desesperación patente en el vigor de sus brazos:

—Clara, cuida de tus hermanos.

Oí esa voz triste muy cerca de mi oído, casi un lamento, el cuerpo en consonancia, húmedo de un sudor caliente. Sí, lo sabía, siempre lo había sabido: ésa era la tarea. No alcanzaba a comprender las razones de tal responsabilidad; mi propio padre, hacía cosa de algunos años, había repetido lo mismo con un tono grave en que se confundían el peso de la autoridad y el temor de la súplica. Nunca me había atrevido a preguntarle por qué me responsabilizaba de algo que parecía excesivo para un espíritu tan joven. En realidad, preguntarle a mi padre las razones de aquella orden podía generar algún otro conflicto, uno más de los muchos que habíamos tenido y que tendríamos a lo largo de los años; o, si no acabábamos peleándonos, la pregunta podía generar otra pregunta, en una secuencia incontrolable en la que yo partiría con desventaja, como siempre. Desde entonces, guardé la recomendación en un pliegue distante del alma, sin preocuparme por que algún día tuviera que sacarla de allí, desempolvarla y hacerla valer con la fuerza de algo sacramental. Y así, mientras la ordenación de la vida trazaba sus ciclos y la secuencia inapelable se imponía, había llegado mi tumo en aquel extraño, extrañísimo, relevo. ¿Cómo lo haría? O mejor, ¿qué haría? Jankiel, el más pequeño, contaba quince años, a menudo se lo veía absorto y se entregaba a largos silencios, poco comunes en un chico de su edad; Hersh, el mediano, dos años mayor que el benjamín, era un adolescente feliz y ruidoso que llenaba la casa de las canciones arrancadas al tocadiscos Garrard; sus ojos verdosos y la forma de la cara delataban una semejanza extraordinaria con mamá. Yo, con casi veintidós años, tenía rasgos idénticos a los de papá y a los de mi hermano pequeño. Y de mí, ¿quién cuidaría? No podía pensar en eso, no cuando estaba a punto de embarcar.

Cuando entré en el avión, entró conmigo el pavor: el féretro viajaba con nosotros. En el compartimento de equipajes.

Volví de mis reminiscencias cuando, finalmente, apareció el auxiliar de vuelo con las bebidas.

En las comunidades judías, todos los aspectos religiosos y prácticos relacionados con los enfermos y los moribundos, el funeral propiamente dicho y la asistencia a los parientes del difunto han estado durante siglos al cuidado de una congregación conocida como Jevrá Kadishá. *Esta hermandad sirve a todos los miembros de la comunidad indiscriminadamente, basándose en la regla de que ningún individuo puede beneficiarse de la muerte de otro ser humano. También de acuerdo con este precepto, es costumbre que cualquier beneficio procedente de la intermediación en los entierros revierta en favor de las familias necesitadas.*

Acepté un poco de refresco, servido en un vaso minúsculo y de bordes muy ásperos. Revolví dentro del bolso, que estaba a mis pies, saqué una cápsula azul, me la metí en la boca y me la tragué a disgusto. El aire continuaba siendo gélido, seguramente, temí, también en el compartimento de carga, y tenía la sensación de que en cualquier momento perdería el juicio. Quería, necesitaba descansar, al menos echar una cabezada. ¿Hacía cuánto que no dormía? ¿Veinticuatro horas? ¿Treinta y seis? No lo recordaba, me costaba hilvanar las ideas; en una gran confusión, mezclaba juicio y sentimientos. Allí, al lado, mi familia, la sustancia de mi inquietud tan cercana. Cerré los ojos y dejé el vaso de plástico sobre la mesita.

Otra vez las imágenes inconexas, los añicos del dolor cubriendo la mente. Allí estaba, por tanto, el perfil quieto, la piel enflaquecida, los brazos enjutos a lo largo del cuerpo. ¿Cuánto tiempo había permanecido papá en aquel estado? ¿Una semana? ¿Dos? De la boca le colgaba el tubo por donde se escurrían secreciones viscosas; el silencio y el sueño. Días y días, semanas, la imagen horrorosa, la intimidad expuesta, cánulas y tubos por donde la vida transitaba. La desesperación de mamá, los gestos trémulos, un miedo casi

infantil. Varias, diversas veces le pedí que saliese de la habitación. Sabía, con dolorosa lucidez, que ella no soportaría aquel calvario por mucho tiempo, tan débil estaba, los nervios tan a flor de piel, una fragilidad de la que hijo alguno debería ser testigo. Atribuí al instinto el deseo de poner a salvo a mi madre, de mitigar su sufrimiento. ¿Qué va a ser de nosotros?, repetía ella a los pies de la cama del marido. Y siempre, con un gesto en que se invertían los papeles, yo la abrazaba, le besaba el rostro y la encaminaba hacia el pasillo, y le decía que se quedase con los chicos en la sala de espera situada enfrente. Nunca, recordé, nunca antes me había apiadado de mi madre, nunca había pasado por ninguna situación en que aquella figura, enmascarada ahora con las lentes oscuras, me hubiese inspirado misericordia. ¿Y por qué antes habría sentido lástima por ella? Siempre radiante de juventud, los rasgos sólidos, el cuerpo menudo, los ojos verdes y firmes. La altivez de ser esposa de un hombre. El orgullo de ser madre de tres hijos. La arrogancia de no aparentar ni una cosa ni la otra. Casi veinte años de edad la separaban de mi padre, una diferencia abismal, demasiado grande para ser vencida. ¿Se amaron? Sí, se amaron, generaron una familia, generaron patrimonio, generaron amigos, cosas que solamente un afecto incondicional podría crear. Me decía a mí misma que mamá debía tomar las riendas de la familia, acabar de educar a los hijos, ver que estudiasen, que creciesen. ¿Cómo se había convertido ella, de la noche a la mañana, en algo tan patético, tan quebradizo, tan distante del ser fuerte que había sido, tan diferente de una esposa, de una madre, de una mujer joven? En aquellas semanas había envejecido; la piel se arrugaba junto a las comisuras de la boca, el trance le marcaba un surco hondo en la frente, junto al puente de la nariz. Y los ojos, los ojos estaban empañados, ensombrecidos, viejos. Seguí parte de ese proceso durante el que sus ojos se volvieron seniles. Fue un día, temprano, momentos después de que tía Raquel hubiera salido para ir a comer algo. Uno de los médicos tomaba las constantes vitales y ordenaba que recogiesen muestras de sangre del brazo inerte. Me escabullí

de la escena, aturdida por la noche en vela, y salí al pasillo del hospital. Al volver, oí las últimas palabras del médico dirigidas a mamá: no le quedaba mucho tiempo, lo sentía muchísimo. Inmediatamente, una nube le enturbió los ojos verdes, secó los vestigios de luminiscencia. La esperanza barrida de aquellas pupilas en una fracción de segundo. Corrió en mi dirección, el rostro transmutado, la consustanciación de carne y dolor. Un milagro, repetía, necesitábamos un milagro. Yo quise huir.

Una voz estruendosa salía de los altavoces, anunciando algo que no llegué a discernir. Tenía sueño, y todo se distanciaba y se confundía.

Una de las tareas del Jevrá Kadishá *es la visita a los parientes de los moribundos, para asegurarse de que el paciente esté rodeado por el* minyam *(la reunión de diez hombres, indispensable para los servicios religiosos), que recita al agonizante las últimas oraciones de fallecimiento y, en el momento de la muerte, también el* Shema Israel*, la profesión de fe de los judíos.*

La boca amoratada, la piel de color cera, mi padre pasmado de frío. Luchaba contra esa imagen cuando sentí una fuerte presión alrededor del brazo y, al instante, una voz de hombre preguntándome si me encontraba bien. Abrí los ojos, asustada, me di cuenta de que me había adormecido, aunque la pesadilla todavía continuase. Me encontraba bien, le respondí a mi vecino de asiento, y le agradecí la gentileza, le pedí que disculpase las molestias. El hombre trató de calmarme, no era ninguna molestia, yo tenía el sueño agitado, había tirado el vaso de plástico con un golpe de la mano, suerte que estaba vacío. He visto que no ha comido nada, dijo, mientras, con delicadeza, volvía a encajar la mesita en su lugar; ¿podía ayudarme en algo? Eludí el asunto, no tenía sentido compartir intimidades a kilómetros del suelo. El hombre me dirigió una mirada bondadosa y se cruzó de brazos. Me perturbó la serenidad de aquel rostro. Una serenidad de la que yo estaba excluida: obsesivamente, me venía la sensación de frío prendida a un miedo

inexplicable. Un miedo que causaba dolor.

El dolor. Sentía como si un nuevo órgano se hubiese añadido al cuerpo, presionando el espacio de los pulmones, comprimiendo el ritmo de la respiración; era algo físico, un desajuste del cuerpo, una alucinación de los órganos. El cansancio emitía señales; el cansancio sobrepuesto, multiplicado. Cansancio: por las oraciones silenciosas, por la espera de la intervención que no se había producido. O si se había producido, lo había hecho de un modo que yo no entendía. ¿Cómo iba a entenderlo? Años, habría dado años de mi vida por ver a papá restablecido, a mamá de nuevo encantadora, a mis hermanos felices. ¿Por qué Dios no había aceptado el intercambio? Sin embargo, en medio de esa rebelión y ese pánico, intuía que la única alternativa era confiar en la lógica divina, retirarme a una ignorancia crédula y devota. En medio de ese pensamiento, miré hacia la fila de asientos contigua: Hersh dormitaba, la cabeza descansando en el hombro de mamá.

Una familia.

Me quité las gafas y las guardé en el bolsillo del abrigo.

El funeral propiamente dicho debe celebrarse sin demora, si es posible el mismo día del fallecimiento (Deuteronomio 21, 23), con excepción del Shabat*, el día de expiación y descanso, y de los primeros días de las fiestas más importantes. Tras la muerte, el cuerpo es llevado hasta el* beit tahará*, la casa de la purificación, que normalmente se encuentra en el propio terreno del cementerio. Mientras se recitan rezos y salmos, se lleva a cabo la ceremonia de limpieza del cuerpo con agua tibia, lo cual se cree que es la base de la cita bíblica «Como salid del vientre de su madre, desnudo, así volverá; tal como vino, se irá» (Eclesiastés 5,14): el hombre es bañado cuando nace y debe ser bañado cuando muere. A continuación, se procede a vestir el cuerpo con un sudario de lino puro; los hombres deben, todavía, llevar a la tumba el* tallit*, el chal de la plegaria. El cuerpo debe ser acostado en un ataúd simple de madera, sin ornamentos, para enfatizar la igualdad de todos en la muerte.*

De nuevo el horizonte se inclinaba y las turbinas rugían

con desesperación. Comprendí que la maniobra de aterrizaje había comenzado. El avión perdía altitud lentamente, lo que causaba una presión tremenda en la cabeza. Hacía cada vez más frío. Volvieron los delirios, el equipaje dando tumbos, el aire glacial, el ambiente horrible en que se había convertido, para mí, el compartimento de carga. Pasó la azafata, recogió algunos vasos y pidió que colocásemos los respaldos en posición vertical. La realidad se imponía, e intenté tranquilizarme. Mi vecino miraba por la ventana, contemplando, con un aire casi bobo, los recortes del cielo. Una vez más, envidié su expresión pacificada por cierta alegría. Seguro que tenía familia, hijos; seguro que estaban esperándolo. ¿Qué edad tendría? Observé las manos que descansaban sobre las piernas y resolví que unos cincuenta años. Y los hijos, ¿qué edad tendrían? ¿Y cuántos serían? Imaginé la escena en el vestíbulo del aeropuerto: él saldría por la puerta, empujando el carrito con las maletas, se acercaría la mujer, se acercarían los hijos, la familia reunida de nuevo. De repente sentí lástima por mis hermanos que, ahora, ya no tenían padre. Envidié profundamente la suerte de los hijos de aquel hombre. Ellos aún tenían padre, un padre bondadoso, amable; un padre que viajaba en la cabina de pasajeros, que bajaría del avión por su propio pie, caminaría hasta las dependencias del aeropuerto y los abrazaría con amor. Dejé que mi brazo se apoyase en el suyo. Intenté guardar la impresión de los sentidos, el calor discreto disimulado por las ropas. El calor de un hombre.

Participar en los trabajos funerarios también se considera una obligación religiosa, hasta el punto de justificar la interrupción del estudio de la Tora. Originalmente, las siete pausas de la procesión del entierro en el camino de la sepultura correspondían a las siete formas gramaticales de la palabra hevel *(muerte, transitoriedad), los siete días de la creación y los siete estadios de la vida. Durante las pausas, se leen oraciones, siguiendo el ejemplo de los Salmos 16 o 91.*

Era exactamente la una y diez minutos cuando el avión tomó tierra en Porto Alegre, tras un aterrizaje sin sobresaltos,

por el que di gracias a todos los ángeles del cielo. Enseguida los pasajeros se pusieron de pie, ignorando los ruegos del comandante para que permaneciesen sentados. Mis dos vecinos, uno después de otro, se cargaron de maletas y abrigos. Me limité a observar a los dos hombres, adivinando a mamá y a mis hermanos detrás de ellos. En efecto, allí estaba Jankiel, de pie, la cabeza apoyada en la mano, los ojos siguiendo la cola que se formaba. Me angustié: ¿habría sido yo la única a quien habían aterrorizado aquellos pensamientos desatinados? ¿Qué ocurriría ahora? ¿Quién vendría a recoger el ataúd de mi padre? Y ¿realmente habría venido él con nosotros en ese vuelo? Mi vecino inmediato hizo un gesto amistoso, indicando que podía pasar delante de él. Yo, a mi vez, cedí el paso al benjamín, después a Hersh y, finalmente, le indiqué a mamá que tomase la delantera. Caminamos lentamente por el pasillo estrecho, la cola enlutada en procesión. Antes de descender, mientras recibía una ráfaga de los vientos de julio, observé el exterior del aeropuerto. A sólo unos metros de allí se iniciaba el embarque de otro vuelo, y la multitud apretaba el paso intentando ponerse a salvo del frío. Me entraron ganas de estar en medio de aquella gente bulliciosa que recorría el camino inverso al mío, distanciándose, apartándose, yéndose de allí. Descendí lentamente la escalera. Mi madre y mis hermanos iban bastante adelantados, ya casi cruzando la marquesina que protegía la entrada de la sala de embarque. En la pista, antes de tomar el camino del edificio gris, vi que transportaban las maletas. Me paré de repente: la caja negra relucía, una negrura intensa.

Se llevaban el ataúd de mi padre.

Los vientos silbaron y silbaron, un mareo alucinado me entorpeció las piernas. Instantes después, el mundo se convirtió en la misma brea de la madera y penetré en algo parecido a la muerte.

Sentí que unos brazos sostenían mi espalda, la fuerza de las manos amparándome, un calor cerca de la cara. Poco a poco volví en mí: el pasajero que viajaba a mi lado había acudido en mi ayuda. Parecía tan asustado como yo, y me

preguntó si debía llamar a alguien, ¿tal vez a un médico? Le di las gracias y, sintiéndome en la obligación de explicarle qué ocurría, señalé hacia el ataúd que se alejaba en uno de los carritos con que se transportaba la carga. Comprendió y, solidario, me abrazó con firmeza, acompañándome hasta el interior del aeropuerto. Hersh se había sobresaltado por mi retraso y, advirtiendo que un desconocido me amparaba, corrió a prestar auxilio. Mi benefactor, entregándome a mi hermano, me acarició el pelo, lo sentía mucho. A continuación recogió de la cinta transportadora una gran maleta y se encaminó a la salida, mezclándose con la muchedumbre en el vestíbulo; nunca pude saber si realmente lo esperaba su familia. Mamá y Jankiel me rodearon, ¿qué había pasado? Los tranquilicé, minimizando lo ocurrido; ya me sentía mejor. Enseguida avisté a tío Samuel, que, vestido con un traje negro, nos esperaba en medio del gentío. Vino a nuestro encuentro y, sin medir el peso de lo que decía, me azotó los sentidos:

—Van a llevarse ya el cuerpo al cementerio.

En las áreas rurales europeas, todavía se mantiene la antigua tradición según la cual\ al acabar el entierro, los asistentes deben arrojarse sobre los hombros puñados de hierba y tierra, como símbolo de transitoriedad, al tiempo que dicen: «Recordemos que somos polvo». Antes de abandonar el cementerio, y después de los ritos ceremoniales, los participantes se lavan las manos en una fuente de agua o en un grifo conocido como kiyor*, instalado junto al portalón con ese objetivo.*

Me lavé las manos en el *kiyor* y después las froté en mi propia ropa. Entré en el coche que conducía mi tío. A mi lado se instalaron mis hermanos; mamá ya estaba en el asiento delantero. Todos inmóviles. Había un atasco justo delante; mi cabeza trataba de poner orden en una constelación de estrellas. Posé los ojos en las manos de mi hermano pequeño, los dedos elegantes, las uñas cortadas al ras; los rasgos de papá transcritos en carne. La imagen hizo que unos pinchazos me aguijoneasen todavía con más intensidad el cerebro. Me llevé los dedos a la sien derecha. Jankiel se percató de mi

movimiento y quiso saber qué me pasaba. Muda, abracé a mi hermano, besándole la frente: todo saldría bien, no era nada. Apretó los labios y asintió con la cabeza. Todo saldrá bien, me hizo coro. Nos quedamos así, la intimidad intercambiada como un aliento, el sueño venciendo a la inquietud. No nos despertamos hasta que el coche se detuvo enfrente del edificio. Tío Samuel se despidió, volvería más tarde. Un minúsculo desahogo al fin.

Al abrir la puerta, aspiré el aire enrarecido procedente del interior. Me hirió el olor a moho, la mezcla acre de humedad y tiempo. Corrí a abrir las ventanas, apartando las gruesas cortinas del salón. Advertí que mis hermanos hacían lo mismo, enérgicos, desafiando el tejido pesado y la resistencia de sus propios miembros. Mamá permanecía junto a uno de los sofás. La insté a que nos imitara, sin poder disimular un hondo pesar. Sus ojos parecían extraordinariamente más viejos, más envilecidos. Ella obedeció, diligente.

La pasividad de mamá me incomodaba. ¿Por qué, durante el entierro, al contrario de como había actuado toda la vida, se mantuvo impasible, pequeña, cada vez más pequeña, los hombros contraídos, siguiendo el cortejo con la cabeza gacha, las recentísimas canas agitándose al viento, la mirada fija en el camino de piedras…, el rostro mimetizado en piedra? Cuando las puertas del *beit tahará* se cerraron para el baño ritual de los muertos, el ataúd negro oculto por el misterio de la nueva purificación, nos apostamos unos al lado de los otros, la familia reunida. Intenté abrazar a mamá, reconfortarla, llenar el alma que se desvanecía en la espera; ella, sin embargo, con la mirada fija en las dos puertas de madera, fue incapaz de ninguna otra reacción, el rostro surcado y grisáceo. Pero tuve que admitirlo, ¿cómo podía reaccionar mamá si allí dentro otras manos profanaban el cuerpo cuya desnudez había sido prerrogativa suya durante veintitrés años?

Cuando las puertas se abrieron nuevamente, los hombres parecían tener prisa, gesticulaban haciendo espacio. El rabino nos llamó con cariño, «Sólo los familiares más allegados», y organizó un semicírculo desmañado. Entonó los salmos con

más fuerza, la música atronando en los oídos, el desenlace en melopeya, el sudor deslizándose desde el sombrero de fieltro negro, resbalando entre los pelos de la barba. Las manos del rabino, poderosas, estaban listas para el oficio del luto; todos lo sabían y lo estaban esperando. Y con un gesto, sin que nadie advirtiese de dónde había salido, una cuchilla de afeitar, medio deslustrada, resplandecía ya entre sus dedos. Las miradas se concentraron, magnetizadas por el metal. El hombre dio un paso en dirección a mi madre y, cumpliendo con lo esperado, le hizo un largo corte en el cuello del vestido. Ella miró al rabino, la expresión dura e intransitiva. Después la pesadilla prosiguió, y los chicos, cada cual a su tiempo, terminaron con las vestiduras rasgadas, los ojos inundados del llanto legítimo y puntual. No había vuelta atrás: ofrecí mi blusa a la inmolación, y la lámina ciega fue venciendo la resistencia del tejido a trompicones; las fibras se separaron, mis dientes rechinaron. El traje negro de mi tío también fue lacerado. Otro, uno más de los pactos ancestrales se desarrollaba allí, a unos centímetros de distancia, la misma pérdida que asoló a Abraham, el mismo gesto de desgarrar la ropa en la desesperación, la misma impotencia ante el designio. Yo leía la boca del hombre, el *kadish* en los labios menudos, la oración de los enlutados, señal de que todo era verdad. Aquél debía de ser el momento peor del que hablaba mi padre, el único momento en que no había nada más que el dolor, el dolor y el derecho de purgarlo.

¿Por qué, entonces, mi madre lo purgaba en silencio? Alguna expresión, una lágrima, una reacción que la reintegrase al mundo de los vivos, cualquier cosa habría sido preferible a aquel rostro idiotizado y siempre igual. Incluso cuando el ataúd descendió a la sepultura —el chirriar horrible de las cadenas contra la madera, la tierra cayendo en crepitaciones, una sucesión de ruidos agónicos—, mi madre se mantuvo ajena a sí misma y al mundo. Quise creer que la viudez, llegada en un momento súbito y desleal, tenía la capacidad de amortiguar su revuelta; sí, llegué a tener la convicción de que aquel aturdimiento era, en realidad, la expresión máxima del sufrimiento, el sufrimiento que

también me consumía, a mí, la hija, siempre tan apegada a su padre; el mismo sufrimiento que en mi madre, en el punto álgido de su intensidad, anestesiaba las reacciones, todas, mientras un torrente refluía en el alma, algo tan íntimo que no daba señales de su existencia.

Y yo, la hija mayor, ¿por qué no había llorado por papá? Pero ¿podía ser de otro modo, si había aprendido a contener las emociones, si me había tragado todos los impulsos? Yo, siempre tan diferente a mi madre, siempre guardando las lágrimas en un embrutecimiento medido, siempre reprendiendo las manifestaciones apasionadas de la familia. Mientras mi tío, los otros parientes y los amigos lanzaban puñados de tierra sobre el féretro, me desesperé. Di dos pasos hacia atrás, la mano húmeda de tierra, mientras, una vez más, mi visión perdía nitidez. Amparada por Jankiel, me senté en uno de los bancos y escuché, a lo lejos, la canción monocorde que entonaba el rabino. El frío, en aquel momento, desafiaba la trama del abrigo helando el alma, y el discernimiento volvía poco a poco, materializándose en el polvo de las manos. En aquel momento abarqué con la vista toda la extensión del cementerio y me habitué de golpe al silencio de las lápidas.

Al entrar en el coche, con las manos resecas a causa del agua, recordé que allí, en aquel mismo lugar, reposaba otro hombre, el periodista por quien mi padre siempre había albergado una gran admiración y que había sido asesinado por los rigores de la estupidez. No, decididamente, en contra de lo que afirmaban las explicaciones oficiales, no había sido un suicidio, y ahora estaban, él y papá, inmersos en la Revelación. Volví la cabeza, dudando todavía un instante. Tío Samuel arrancó el coche. Seguro que todos los hombres buenos se morían antes de tiempo.

*Al funeral le sigue una semana de luto —*Shiva*, los siete días — durante la cual se visita y se conforta a la familia del fallecido. Durante todo este período, en la casa, enlutada, se pronuncian oraciones y se evita asistir a celebraciones, eventos sociales, trabajo y estudios. En algunas regiones es costumbre rasgar los zapatos del muerto y cubrir los espejos en señal de*

despojamiento de las vanidades terrenales.

—Clara, es para ti.

Regresé de los recuerdos y miré a Hersh. ¿Qué decía? Mi hermano lo repitió, parecía que era una llamada internacional, ¿es que no lo entendía? Asentí y caminé hasta el cuarto de estar. Pronuncié un «diga» muy breve, seco, impaciente. Después el pavor, atroz hasta el punto de obligarme a sentarme en el sillón. No podía alcanzar con la vista más que el tapiz de la pared. Oía la voz y no me lo creía, no podía ser. Vi a mamá cuando se levantó y caminó en mi dirección, cruzando el arco que dividía las dos piezas, sus pies descalzos atrayendo mi mirada. Una mirada que ya no veía.

No, no podía ver nada, sólo las palabras al otro lado de la línea excitándome el entendimiento. Comprimí la espalda contra el respaldo del sillón. Oí mi propia voz en vacilaciones, monosílabos vagos; después, sentí en el pecho espasmos cadenciosos; finalmente el llanto contenido salió como un desahogo, la convulsión de las lágrimas en grandes estremecimientos. Lloraba, por fin lloraba, la humanidad imprevisiblemente restituida.

Cuando pude serenarme, balbucí un agradecimiento y un adiós. Aunque no deseaba hacerlo, colgué el teléfono. Mi madre llegó hasta mí con su paso vacilante. Me puse en pie, luchando contra un peso colosal, nos agarramos la una a la otra, los hombros de mamá flacos y descarnados. Intenté hablar, calmar el tormento que se abatía sobre mí, pero no me salía la voz. Por sorpresa, los brazos de mamá cobraron fuerza y toda ella pareció hincharse para, después, estallar en el llanto que sucede a todas las pérdidas. En la desesperación, la estreché en mis brazos, prendiéndola con los eslabones que pensaba que ya no existían. Estuvimos de pie durante algún tiempo, los rostros ocultos en el abrazo. Despacio, nos separamos. Nos sentamos las dos al mismo tiempo y nos dimos las manos. Mirábamos exactamente el mismo punto sobre la mesa de centro, siempre el mismo punto, hasta que sobrevino la calma. El rostro de mamá, entonces, ya no pareció de cera. Aquel semblante ganó finalmente la dignidad

de los viudos.

Hersh, circunspecto, entró en el cuarto de estar cargando una pila de sábanas. Comprendí la intención: había llegado el momento de cubrir los espejos de la casa, para ocultar la ausencia del rostro que nunca más estaría allí. Me uní a él en la tarea, ambos en silencio.

El gran espejo del recibidor, el más grande de todos, herencia de la familia, debía ser resguardado en primer lugar. Tomé una de las sábanas y, asiendo con firmeza una de las puntas, le pedí a Hersh que hiciese lo mismo. Me imitó y, con la pieza bien sujeta entre los dedos, caminó hacia atrás; enseguida tuvimos entre nosotros una tela perfecta, alba e inmaculada. Erguimos los brazos y, teniendo cuidado con el grueso marco de madera, envolvimos el cristal con la pieza de lino. Hersh tomó distancia y, mientras miraba el espejo envuelto, preguntó quién había telefoneado. Sentí que me petrificaba: ¿se acordaba él de aquella voz? Mi hermano hizo un gesto con los hombros, la barbilla apretada hacia abajo; sí, la voz le era familiar, aseguró, y contó que la chica no se había identificado, sólo había dicho que era urgente, que era una llamada internacional. Me invadió un calor absurdo y consideré que era perfectamente posible que él todavía se acordase de la autora de la llamada; aunque hacía algún tiempo que no se veían, unos cinco años. ¿Y cómo se llamaba?, insistió Hersh. Me agarré al fardo de sábanas. Percibí la viva curiosidad en su rostro, los extremos de los ojos ligeramente fruncidos, los dientes entrevistos entre los labios finos. No había otras sombras en aquella expresión; al contrario, un aire decidido y viril reforzaba el tono interrogativo: el niño se había transformado en cuestión de horas. Un hombre, el hombre de la casa, que ahora exigía una respuesta. Respondí por fin, embelesada con el sonido que salía de mi boca. Hersh esbozó el gesto de quien se sorprende:

—Claro que me acuerdo. Ana, aquella compañera tuya de la escuela.

Era la primera vez en muchos años que ese nombre volvía a pronunciarse entre las paredes de aquella casa.

Ana en París

En el momento en que yo te narro, llueve en París.

Siempre opresiva la lluvia, y siempre esa inquietud. Un cielo triste; tan triste el gris ceniza, piensas. La masa de nubes sigue la curvatura de la bóveda celeste, amoldándose como un toldo a la esfera del planeta. Llenas de agua la tetera, enciendes uno de los fuegos de la cocina y cuando los vapores se desprenden en oscilantes vaharadas de color malva, corres a apagarlo y a preparar café.

Te consuela el aroma, la textura amarga te llena la boca. Tienes la taza entre las manos y te demoras, robando la tibieza a la loza redondeada y marrón. Miras hacia el suelo de baldosas hexagonales, cuya escasa dimensión señala los límites de tu cocina, y te desazonan las juntas ennegrecidas a causa de la mucha porquería acumulada por la desidia y por el tiempo. El tiempo, esa urdimbre en que te enredas sin ni siquiera darte cuenta.

¿Hace cuánto que estás aquí? Dos años en que la vida se ha extendido y acortado en vastedades absortas, los ojos abrasados por las lecturas, la cabeza en una desaceleración amarga de agotamiento. Primero la *license*, ahora empiezas la *maîtrise*, pequeñas victorias que te dan cierto orgullo y que te alientan un poco; un poco porque querrías más que eso, querrías tener paz, la paz del olvido. Pero las cosas nunca han sido lo que deberían haber sido, Ana, y por eso mucho me lamento y te lamentas.

Alejas los pensamientos y, como si no hubiese nada más que hacer, decides: vas a salir. Te levantas, caminas hasta el fregadero, lavas la taza, sacudes las manos, te las secas con el trapo de cocina. Los dedos y el dorso de las manos se han quedado ásperos por las temporadas de frío y por el agua

dura; una lástima. Delante de tu mesilla de noche, eliges el tubo alto y cilíndrico y te embadurnas de una crema grasienta. Te frotas las manos hasta que la piel reluce aceitosa. Náuseas, siempre te vienen esas náuseas con el perfume dulce de la crema hidratante. Aprovechas el espejo clavado en la pared que tienes enfrente para la inspección rutinaria: también la piel de la cara, sobre todo la de la nariz, se ha vuelto opaca y seca. Con el calor que hace, te consuelas, los ciclos se alterarán y el vigor volverá a ti.

Junto a la puerta te pones la gabardina, el cuello levantado junto al rostro, agarras el paraguas; te cuelgas el bolso al hombro y sales. Bajas moviéndote de un lado a otro en la pequeña jaula del ascensor.

En la Avenue d’Italie te abasteces de fiambres y queso; te seducen las aceitunas negras, aquellas de allí, bonitas, gordas, relucientes de aceite, y señalas con el dedo: la negrura atiza tu codicia y tu gula. Con un cucharón agujereado, el hombre de extravagante acento —un extranjero más, como tú— toma una ración y, paralizando en el aire el movimiento, espera hasta que la franja dorada se convierte en un hilo, y hasta que el hilo se rinde en un gotear vacilante. Pagas lo debido y, satisfecha, canturreas una despedida en la lengua que no es tuya y que, seguro, tampoco es la de ese señor al que vuelves la espalda.

En la calle, todavía la lluvia. Te ajustas el cuello del impermeable, abres el paraguas, pero, en vez de volver a casa, andas algunas manzanas más en dirección sur. Ya en la esquina, avistas el inmenso letrero: TOTO. Reduces el paso, reordenas las compras, entras y te confundes en el tumulto de la tienda. Hace ya un rato que estás examinando las ofertas de artículos de cama y de baño para el apartamento, soleado y espacioso, que un día tendrás; un juego de toallas en tonos grisáceos te parece una monería, el color ceniza queda bien con todo, siempre colores neutros. Frunces el ceño y te esfuerzas en recordar los azulejos que decorarán tu futuro cuarto de baño; colocas la toalla en aquel lado, y en tu proyecto todo combina y es perfecto. Una negra gordísima,

cuyos pechos y barriga se proyectan hacia delante como una afrenta, te atiende con una sonrisa. Pagas, te cuelgas las bolsas del brazo y te diriges a la calle. Reanudas la marcha, esquivando a algún que otro transeúnte. Una manzana más abajo te acuerdas de que no tienes pan. Un peso más que cargas. Aunque las compras, prendidas a tu mano derecha, te molesten un poco, sientes una ola casi de alegría, como siempre que tienes algo nuevo para tu quimérico apartamento. Un nuevo hogar, ya que las tentativas de sentirte a gusto dentro de las paredes entre las cuales vives se frustraron. Caminas pensando en las toallas, en la cena, en la *mémoire* que debes empezar a escribir, tienes ganas de entrar en el bistró aquel de la esquina, te gustaría celebrar las toallas nuevas tomándote un *pastis* con alguien, pero enseguida te sientes decepcionada; estás sola y sabes que, para todas las personas que ves, el silencio es tan difícil de romper como para ti lo es de soportar. Tampoco entiendes tu reflejo, que resbala gracioso sobre la gran ventana de cristal.

Llegas a casa, guardas las toallas. Pones la mesa: un plato, los cubiertos, una copa. Sacas una fuente del armario y en ella vas disponiendo el contenido de tu cena: una cuña de queso, finas lonchas de jamón, la rodaja de paté enmarcada por una capa de grasa; admiras el negror de las aceitunas al colocarlas en un pequeño bote. Dispones el conjunto en el centro de la mesa, flanqueado por el pan castaño y áspero. Ahora te pones de puntillas y del estante más alto tomas la botella de vino espeso y oscuro; acto seguido, fuerzas el tapón hasta que se oye un breve ruido. Te vuelves e, inclinando la botella, viertes el vino tinto con reverencia. El cristal se tiñe de color, desprendiendo un buqué suave y seco. He ahí tu cena. Enciendes la radio, un poco de música te acompaña. Comes despacio, muy despacio, intercalando sorbos placenteros. Deleitándote por anticipado, dejas las aceitunas para el final.

Perforas la pulpa hasta que los incisivos encuentran y se rinden al sólido corazón y, momento esperado, el jugo estalla en tu boca, desparramándose por la lengua. Ávida y laboriosa, descamas los huesos y, antes de devolverlos al

plato, haces que rueden por la mucosa y choquen contra la dureza bien formada de tus dientes. Así, siempre procedes así; una a una, hasta que te sientes satisfecha.

Ahora aprovechas la apatía que te provoca el vino y te vienen el sueño y el cansancio. Una leve punzada en la cabeza te incomoda y, sin hacerle caso, el dolor se disipa rápidamente. Apagas la radio y te arrellanas en el único sillón. Suspiras. A la luz de la lámpara, te miras a ti misma. El espíritu del alcohol aguza la pluma melancólica de las remembranzas. Rostros, varios rostros se estampan en la nebulosa pantalla que inventas. Por un instante quieres zafarte, te debates. Enseguida, sin embargo, con extrema dulzura, te rindes. Y allí, faro luminiscente, una cara te impacta y te enternece más que las demás; el mismo rostro que te ha acompañado como un arco iris firmemente proyectado sobre los abismos. Sonríes porque casi son sólidos los ojos, casi material la boca, casi palpables los rasgos: sientes entre los dedos el cabello, ese tul abundante y desobediente que solía rozarte el cuello y los pechos y el vientre. ¿Cuánto tiempo hace?, te preguntas. Pero el silencio no te responde, y lo que más deseas en este momento son las palabras que pudiese darte esa alma extraviada. Con ella inauguraste el deseo y el afecto; la madurez. Te volcaste en cariños, la recibiste en ti, entregaste tu cuerpo por primera vez; temblando, le sorbiste la piel, tuviste en la boca su sexo, sorprendida por la invención y el entendimiento, inédito vértigo de los descubrimientos. Ella, a su vez, se exponía sanguínea como un organismo destripado. Fruta, eso decía ella que eras: una fruta. Las maquinaciones de la distancia os alejaron a las dos y, por eso, no la has tenido más; nunca más la confortación del calor perfumado, nunca más la pereza entre los brazos suaves. Intentaste olvidarla, es cierto, echarla al material de las errancias pretéritas. Aun así, ¿de qué te sirvieron los esfuerzos, las noches en blanco, los días aterradores? De nada, de muy poco. Porque nunca más han vuelto a tocarte con tamaña veneración, nunca más inauguraron en ti tantos caminos de inquietud, nunca más los santos y los demonios obraron con tanta potencia en un solo

ser. Nunca más se han repetido las delicias de tu primera pasión. Nunca más, y hace ya años.

Extiendes la mano sobre el abdomen, y debajo de la blusa el dedo anular provoca escalofríos en la piel caliente. La memoria persiste y te deja perpleja, como siempre. Te miras todavía, miras tu cuerpo, y el mundo se transfigura y cristaliza.

La otra.

Tu doble, réplica de ti, ésta sí que eres tú. La otra, la que te sobrevuela desde siempre, que levita entre las capas de tu piel, que te hace confundir los conceptos. Tú conformación ya no te pertenece porque es la otra la que te constituye; más que un insistente recuerdo, ella es la materia de tu amor. La suave savia pegajosa rezuma de ti como si rezumase de la otra; brotan de tus dedos círculos y elipses; la otra, que ejerce un irresistible efecto sobre ti; el velo del pelo te quema los muslos, la lengua te atiza la delicadeza. La otra, de formas adolescentes en tus formas que se van haciendo más gruesas; la otra, que, sin embargo, eres tú misma, aquella de quien fuiste pareja, aquella a quien dijiste que eras igual que ella. Igual en ese instante en que te hundes en ti, en que te concentras y ansias: tu boca en el aire intuyendo la otra boca, anhelando la saliva fresca, el contagio eterno de los labios en los tuyos. Quieres, deseas; el tiempo, triste tiempo, te ha llenado la memoria de fantasías y, por poder recordar tanto, te desesperas; proyectas la figura, montas las formas, y la imagen te consagra con peso y dolor. Peso y dolor te constituyen ahora, y la irreversibilidad de que todo se reviste te excita y lo quieres aún más. Cierras con fuerza los ojos, tus hermosos ojos, y por dentro de ellos se pasean los otros; los mismos otros ojos que también se cubren, se cierran, se aprietan, y la contienes a ella, la otra, dentro de ti, como siempre la has contenido. Arqueas la columna, ofreciéndote a ella, ofreciéndote a ti, y la espuma entra en efervescencia, sagrada como el cántico del amor que te haces. Tiemblas, jadeas y, sintiendo que tienes que volver al mundo, gimes, sola, del placer de vosotras dos. El nombre de ella se desliza de tu boca en balbuceos: Clara.

El teléfono te saca del entumecimiento. Contestas, y la voz límpida de tu madre te impone una aterradora lucidez. Quieres zafarte; respondes lacónica y cansadamente. Hasta que, como de pasada, oyes la noticia: el padre de Clara ha muerto. Le pides a tu madre que te lo repita, te cuesta convencerte. Te cuesta convencerte de la muerte. El padre de Clara, aquel que odiaste, aquel que temías, aquel que primero alejó a tu amiga de ti. Mi madre se despide, y a duras penas reprimes la ansiedad que te invade. Piensas y piensas en lo que debes hacer. Surge el gesto, marcas el número en el disco, el mismo número de hace años, esperas que contesten. Una voz de niño, un muchacho; uno de los hermanos de Clara. No quieres identificarte, tal vez no se acuerde: seguro que no. Esperas un instante y le pides que se ponga tu amiga, es urgente, la llamada es internacional. En cuestión de segundos, oyes la voz; ésta te sobresalta, la voz sin cuerpo, convertida en irrealidad. Y tu propia voz fluyendo como un río:

Clara soy yo hacía tanto tiempo que no hablábamos quería decirte que me he enterado de lo de tu padre estoy en París sí estoy estudiando mi madre me ha llamado para contármelo pobre era joven todavía por favor no llores Clara no quiero que sufras te echo de menos no nos hemos podido ver nunca más Clara me oyes dime algo por favor no llores Clara no llores cuánto tiempo sin hablar contigo y hablar justamente así en este momento perdona que te haya llamado sabes dónde encontrarme lo siento mucho ya te lo he dicho no tienes por qué dar las gracias un día a lo mejor nos vemos voy a colgar adiós.

Adiós, como una piedra.

Cuatro pequeños relatos

Mis cefaleas y la implacable orfebrería del tiempo

Había padecido, antes y crónicamente, muchos martirios, pero aquellos dolores de cabeza empezaron con la muerte de mi padre. El dolor primario generaba otros dolores, desacuerdos entre alma y cuerpo, borbotones de sufrimiento. Pastillas y más pastillas, una lista incontable, y suplicaba a mi propia memoria que, a través de cierto letargo, se olvidase de mi adolescencia, de las pérdidas, de la melancolía, del dolor; quería olvidarme de la propia facultad de recordar. Comprendía que en el silencio del olvido, y tan sólo ahí, encontraría algún descanso, si es que iba a tenerlo algún día. Por lo demás, mientras la memoria persistía, me resignaba al padecimiento. Había mañanas en que, nada más despertarme, allí estaban aquellos puntos claros, estrellas blancas, soles trastornando la visión. Después, en uno de los lados de la cabeza, pequeñas llamas que palpitaban al compás, fulguraciones que azotaban la frente, impulsos densos que anunciaban un sufrimiento mayor; como si aún fuese posible, la sensación aumentaba durante el transcurso del día, yo con ganas de serrarme el cráneo y arrancarme el dolor con las manos. Un infierno, entonces: los olores penetraban por las narinas, perforando todos los espacios, la luz flagelaba las retinas, y los ruidos, incluso los de costumbre, fustigaban el cerebro, haciendo que me temblase hasta el pelo. Jaquecas, empecé a llamarlas, acomodándolas al sentido habitual y, también por el principio de la estupidez, masticaba y masticaba pastillas, una detrás de otra, con vana desesperación.

A pesar de eso, las cosas se restablecían, en un orden que,

si al principio me pareció demasiado lento, después se mostró equivalente al afiligranar esmerado del orfebre hasta que obtiene el resultado final. De esa forma, en pequeños acontecimientos, se rehízo la rutina de mi familia. Con la ayuda de tío Samuel.

El idiota

«La sangre pesa más que el agua», bramaba mi padre, y mis oídos se abismaban. Cierto, la sangre pesa más que el agua, pero ¿cómo podían ser tan diferentes dos seres con la misma herencia en las venas? Vino y agua, vinagre y aceite, cualquier comparación en que los elementos fuesen tan antagónicos que no hubiese posibilidad alguna de confundirlos: tal era la distancia entre mi padre y mi tío. ¿Cómo podía aquel hombre ser mi tío? Me sacaban de quicio las bromas de mal gusto, la risa fácil y completamente idiota, las consideraciones fuera de lugar; sobre todo, siempre le tuve tirria a aquella insultante tendencia a lo faraónico. En la constructora, durante la época en que era socio minoritario, nunca pudo desarrollar tales vicios porque siempre estuvo bajo una dirección comedida. Mi padre administraba la empresa como vivía: pesando, midiendo y, la mayoría de las veces, negando. Papá era, por tanto, lo opuesto a mi tío. Apreciaba el valor exacto y real de todos los elementos que lo rodeaban; temía, y mucho, las exageraciones y las ostentaciones. Si los otros sabían lo que él tenía, ¿por qué debía demostrarlo? Y si no lo sabían, ¿qué provecho sacaba de hacer que los otros lo supiesen? Era un razonamiento un pelín tortuoso, pero que constituía una verdadera declaración de intenciones contra la vanidad. ¿Si papá tenía vanidades? Por supuesto que las tenía, pero eran de orden oculto y secreto. Tal vez la mayor de ellas estuviese relacionada justamente con aquel culto a la elegancia de la frugalidad. A todas luces era un hombre de hábitos moderados, salvo por los vinos de los fines de semana, las corbatas de seda y los trajes a medida. Por lo demás, no renunciaba al rigor. Y estaba muy orgulloso de ello. Además, empecé a creer que la

ausencia de comportamientos frívolos cumplía una doble función: por un lado, era una manera de preservar a la familia, volviéndonos contrarios a las futilidades y, en consecuencia, invisibles a la codicia ajena; por otro, era una forma de salvaguardar el patrimonio que había reunido hasta entonces, el resultado de superar la miseria en la que habían emigrado mis abuelos; siempre entregado a un gran sacrificio, un sacrificio que mi tío tenía más interés en disfrutar que en mitigar. Si mi tío se afanaba en comprar coches y en viajar, mi padre permanecía alegremente satisfecho con el Ford Fairlane, que tenía diez años de antigüedad, y con los fines de semana junto al periódico y al ajetreo de la casa.

Así, tras la muerte de mi padre, cuando tío Samuel se convirtió en el director de la empresa, mis pensamientos fueron dramáticos y malévolos: al desaparecer el gato, los ratones se divertían, finalmente. Para mi sorpresa él se mostró atento, y eso era lo mínimo que se podía decir. Atento hasta el punto de asumir la administración y tutela de la herencia, y de correr a transferir inmuebles y acciones a nuestros nombres, y a gestionar alquileres, compras, ventas, seguros, impuestos, todo con el argumento de que le debía a mi padre mucho más que eso. Sí, con certeza se lo debía; le debía el hecho de haberlo sobrevivido. Los chicos y mamá quizá no compartiesen mis cautelas preventivas, mantenidas con ferocidad; ninguno de ellos se opuso a la sucesión en el puesto de director de la empresa; a ninguno de ellos pareció angustiarlo aquella figura de punta en blanco soltando órdenes como si fuese el amo. Claro, tal vez mi familia entendiese algo que yo aún no alcanzaba a entender, el hecho de que precisábamos mantenernos, la empresa tenía que seguir funcionando y los chicos todavía eran demasiado jóvenes para ocuparse de los negocios. Quizás, además, todos viesen en mi tío la sangre de la sangre, la voz ancestral que palpitaba en nuestras cabezas.

Por mucho que yo alimentase sentimientos catastrofistas en relación con la constructora, la concreción de los hechos me convirtió en una cascarrabias. Cuanto más se estampaba

el logotipo azul y blanco en vallas de obras, más prosperaba la firma, más ufano se jactaba mi tío. Me calmé por un tiempo, abatida por las cefaleas y reconcomida por la culpa y los recuerdos, los eternos recuerdos. Lo que entonces me empezó a inquietar, además de los ardores de estómago provocados por las aspirinas, fueron las actitudes de mi tío en aquello que nos atañía. Por si fuera poco el hecho de haberse acercado peligrosa e impositivamente a nuestra casa, empezó a llamar a su cuñada y a sus sobrinos *su familia*. La primera vez que oí eso, una punzada ácida me oprimió las sienes; dentro de mi atonía, vi que mamá le correspondía con una franca sonrisa, como si tal tratamiento fuese un elogio, no una afrenta. ¿Por qué mi madre, esposa de un hombre que era la antítesis de lo que ahora teníamos delante, no reaccionó como debía? Mis hermanos parecieron no oír la insolencia, una falta de juicio. Comenzamos a escuchar, cada vez con mayor frecuencia pronunciar pomposamente esa mentira, y sólo yo me rebelaba. Y tanto me batía contra aquel estado de cosas, y tan solitaria era mi bravata, y tan evidente era que sólo yo veía lo que los otros no podían ver, que me sobrevino el desamparo por no poder compartir nada. Me sentía como si necesitase cavar un inmenso foso y, allí, en el aislamiento, gritar al vacío mi delación más urgente. Pero nada pude hacer; todos actuaban como si realmente nos uniesen lazos de afecto y de sangre. Inquebrantable parentesco. ¿Por qué, si tan importante era para él tener una familia, nunca había llegado a casarse? Desde que era niña había oído historias de una pasión secreta, un amor no correspondido, cierta tragedia afectiva que nunca había llegado a ser aclarada en su totalidad. Siempre la trama vaga y distante de una mujer, una hermosa mujer en quien él había proyectado, en vano, sus fantasías amorosas. Claro, ¿qué mujer podría aguantar a su lado a un ser desprovisto de espíritu y gracia?

En cuanto a mí, intentaba mitigar mis angustias tragando y tragando analgésicos. El día del Descubrimiento de *Matzeiva*[4] de mi padre, amanecí con unos dolores y un ardor de estómago tan fuertes que ni siquiera pude ir al cementerio

(por cierto, durante largos años me zafé de conocer aquel sepulcro; era sólo una piedra, al fin y al cabo). Se me ocurrió que sería bueno llamar al doctor Rosenblatt, el neurólogo amigo de la familia, el único que supo diagnosticar con seguridad la enfermedad de mi padre y, por tanto, el único médico sobre la faz de la Tierra en quien confiaría por el resto de mis días. Me examinó de arriba abajo, me zarandeó, me auscultó, me hizo un montón de pruebas y, por fin, confirmó el diagnóstico que yo misma me había dado: el espíritu me dolía en el cuerpo bajo la forma de jaquecas. Me prescribió ejercicio físico, más analgésicos y medicamentos para la acidez de estómago. Seguí, por tanto, tragando analgésicos y ahora, también, pastillas contra la acidez.

De todo queda un poco

Antes de continuar con estos pequeños relatos, conviene decir que dos elementos primordiales rigen la vida judía: el *guisheft* —el negocio, en general un pequeño establecimiento comercial que, a lo largo de los siglos, ha garantizado la subsistencia familiar— y los hijos, alegría en la juventud y amparo en la vejez. De este modo, el primer impulso de un judío es el de luchar por su independencia: o bien estudia, se convierte en un profesional liberal y abre un consultorio o un despacho —y se pasa al final de la tarde por el negocio de los padres para saber cómo ha ido el día—, o bien hereda el *guisheft* que pertenece, y siempre pertenecerá, a la familia.

Mi padre, cuya herencia se había quedado muy lejos, en tierras de Besarabia, no tuvo otra alternativa que comenzar él mismo un legado inverso, aquel que ayudaría a mantener a mis abuelos, al holgazán de mi tío y a los hijos que él, mi padre, tanto deseaba tener. Como mi abuelo se dedicaba al comercio de corbatas y otras prendas menos nobles, y como mi padre tenía inquietudes incompatibles con la venta ambulante y que, más bien, se relacionaban muy en especial con la descendencia, no tardó en obligarse a estudiar; muy pronto ya era chico de los recados, muy pronto se convirtió en amanuense, muy pronto ya era contable, muy pronto

levantó una casa para los suyos, muy pronto ya negociaba terrenos, muy pronto ya era constructor. Viendo el éxito de la empresa del hijo mayor, mi abuelo abandonó la maleta de cuero grasienta y los deplorables trapos coloridos, y empezó a pasar las tardes practicando *yiddish* con otros ancianos en el barrio de Bom Fim; mi abuela, en la amplia cocina en que viví parte de mi infancia y que daba a la Rúa Fernandes Vieira, preparaba los caldos y *knishes* para la cena de la familia (poco conviví con mis abuelos; cuando tenía diez años mi abuelita nos dejó; un año después, precisamente el día del Descubrimiento de *Matzeiva*, falleció mi abuelo, al llegar a casa procedente del cementerio. «De tristeza», dijo mi padre, palabras que un niño, asombrado, jamás olvida). Mi tío, perdida la perspectiva de la venta ambulante, fue elevado de improviso a socio de la constructora. Así, mi padre se había convertido en dueño de su propio destino y había colocado a los suyos. En ese punto, todo volvía al principio: los hijos, que según sus planes habrían de ser muchos, tendrían que llevar adelante el *guisheft*, cerrando el círculo de la existencia.

Faltaba, sin embargo, la culminación de esa historia vital: con tanto empeño en cimentar y solidificar, mi padre aún no había vivido la dulzura del amor. A veces a uno le ocurren banalidades, y ocurrió que conoció a mi madre en una fiesta. Enseguida empezaron a salir juntos, enseguida estuvieron comprometidos, enseguida se casaron, enseguida mi madre se quedó embarazada del sucesor en la constructora (el primer hijo sería un niño, Dios no iba a negarle ese privilegio). Les salió niña. Él, pasmado por que la Providencia no le hubiese concedido un varón, no se dio por aludido: llamó a la hija Clara, homenajeando a una misteriosa tía fallecida, y decretó que la primogénita lo sucedería en la constructora. Mejor: una vez se casara la pequeña Clara, ésta podía destinar al yerno una participación en la empresa. ¿Por qué no?

Y tal vez porque me agradaban poco las imposiciones, tal vez porque mis habilidades motoras no llegaban a la sofisticación de dibujar una línea recta a mano alzada, tal vez porque después de mí habían venido al mundo dos hermanos, tal vez porque precisamente yo había heredado las

inquietudes de mi padre, tal vez porque yo quería decidir algo por mí misma al menos una vez en la vida, tal vez, tal vez, yo me decanté por la carrera de periodismo.

—¿Periodismo? —me preguntó el ser más atónito y decepcionado que había sobre la faz de la Tierra.

Le plantaba cara, y eso no hacía que me sintiera bien. Sólo Dios sabe lo difícil que fue para mí ver en aquel rostro la impronta de las esperanzas frustradas. Mi padre tenía esas cosas: aunque extremadamente dadivoso cuando se lo obedecía, se enojaba también extremadamente cuando se le llevaba la contraria. Algunas veces, pocas, yo había discrepado de alguna que otra decisión suya, y había plantado cara, orgullosa y con el mismo tono, a su supremacía. Para gran decepción mía, y sin que pudiese prever cómo, el tiempo y los hechos siempre acababan dándole la razón. O casi siempre: alejarme de mi compañera de adolescencia fue una de las grandes equivocaciones perpetradas en nombre de la sensatez. Pero eso, el resultado más lamentable del exceso de diligencia, mi padre no lo pudo presenciar, y él continuó, durante el tiempo en que vivió, siendo el gran Norte. Las pequeñas y continuas victorias de la experiencia sobre el ímpetu en nada lo envanecían; antes bien, como ahora, parecían angustiarlo casi hasta la exasperación. Pensando en ese pasado de continuas derrotas, y ante aquella pasmosa escena, flaqueé por un instante, lo confieso. Pero en un destello comprendí que era precisamente la flaqueza lo que él esperaba de mí. Retomé las riendas del asunto, insistiendo en mis voluntades; antes de desistir de ellas, como había hecho en épocas pasadas. Razoné: si tanto me gustaba escribir, ¿qué era lo que esperaba de mí?

—Pero ¿quién se ocupará de la constructora?

La consternación desfiguraba su expresión hasta límites insospechados.

Me callé por respeto a aquella angustia y para ganar algún tiempo. ¿La constructora? Los chicos se encargarían de la empresa, arriesgué. Fustigado por los sentimientos, mi padre encendió un cigarrillo. Continué de pie; tenía los nervios a flor de piel, me rondaba ya el arrepentimiento. Su rostro se

volvió lívido, después sanguíneo, después casi triste; recuerdo la larga, larguísima calada al cigarrillo de la marca Minister, el brillo revoltoso comprimiéndose entre los párpados, el desafío acechando en las cejas casi unidas. Y, revistiéndose nuevamente de la autoridad que yo casi le había robado, impuso:

—Muy bien, periodista, que así sea. Pero la mejor de todas. La mejor. ¿Entendido?

Evalué el alcance del brete en que me ponía. No había vuelta de hoja. No me quedó más remedio que bajar la cabeza en señal de sumisión. Él, transformando mi bravata en fanfarronería, repitió:

—¿Entendido, jovencita?

Y, sin esperar respuesta, se levantó de la mesa y se encerró en el despacho por el resto de la noche.

Me quedé allí clavada, pensando en la conversación y en la frustración de mi padre. Sabía muy bien que él todavía esperaba que yo cambiase de idea. Y esperaba más: que olvidase mis afectos pasados, que encontrase un marido, que mi marido trabajase en la constructora, que tuviésemos hijos, que los hijos heredasen el negocio, y así sucesivamente, por los siglos de los siglos. Yo nunca había tenido valor para anunciar que lo último que haría en el mundo sería casarme, pero él ya lo sospechaba. Mi falta de valor se debía a que yo era consciente de que mi padre, más que con mi matrimonio, soñaba con los nietos que yo podía darle; los nietos, los «hijos con miel», esos pequeños seres cándidos que él llevaría a pasear los domingos y que arrullaría con canciones de cuna en *yiddish*. ¿Con qué derecho podía negarle a mi padre un sueño tan legítimo? Quizá se tratase verdaderamente de un disgusto que él, con intuición certera, siempre había anticipado y nunca había llegado a manifestar. ¿Quién puede saberlo?

Seis meses habían pasado desde esa conversación, y los hilos de una cruel expectativa conducían mis días y mis noches: ¿qué me convertiría en *la mejor*? Llegaron los exámenes de acceso a la universidad; tal vez entonces obtuviese un buen resultado. Mi alivio llegó con la noticia de

que me había situado, de entre no sé cuántos candidatos, en primer lugar. Mi padre contuvo las muestras de orgullo: con aquellas notas podía entrar de sobra en Medicina. No pude prestar atención a los refunfuños porque para mí aquello era el comienzo de todo: yo era la mejor de muchos. Después de comer, antes de irse a trabajar, papá, como solía hacer, le dio un beso a mamá y a los chicos; al despedirse de mí, me abrazó y, apartándose, me lanzó, por fin, una mirada satisfecha y conmovida. Como de costumbre, entendí el gesto: sí, yo era la mejor y él estaba muy orgulloso de mí.

No obstante, sin previo aviso, vi cerrarse el suelo sobre el cuerpo de mi padre. Junto al sentimiento de que el mundo me traicionaba, surgió otro: el de que yo cumpliría la promesa, siempre, en todo lo que hiciese. Y para cumplirla debía superar los dos semestres que, en aquel momento, me faltaban para acabar la carrera. Si ya era difícil enfrentarse al mundo sin el amparo de aquella dulcísima presencia, tanto más lo era dedicarme a las exigencias de los estudios, y más aún ahora que los dolores de cabeza eran prácticamente diarios. Algo mayúsculo, sin embargo, empezaba a estimularme en aquella época: aunque la existencia se me presentase vacía, aunque un gran sufrimiento físico se me impusiese, era como si en cada cosa quedase un poco de mi padre y del sentido sabio y cínico que él confería a los disparates cotidianos; especialmente los disparates que surgían de las manos impías de mi tío. Sí, quedaban cosas de mi padre, y no sólo en la forma de mi barbilla y en los ojos de mis hermanos. Así, empujados por su velada presencia, a los chicos les correspondían las clases en el colegio, a mi madre le correspondía la organización de la casa y a mí, era evidente, me correspondía sacarme el título.

Poco a poco, un grande, grandísimo alivio me invadió el alma: aquella responsabilidad mitológica, la de cuidar de mis hermanos, parecía cada vez más una pieza retórica, algo que no se extendía a la vida cotidiana, que se restringía al terreno de los afectos y a las correspondientes palabras de estímulo. Enseguida, en poquísimo tiempo, Hersh realizó los exámenes de acceso a la universidad para entrar en Ingeniería Civil, con

lógicas intenciones de seguir la carrera de papá y dedicarse al negocio que mi tío había rapiñado. Mi papel, en esa época de estudios intensos, consistía en ayudarle con las reglas de acentuación, el régimen verbal y otras particularidades de la lengua, en las cuales él mostraba tanta habilidad como yo trazando una línea recta. Las noches que tenía libres transcurrían en la mesa del comedor, libros y cuadernos amontonados, aspirinas, Maalox, cigarrillos, vasos y jarras de agua. Hersh con la desesperación de los que preparan las pruebas de acceso a la universidad, yo intentando enseñar algo que amaba y que, por tanto, me había llegado mucho más por intuición que por apego a las reglas. Para mi desconsuelo, las inquietudes de mi hermano pasaban por alto el uso del acento grave en portugués; él tenía una creencia absoluta en la existencia de Dios y una extrema desconfianza con relación a los acentos graves, dos actitudes que en mí parecían tener exactamente el valor opuesto: yo casi me rendía ya a las características inefables (y por eso mismo divinas) de la contracción de la preposición *a* con la forma femenina del artículo definido, y, con la misma intensidad y en sentido contrario, me alejaba de Dios y de aquella postura crédula y devota a la que me había entregado no hacía mucho. De cualquier manera, conociendo o no las normas de la contracción de la preposición con el artículo, Hersh obtuvo una media excelente en portugués y literatura, como ocurrió con todas las demás materias. En un par de años Jankiel también se prepararía para la universidad, y estaba segura de que volvería a enfrentarme a esas cuestiones y a la mesa del comedor convertida en un campo de batalla.

Finalmente, una calurosa noche de verano, recogí de manos del director de la facultad el pequeño papel en forma de canuto que demostraba la obtención del título. A la salida, cuando todavía intentaba despojarme de la toga, me abordó el tutor de mi clase, editor de la sección de economía en uno de los grandes periódicos de la ciudad.

Oí:

—Clara, me gustaría que trabajase con nosotros en el periódico.

Me enredé aún más con la toga, aturdida por la propuesta. ¿Podría darme algún tiempo para pensarlo? «¿Pensar qué?», quiso saber. Pero ¿cómo iba a tomar una decisión de un día para otro? «Si hay algo que pensar, piénselo y decida». Y me dejó allí plantada, en el sinsentido de la sorpresa.

Sentí un brazo que me ceñía el hombro. Era mi tío, en un gesto paternal. Sentí que me invadía un gran odio: ¿con qué derecho mi padre me faltaba justo en un momento así?

¿Para qué sirve el libre arbitrio?

Al día siguiente de mi graduación y de la propuesta de trabajo, a pesar de las celebraciones organizadas por mi madre, me desperté muy temprano, con la correspondiente resaca prendiéndome la cabeza a la almohada. Cosa muy rara, no sentía ningún dolor, sólo la impresión de tener el hueco del mundo dentro del cráneo. Permanecí durante bastante tiempo en penumbra, analizando el blanco del techo, la calabaza de vidrio soplado que hacía las veces de lámpara. Sabía que el profesor esperaba una respuesta, preferentemente positiva, y que aquélla era la oportunidad caída del cielo con la que todos los graduandos soñaban. Entonces ¿por qué dudaba? ¿Qué otra oportunidad podía presentarse? ¿No era lo mejor que podía ocurrirme? ¿Y si, como tanto quiso mi padre, me pusiese a trabajar en la constructora? ¿Y si telefonease a tía Raquel? Pero ¿qué podía ella opinar, la pobre? Otra encrucijada; ya me estaba acostumbrando a convivir con ellas. Tenía libertad para escoger entre el sí y el no, lo sabía perfectamente. Había llegado el momento de elegir, aunque eso significase renunciar a otras opciones igualmente posibles. Las decisiones siempre han estado reñidas con las resacas.

Cansada de mirar la calabaza de vidrio soplado —los decoradores son muy dados al delirio—, decidí unirme al resto de la familia. A aquella hora los ruidos de la casa ya habían comenzado, y yo esperaba encontrarme la mesa puesta, a mis hermanos con cara de sueño, a mamá quejándose del retraso de los dos. Tal vez pudiesen ayudarme

a tomar una decisión, a pesar de que yo sabía muy bien que dicha decisión no era más que una minúscula y solitaria contingencia de la vida adulta. Sin ni siquiera cepillarme los dientes, me llegué hasta el comedor. La mesa estaba puesta como de costumbre: panes, mantequilla, queso y, en una fuente aparte, mi jamón. Mis dos hermanos y mi madre siempre habían sentido repugnancia por la carne de cerdo; papá y yo, yendo en contra de los milenios de prohibiciones, saboreábamos salamis, mortadelas, longanizas, patés, y nos deleitábamos incluso con la cara de asco del resto de la familia. Y eso que papá había intentado disuadirlos, explicándoles que un pedazo de tocino no iba a hacerle daño a nadie; ellos, con todo, se mantenían a distancia, y mi madre, con el objetivo de aplacar su aversión y la de los chicos, hacía que trajesen el embutido a la mesa en aquella disposición un tanto intransigente.

En la mesa habitual, por tanto, Hersh ocupaba el lugar que estaba junto al armario del comedor; a su lado, de espaldas a la puerta que daba acceso al cuarto de estar, Jankiel se abalanzaba sobre una rebanada de pan. Mi madre preparaba su té de todos los días, haciendo naufragar de vez en cuando el saquito de Lipton's en el agua humeante, atenta para que no faltase nada, dándole órdenes a la *chicse*[5] que revoloteaba en la cocina. Los chicos se alegraron de mi llegada. Jankiel, alzando la taza de café, propuso un brindis por la periodista; Hersh y mi madre se unieron enseguida a la ceremonia, haciendo chocar las tazas con diversión. Recuerdo que, pasada la algazara, todos volvimos la vista hacia el lugar vacío de la mesa. La silla en que se sentaba mi padre continuaba allí; poco más de un año y ninguno de nosotros había desacralizado la disposición de los lugares. En aquel instante, deseé con todas mis fuerzas que él apareciese, que celebrase el éxito de la hija mayor con el orgullo disimulado, pero sólido, que siempre había sentido; principalmente, necesité que él estuviese allí para preguntarme por qué no había aceptado de inmediato la propuesta del profesor. Mi madre, casi en una exclamación,

resumió los sentimientos del momento: es una pena que papá no pueda estar con nosotros. Es una pena, repetí.

Me tomé el café con amargura, desprecié el jamón y, acto seguido, llamé al profesor. Aceptaba el trabajo de buen grado, era evidente, ¿cuándo podía empezar? Al otro lado de la línea, él dijo que me pasase esa misma mañana para hablar, ¿podía ser? Claro que sí, respondí, y fui corriendo a arreglarme. Antes de salir, le comuniqué la novedad al resto de la familia, sin omitir el hecho de que la propuesta me la habían hecho la noche anterior. Todos se alegraron, y mucho. Como nadie me preguntó por qué no había aceptado el trabajo de inmediato, nunca supe con exactitud cuál era la respuesta. ¿Qué me había detenido hasta ese momento?

En menos de una semana ya me había hecho amiga de la cuadrilla de la redacción. Y, de entre las amistades que hice allí dentro, una de ellas me alegraba sobremanera: Natália, unos dos años mayor que yo, ojos claros, dientes blancos.

El enredo de los encuentros

—Clara, ¿estás enamorada?

¿Amor?

Miro a Natália, mientras siento el abismo de la palabra doliéndome aquí, en el estómago, el corazón palpitando en la garganta; un zumbido me ciega por un instante; pero sólo por un instante, pues enseguida parpadeo y me alejo de los espejos adonde he ido a encontrar mi terror. Regreso: estamos de pie, en el bar de la redacción, frente a nuestros cafés. Retomo la conversación, tengo que hacerlo, pues el eco de esa palabra no se desvanece. Mi reacción, ahora que he vuelto en mí, es devolver la taza al platillo, provocando un cataclismo en la loza blanca; le pregunto, intentando parecer natural, de dónde ha sacado semejante idea. Natália todavía tiene la dulzura de la palabra en los ojos: ojos melosos y acuosos que hace meses que, lo he notado, me espían de soslayo. Bonitos ojos, los de Natália. La nariz es recta, casi no combina con la boca, muy delicada, algo lasciva. La boca que articula:

—Es aquel chico, ¿verdad?

Aquel chico.

El chico en cuestión es Vítor. Se lo había comentado a Natália: lo conocí hace unas semanas, en uno de esos encuentros banales: la fiesta de lanzamiento de la última gran incorporación de la constructora. Ya había oído comentarios sobre él: recién contratado por la empresa, mi tío no se cansaba de alabar su talento y la buena familia de la que provenía. Sí, Natália lo sabe, me ha estado llamando por teléfono con cierta insistencia, hemos salido un par de veces. Un buen chico, afectuoso, arquitecto aplicado, feliz con sus planos de planta baja y sus reglas T. Buenos sentimientos,

todos inocentes, es lo máximo que él despierta en mí, creo. Pero ¿amor?

¿Amor?

¿Adónde ha ido a buscar semejante idea, el sentido inequívocamente exacto, mucho más exacto que el laberinto que ella nombra? El laberinto del amor, la laboriosa arquitectura de pasadizos; la ceguera y el ahogo. Tal enardecimiento no me asalta desde hace años, muchos, tantos que ni quiero acordarme. Me mordí las uñas, me zafé, cerré la puerta, eché el cerrojo, me tapé la cabeza, aplasté la almohada.

¿Amor?

Clavé el dedo en la cara del amor desafiándolo, lo puse sobre la mesa, no me atraparás, no me atraparás; nunca más me atraparás, no otra vez. Y de eso hace tiempo, no recuerdo cuánto. ¿Recordar para qué? Para recordar el amor tendría que recorrer en sentido contrario uno de aquellos laberintos de mi pasado, puertas, caminos, pasadizos, yo ciega mezclándome con espejos copulativos, orientándome por el tacto, los hombros chocando en el espacio restringido hasta la desdicha angustiante. Sé lo que hay, eternamente, al final de ese dédalo maldito: la espalda de una mujer, el movimiento de marcharse reflejado a perpetuidad. ¿Y para qué, entonces, multiplicarme a mí misma de nuevo, en la disposición alucinante de los espejos? ¿Y qué clase de ser generaría, esta vez, el laberinto? Inútil, inútil la reproducción donde existe la multiplicación. No, no es ella de nuevo; estoy segura de que no.

Pero ¿y aquel chico? Sí, claro, siento interés por Vítor, una persona despierta, con cierta ironía y sentido del humor; tal vez un poco diferente de los otros chicos judíos que he conocido. Pero es un interés modesto y contenido, ameno y tranquilo; nada de barahúndas y llagas y destrucción; principalmente, nada de reflejos en los espejos.

Una gran, grandísima curiosidad me desarma al fin. Natália es una persona de pocas palabras, sólo los ojos instintivos anuncian algo: ¿por qué piensa eso? La pregunta me sale trémula. Ella juguetea con la cuchara, remolinos en

el líquido oscuro, los temores en circunvoluciones. Por fin, llevándose la cuchara a la boca, sonríe, la albura de las perlas tintineando contra el metal, y dice que es un simple presentimiento, que no me lo tome tan en serio.

Desconcertada con la respuesta, le cedo el paso y la sigo redacción adentro; la espalda cubierta por el gracioso pelo de tonos castaños. ¿Por qué siempre de espaldas? Un dulce rastro de flores tras ella: Eau de Patou. Antes de sentarse, se detiene, vuelve rápidamente la cabeza, pregunta si no he visto la copia del teletipo. Me pilla desprevenida, aturdida por las dudas. Lo nota, y mientras ella misma busca la tira de papel carbón entre mis papeles, vuelve a decir que sólo tenía un presentimiento respecto a aquel chico. Aun así, ese asunto me paraliza. Pienso: tengo ya veintitrés años, unos extintos amoríos aquí y allá, tragedias forjadas en bocas y cuerpos incompetentes. Nada de la vorágine de mis dieciséis años. Absolutamente nada. ¿Qué ha sido mi vida hasta ahora? Y mis compañeros, ¿quiénes son? Encuentros de uno, dos días, placeres furtivos, o, mejor dicho, espasmos que, más que calmarme, me inquietan. Después un regusto impotente, después yo sintiéndome mal dentro de mi propia desnudez, después unas ganas locas de revertir la secuencia de las cosas y el transcurrir de las horas. Con aquel chico jamás sentí una molestia parecida; nuestras manos únicamente pasean por los manteles de las mesas de los restaurantes, visibles e inmaculadamente fraternas, lejos de nuestros cuerpos. Una amistad que se prolonga por espacio de dos semanas. Amistad, sin duda. Es evidente que apreciamos la compañía el uno del otro, somos dos buenos compañeros de conversación: él habla y yo escucho; un arreglo perfecto. Y Vítor me trae novedades: está fascinado por la arquitectura funeraria —lo cual me asusta un poco—, por la política —se siente animado por el programa del Partido dos Trabalhadores—, por la comida italiana —me ha llevado a dos restaurantes italianos en menos de una semana—. Tiene una alegría sincera y constante que, comparada con lo que en los demás puede confundirse con estupidez, en él me enternece casi hasta el contagio. Y sus ojos, sus ojos tienen el

don de contradecir la palabra: de soslayo, locuaces, el tono justo de la ironía. Y sinceramente azules.

Pensando en todo eso, el gatillo de las cefaleas se dispara. Acabo mi artículo y me despido de Natália. Me voy derecha a casa y, casi sin darme tiempo a girar completamente la llave en la cerradura, el teléfono brama su impaciencia. Vítor me anuncia que tiene que quedarse hasta más tarde en la constructora, no podemos salir como teníamos previsto. La idea me entristece; que quede claro: no es amor lo que siento, pero él empieza a hacerme muchísima falta.

A las ocho me siento a la mesa del salón, las palpitaciones en las sienes más y más perseverantes. El timbre suena y me inquieta: tío Samuel, una vez más, viene a cenar. Mi madre acude con una diligencia impropia, le ayuda con la chaqueta, lo entroniza en el único lugar libre en la mesa: el inviolable. El odio da vueltas y me provoca náuseas: el usurpador compartiendo la mesa de mi familia. Preveo el trágico desenlace; ciertamente, tío Samuel saqueará cada vez más nuestras vidas. Hersh y Jankiel, estúpidamente hambrientos, nada entienden, nada ven, nada dicen. Mi madre mima al cuñado con una generosa porción de *guefilte fish*. Los dientes mastican lentamente las deliciosas albóndigas de pescado, sorbe de un trago buches de vino, habla de Vítor con repugnante insistencia: un excelente arquitecto, no le importa quedarse trabajando hasta altas horas de la madrugada; Clara, ¿sabías que su abuelo era rabino? Mi madre se excita con la novedad y comenta que estoy saliendo con ese chico, ¿no es así, hija? Asiento y, a la primera oportunidad, pido permiso; el dolor me está matando. Agarro un vaso con agua y dos aspirinas y me retiro a mi cuarto. Permanezco allí un buen rato intentando conjurar el dolor y mis presentimientos. Poco a poco, empieza a remitir el dolor de cabeza; muy poco a poco. La angustia de los presagios, sin embargo, continua. Pienso que debo dormir.

La bendición del sueño se hace esperar. No paro de revolverme en la cama, el sopor me produce la sensación de tener la cabeza hinchada, sin que el reposo me socorra. La casa está en silencio, un silencio completo y profundo. Me

concentro en la calabaza de vidrio soplado, y allí, en la penumbra dibujada por la fluorescencia que viene de la calle, surge el bosquejo de un rostro. Si al principio supongo que se trata de la figura de Vítor, otra imagen sobreviene. Triste, el segundo rostro; triste y antiguo. Una aparición de los sentidos, un recuerdo que yo no quiero, pero que se impone. Pruebo la estrategia de recortar los rostros; quiero, sin comprender por qué, pero con la voluntad de la agonía, capturar los ojos, la boca, la nariz, el cabello pelirrojo, los rasgos de Vítor, preservarlo de la confusión en que se desvanece. Él se diluye en sombras, se derrite en una transfiguración inevitable. El intento de conservarlo en mi mente no sirve para nada y me provoca la aflicción de la impotencia, una completa impotencia: de repente, la espalda de una mujer, el pelo castaño como una vestidura de estrellas, un dulce rastro que huele a flores; temo que ella se vuelva, que me dé a conocer el rostro que, en el devaneo, ocupa el lugar de los otros dos que hasta hace poco sobrevolaban. No, no quiero los ojos inquietos, no quiero la boca de carnación blanda y efusiva; es el comienzo de la desesperación lo que me trastorna. De repente, las imágenes se sustituyen y quedo fascinada: gloriosa e inevitable, la figura querida se define, irradiando luz en la penumbra. Ahora el rostro de mujer, fresco, joven, bendito, me sobreviene con la misma fuerza con que lo arrojé a un ansioso y vano olvido. Finalmente vencida por mí misma, cedo a la imagen de Ana. Vienen las maneras, la gracia, los rubores, los pasos confundiéndose con el aire, el sonido de la risa, los pechos brotando con impudor. Todo tan irresistible que llega a enternecerme. Sólo hay, entonces, una salida hacia el sosiego que el insomnio me ha robado.

Me adormezco entre el placer y la angustia. En las manos, un olor que es mío pero que, tan bien lo recuerdo, es también igual al de ella.

Cuando sonaran los primeros acordes de Mendelssohn, los invitados se levantarían para así honrar la solemnidad del

momento. Pero eso solamente cuando oyeran a Mendelssohn. Mientras tanto, esperaban.

El escote descendía desde la mitad de los hombros hasta casi el canalillo, dejando al descubierto las depresiones que se forman junto a las clavículas; en la espalda, caía exuberante, interrumpido súbitamente por la misma banda que cortaba la cintura, ceñida allí por un lazo hecho como con descuido. Ornamentos de satén fruncían las mangas abombadas, prendiéndolas casi a la altura del codo; a partir del busto, un trabajo suave de artesanía había intrincado hilos de seda, tramas gráciles y casi imperceptibles, donde minúsculas perlas sufrían estremecimientos de colores. Allí, en la cintura, de la banda de tejido brillante nacían varias faldas de organdí que, superpuestas, formaban un conjunto denso y ondulante. Bajo este arreglo, los zapatos, forrados de satén, no existían: únicamente podía verse la punta asomando a cada paso. El rostro de Clara, libre de la moldura del cabello, parecía más joven y resplandeciente. Y así resplandecería hasta que descendiese el velo que le ocultaría las facciones.

Finalmente, los acordes de la marcha nupcial retumbaron por la sinagoga. Clara irguió la barbilla, compuso el buqué entre las manos. Dio un paso, el primero. Los invitados se levantaron, provocando un pequeño tumulto.

Vítor la esperaba junto al palio cubierto de flores; esperaba con la satisfacción de quien espera a aquella que será su esposa.

La historia bajo todas las cosas

Estaba casada.

Así, el apartamento donde fuimos a vivir se llenó de cosas graciosas y delicadas ordenadas por el capricho. A pesar de haber sorprendido a todos con nuestra decisión, arreglamos los detalles con la vigilancia entusiasmada de las jóvenes parejas: cuadros en las paredes, violetas en la ventana del lavadero. Las sábanas, yo me había encargado de ello, eran blancas, antiguas de tan blancas. Cómodas *bombée* flanqueaban la cama de hierro forjado y, en la pared opuesta a este conjunto, un armario se adueñaba de todo el espacio con sus seis puertas de puro jacarandá; olía a cera y esencias, a buena madera. En el salón, una gran alfombra, regalo de mi tío, se teñía de su noble origen; sobre ella, la mesa baja de cristal servía al sofá adamascado y a los dos sillones de shantung. Un aparador de roble, pegado a la pared sur, abastecía una pequeña mesa de comedor; cuatro sillas, lacadas en marfil, tapizadas de un tejido lustroso. El fregadero de la cocina, revestido de granito, se destinaba a los caprichos culinarios de mi marido, muy dado a especias y verduras raras. En el lavadero, una pila de lavar, un calentador, una lavadora, una secadora, un tendedero extensible; en la ventana, las violetas, gordas, inundadas de la luz de la calle. Nuestra casa, en fin.

Nuestra casa. Plural.

Sin embargo, las sábanas, la cama, el dormitorio, el salón, la cocina, el lavadero, todo tenía el perfume amaderado de Vítor. Jabón, espuma de afeitar, loción, colonia: el olor se propagaba por el pasillo, por las escaleras, por el coche; por las instancias de mi vida. Ahora Vítor se había conjugado dentro de mis días, verbo de mi historia. Me costaba evaluar

el hecho, comprender la trama de aquellos pocos meses pasados desde que lo había conocido. Me costaba mucho, aunque era preciso pensar en el conjunto de los sentimientos. Toda mi vida fue siempre la búsqueda de sentidos; pocos fueron mis descubrimientos.

Pero ¿cómo llegué a casarme con Vítor?

Pero ¿cómo, por todos los cielos, una muchacha podía no querer casarse con Vítor? Todo en él participaba de una naturaleza jovial y apacible, que se daba a conocer por la voz llena, incluso abaritonada, por la gesticulación moderada y por los ojos de un color profundo y sincero. A veces, yo imaginaba que había sido educado para domesticar las manifestaciones del habla y del cuerpo; sólo el cabello, pelirrojo cobre, se resistía a la disciplina, y caía en mechones que amenazaban la visión de los hilos claros de las cejas. Un ágil sentido del humor completaba esa figura de belleza casi femenil, lo que revivía en mí sentimientos placenteros que creía ya extintos. Durante tres meses nos acompañamos en la docilidad de cenas y sesiones de cine; durante tres meses fui seducida por las gentilezas y por la diversión de las ironías. Nos reíamos, nos reíamos por cualquier cosa, felices de nosotros mismos. Para mí, que me había divorciado del mundo, la humanidad así de cercana, así de sana, así de limpia era la máxima redención. Y dentro de la gracia y de las naderías sin compromiso, no pude darme cuenta antes. ¿Me dio él algún indicio? Pensándolo bien, en algunas ocasiones los ojos azules permanecieron sobre mí mucho más tiempo de lo normal. ¿O habría sido una impresión mía? Pero lo que ocurrió ciertamente contenía pistas que yo no supe, o no pude, comprender.

Me acuerdo de la noche en que salimos a cenar, la cajita que se sacó del bolsillo, la mirada llena de excitación, los dedos alzando la tapa de terciopelo, los ojos reflejando el anillo dorado. El anillo dorado, la robusta alianza que él me proponía, yo sin ni siquiera entender lo que me sobrevenía, si era miedo o perplejidad, si era un ansia de que la tierra se abriese y me tragase entre sus paredes tranquilas. Era aturdimiento, sólo aturdimiento. O quizá la voluntad de, por

fin, entregarme a alguien y, por tanto, de caber en aquella proposición. A él lo desconcertó mi falta de reacción; bajó la mirada, que se había vuelto húmeda; las pestañas se debatieron feroces: tal vez sea demasiado pronto, estimó, como reconociendo en sí mismo la causa de mi inmovilidad. Después, como yo no reaccionaba, me miró fijamente, las pupilas rayadas de azul entregadas a una ternura irresistible. Dijo que yo no tenía por qué responder en aquel momento:

—Puedo esperar.

No obstante, el gesto desautorizaba la palabra: sujetaba el anillo entre los dedos en forma de pinza, las yemas ceñidas por el metal.

(Para ti, mi padre, el Enigma ya se había aclarado, y sin embargo a mí, tu hija, cada vez me acosaba más, con aquella furia persistente y matizada de todos los grandes misterios.

¿Por qué, papá, después de tu muerte, preguntas y respuestas ya no encontraron correspondencia?

Quería, necesitaba, que me guiasen todos los años que tú habías vivido sobre este mundo y yo todavía no. Era urgente, papá. Pero yo, hija tuya, presentí el gesto lento de la cabeza, la aquiescencia sin palabras. Y ansié, como cuando la gloria me cubría, la risa despreocupada de las pequeñas alegrías. La risa inmediatamente después contenida. Y sólo en la retina permanecía el resto de la risa, el reflejo de oro de un diente tuyo. Años de vida, años de mi vida habría dado por ver de nuevo la joya radiante en tu boca).

La alianza entre sus dedos. Una ola súbita e inadvertida: como por instinto, como por prisa, como quien no puede esperar, como por entusiasmo, tomé la joya y, acto seguido, repitiendo el gesto tiránico, luchando contra los nudos de las falanges, me comprometí yo sola. Lo miré; nunca rostro alguno mostró tanto amor. Su mano buscó la mía, tanteando con vacilación por el ajedrez del mantel. Me tocó. Fría, aquella mano, fría y blanca, intensamente blanca. Sus dedos envolvieron los míos. Yo ya sin la costumbre de las caricias, los miembros pétreos, refrenados, duros, yo decía sí. Él, accidentalmente cruel, repitió las dos palabras consagradas. Las dos palabras que yo no pude repetir.

(Y, sin embargo, un diente de oro relucía).

Más tarde, las paredes del cuarto parecieron haber dejado la vida en suspenso. De fuera, sólo llegaba la luz de nácar y el ruido apagado de las madrugadas. Me senté, soñolienta, en la cama en desorden y me envolví en la sábana; la aspereza de la colcha me rozaba los muslos, el olor acre emanaba de las simientes. Tenía frío, un frío como si me hubiesen descarnado los huesos. A mi lado, no obstante, el cuerpo desprendía calor; el cabello de Vítor se pegaba a su frente, inundado de saciedad. Un ser adorable.

¿Un ser amado? Me sentía lamentablemente distante del mundo de las pasiones. Nunca más, me había dicho a mí misma. Y ahora, ciertamente, comenzaba el tiempo de las quietudes del alma, me entregaba, por fin, a un hombre que me amaba. Él había enunciado las dos palabras; ahora era sagrado.

Pero ¿yo lo amaba?

Pero ¿cómo podría saberlo?

En aquel momento, únicamente él tenía certezas y, por tanto, era el único de los dos que podía dormir.

En los meses que sucedieron a mi boda, después de volver de mi luna de miel, Natália fue promovida a editora adjunta; lejos de mí, por tanto. Nos veíamos cuando yo llegaba a la redacción, en el momento en que golpeaba levemente la puerta de cristal y ella hacía un gesto, siempre entre una confusión de papeles, la boca muda silabeando algún saludo. Aquel acuario la había transformado en una persona agitada, casi huraña, un pez nadando entre los muebles, un metabolismo de otro mundo. Al contrario que en mis primeros meses en el periódico, ella ya no pasaba más tiempo con los codos apoyados en la barra de la cafetería: se atrincheraba tardes, días enteros en aquel tanque de ficticia transparencia. No había más conversaciones, mucho menos preguntas, sólo la mirada clara filtrada por el cristal que nos separaba, la mirada que, muchas veces, durante la jornada, podía sentir sobre mí y que ella siempre retiraba, asustada,

cuando yo levantaba la cabeza de mi trabajo. En tales momentos, me sentía consternada: ahora vivíamos en elementos diferentes. Natália ya no era la misma. Y yo, ¿qué era?

Yo era el ser observado por los ojos de cristal y amaranto.

Empezó a las dos de la tarde. Tal vez a las dos pasadas, no importa, no se trata de ser precisa. Los puntos blancos habían reinado por la mañana, fulguraciones que traté de eliminar, en vano, con un par de aspirinas. Después no sucedió nada más. Cuando ocurrió algo, fue una punzada extremadamente aguda en la base de la nuca. Con el vigor del pinchazo, la columna dejó de sostener el cuerpo y, por una mínima fracción de segundo, perdí el control de mis sentidos. Todavía pude sujetarme la frente con las manos, pero en el movimiento mil esferas de plomo se escurrieron del centro del cerebro y chocaron, una tras otra, contra los globos oculares. Un amargor me subió por la garganta, mis oídos estallaron en laberintos de estruendo. El periodista de la mesa de al lado me preguntó si me encontraba bien, pude oír la voz distante. Un nuevo chorro candente ascendió desde el estómago y, esa vez, el calor huyó del cuerpo. Las piernas se adormecieron, los brazos flaquearon sobre el eje de los codos. Todas las indagaciones se precipitaron, el pecho se contrajo en una tensión de angustia, el aire desapareció de mi alrededor:

Iba a morirme.

Y en esa desesperación, a pesar de que las bolas de plomo emprendían el camino de vuelta, busqué inmediatamente el acuario. Los ojos de cristal y amaranto se abismaban.

La sucesión de torturas fue eficiente y rápida, tan rápida que nadie llegó a tiempo de socorrerme antes de que me desmayase. En un segundo, el mundo se vino abajo y todo se desmoronó en un vacío oscuro. A continuación, una membrana negra me cerró los párpados; por más que me esforzaba, a mis ojos se les negaba la luz. La barbilla y el cuello se estiraban, y el pómulo recibía el frío de la superficie

donde estaba apoyado. Quise suplicar ayuda, pero la palabra murió en mí sin pronunciarla. Como me agitaba la desesperación, supuse que estaba a punto de irme, y en esa conmoción deseé con ardor ver un rostro, el mismo rostro remoto y triste de varias de mis noches; quise de veras decirle su nombre, la única ternura que se me ocurría. En vano, siempre en vano, pues incluso el pulposo nombre de fruta se extinguía en la sequedad de los labios. Pero al instante sentí la espalda apoyada y segura, la calidez de unos dedos apretando mis manos. Pude, por fin, abrir los ojos, pero la luz salvaje me hirió. Un rostro interceptó el resplandor de los fluorescentes. Poco a poco, aunque siempre como si estuviese sumergida en agua y padeciese los efectos de la refracción, pude distinguir los rasgos; no: más bien, adiviné a la dueña de aquellos ojos, eran los ojos de cristal y amaranto. Con esa imagen me calmé, comprendiendo que Natalia había venido a socorrerme.

Como si actuase un poderoso dispositivo de lentes, gradualmente el mundo volvió a componerse en imágenes nítidas. Al mismo tiempo, los sonidos, que antes imitaban la fantasmagoría de un concierto tocado bajo el agua, se volvieron límpidos y precisos. Yo ya podía vivir. Natália me escoltó hasta el coche.

El guión necesario: hospital, presión arterial, electroencefalograma, electrocardiograma. Lo sorprendente: ningún —absolutamente ningún— resultado fuera de lo normal. Me quedaba entonces, al día siguiente, una sola alternativa:

La consulta del neurólogo

—¿Cuál de las dos piernas está más alta, la izquierda o la derecha?

Médicos; siempre los había detestado. Obstinados anatomistas, prosélitos enganchados a la secta del fraccionamiento: un pulmón, un riñón, un estómago, ésos eran los objetos de su deseo, como si los órganos no estuviesen dentro de un cuerpo y como si ellos mismos se

ajustasen unívocamente. La única y genial excepción era el doctor Rosenblatt, ese señor de piel trigueña y acento extranjero que me visitaba desde la infancia. Resfriados, fiebres, toses, dolores de barriga, fuese lo que fuese, y ahí estaba él con su inseparable maletín de cuero; rápidamente alguien iba en busca de la silla del comedor, que él mismo colocaba junto al lecho del paciente. Allí conversaba y conversaba, contaba historias, reía; sólo entonces parecía recordar lo que debía hacer y, abriendo la milagrosa maleta, sacaba estetoscopios, termómetros, pequeñas espátulas. Un encanto. Después, durante la enfermedad de mi padre, cuando todos estaban ofuscados a causa de los trucos de las células, fue el único en dar una sentencia trágicamente segura y el primero en aconsejamos que buscásemos ayuda en algún centro más grande. Pasado un tiempo, un día después de la ceremonia de inauguración de la tumba, a la que ni siquiera pude comparecer, yo misma había ido a verle: los dolores de cabeza y la acidez de estómago ya empezaban a paralizarme. En aquella ocasión, el diagnóstico coincidió con mis presentimientos: la sabiduría mandaba olvidar pero el cuerpo no lo entendía.

Sin embargo, en aquella fase, yo ya me había hartado de aquellos juegos. Tal vez, pensé, tal vez habría sido mejor permitirle a Vítor que me acompañase. ¿Cuánto tiempo hacía que el doctor Rosenblatt me torturaba con giros, preguntas, saltitos, preguntas, auscultaciones, preguntas? Me resigné a mi condición de paciente: ¿qué pierna estaba más alta? La derecha, era obvio, y eso le respondí. Él me volvió a poner las dos piernas juntas, los talones unidos, yo tumbada en aquella posición inútil, la cabeza sin ni siquiera el apoyo de una almohada, el plástico en mi espalda porfiando en pegarse al cuerpo.

—Una punta o dos puntas, ¿de acuerdo? —Y me mostró triunfalmente un instrumento de metal, delgado y alargado, que se bifurcaba en dos astas puntiagudas. Él establecía las reglas de un nuevo juego—. No puede mirar —concluyó.

No deduje de inmediato lo que quería que hiciese, tardé un poco en descubrir que él posaba sobre mí aquellas pinzas,

ora tocándome con una de las puntas, ora con ambas, lanzando una mirada tensa hacia el lugar presionado, todo él a la espera de que yo interpretase mi papel, que era, claro, el de anunciar cuántos pinchazos sentía. Sin ningún esfuerzo identifiqué la presión de los extremos en los hombros, en la barriga y en las piernas. Una punta, dos puntas, una punta, dos puntas, una punta dos puntas una punta dos puntas, fui repitiendo hasta darme cuenta de que podía decirlo incluso antes de sentirlo: la alternancia era dramáticamente previsible.

—¿Cuántas puntas? —La pronunciación exageró la inquietud, los ojos fijos en lo alto, presos en el vértice de las paredes.

Algo no había funcionado, en el examen o en mí. Me concentré y sentí la presión aguda del metal en mi pierna derecha. Dos puntas, afirmé con una eficacia definitiva, tras haberme cerciorado de ello. «Muy bien», se animó, finalmente. Con inquietud, entendí que había confiado demasiado en la previsibilidad, que había cedido a la suposición de comprender todas las variables; él me había examinado de la misma forma —dos puntas— en una secuencia consecutiva. Yo había fallado una vez más al dar las cosas por sentadas. Nunca había resultado y nunca resultaría. ¿Por qué me obstinaba tanto?

—Alma de poeta —declaró, ayudándome con uno de los zapatos que había ido a parar justo debajo de la mesa de reconocimiento.

¿Alma de poeta? ¿Qué significaba eso?, insistí en saber. Él se sentó y, con paciencia, empezó a describir las posibles causas de aquel infortunio; que la humanidad padeciese jaquecas, desmayos y palpitaciones. Escuché con cierta irritación; era prácticamente la misma lección del pasado, impartida ahora con otro tono. Propuse: quién sabe, a lo mejor tenía un tumor, o hipertensión, o hipoglucemia. Él se rió con impúdico placer y, malicioso, hizo girar el dedo índice a la altura de la sien, lo cual acabó con mis posibilidades de conseguir una perspectiva de diagnóstico con un nombre digno. Llegó el tiro de gracia:

—Alma de poeta. *Mishigne*, ¿entiende?

Entendía las dos cosas, en portugués y en *yiddish*. Claro que la versión, digamos, familiar del diagnóstico —muy poco técnica, bastante menos romántica y mucho más precisa que en portugués— me sonó angustiosamente persuasiva.

Yo estaba loca. De atar.

—No, no es locura —suavizó—. Usted siempre ha tenido un alma delicada.

Era una explicación cortés, no cabía duda. Me calmé y continué escuchándolo: me recordaba que en menos de dos años había perdido a mi padre, había empezado a trabajar y me había casado.

—Bastante movimiento para una vida, ¿no le parece?

No le faltaba razón. A aquellos hechos se aliaban los melancólicos recuerdos y la insistencia de tío Samuel en deslumbrar a mi madre, pero pensé que no debía informar al doctor Rosenblatt ni de una cosa ni de la otra. Además, quizás él ya hubiese oído comentarios sobre mi tío; la colonia judía siempre había sido una eficiente red de informaciones. Se quitó las gafas de la frente, se las ajustó y me dirigió una larga mirada a través de las lentes:

—Vamos a repetir todos los análisis.

Acaté lo que él me decía. Aun pensando que los males del alma eran la causa de mi padecimiento, me sometió a una desesperante batería investigadora. Al final se levantó, me acompañó hasta la puerta, me besó en las mejillas y, cariñosamente, me pasó la mano por el pelo:

—Estaba muy guapa el día de su boda, Clara. Su padre habría estado orgulloso.

Lo abracé sin poder decir nada. Antes de enfilar el pasillo que conducía a la salida, oí la última recomendación:

—Dé un abrazo a su familia de mi parte. Y no olvide darle recuerdos a Samuel.

Seguro que los comentarios ya habían llegado hasta él. Con amargura, guardé las peticiones en el fondo del bolso. Yo no estaba enferma; estaba loca. Conduje hasta mi casa pensando que debía moderar mis sentimientos. Pero ¿cómo se hacía eso?

Vítor preparaba la cena, y me recibió envuelto en una fragante y picante nube de condimentos. Nuestro apartamento tenía, por tanto, varios olores: éste, sucedáneo del perfume amaderado, reinaba durante el final de los días y siempre, invariablemente, venía precedido por el aroma dulce de las cebollas rehogadas. Festivamente integrada en la felicidad doméstica, me até un delantal y me dispuse a colaborar en la aventura de la cena; una ostentosa lechuga me esperaba sobre la encimera del fregadero. El agua resbalaba sobre la suavidad tierna de las hojas y, mientras apartaba los trozos estropeados, pude describir con tranquilidad la visita al doctor Rosenblatt. Vítor se preocupó, todavía dolido por no haberlo dejado acompañarme: si yo tenía problemas, ¿por qué nunca le había dicho nada? Antes de que pudiese responder, sonó el teléfono. Secándome las manos en el delantal, corrí a cogerlo.

La llamada telefónica

Yo: ¿Diga?

Ella: ¿Clarinha? ¿Eres tú?

Yo: Sí, ¿quién es?

Ella: Soy yo, Ana.

Yo: (Muda de pánico: las mareas crecientes del pasado. ¿Por qué?).

Ella: ¿Clarinha? ¿Me oyes? ¿Estás bien, Clarinha?

Yo: Creo que sí. (Tu voz continúa melodiosa. La bendición de tu voz).

Ella: Quería verte, te echo de menos. He venido a pasar unos días.

Yo: ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? (Dime que es para siempre).

Ella: Una semana.

Yo: Ah, una semana… (Siete días. ¿Qué son siete días?).

Ella: Clara, ¿podemos vemos, entonces?

Yo: Sí, claro, tenemos que vernos. (¿Y qué habrá hecho el tiempo en nosotras?).

Ella: Clara, ¿te has casado?

Yo: Sí. (¿Qué podía hacer? Tanto tiempo, amiga mía).

Ella: Jankiel me dio el número de tu nueva casa.

Yo: Lo sé. (¿Y qué debo decirte ahora? Tengo miedo, Ana, mucho miedo).

Ella: ¿Nos vemos mañana?

Yo: Claro. (Imposible convivir con esto, con el miedo, Ana).

Ella: Mañana, ¿a última hora de la tarde?

Yo: Está bien, después del trabajo. (Ahora, quiero verte ahora).

Ella: ¿Mañana, entonces? Estoy en casa de mis padres.

Yo: Mañana, sobre las seis. (Pídemelo y voy corriendo ahora mismo).

Ella: Un beso. Hasta mañana.

Yo: Otro para ti. (Otros).

Y colgué.

Me senté en el sofá, las manos ardiendo de frío; crucé los brazos y me quedé mirando cómo se encendían las luces de la ciudad detrás de los cristales. Vítor apareció en el salón poco después, la cena estaba lista, ¿quién había llamado? Respondí, escogiendo las palabras más casuales: ah, era Ana, una amiga de los tiempos del colegio que estaba estudiando en París y que había venido a pasar unos días con su familia. Él comentó que yo hablaba poco de mis amistades de la adolescencia. Asentí con la cabeza, sin ganas de continuar con aquella conversación. Vítor hizo una última pregunta, interesadísimo en la aparición inesperada de una punta de mi historia a la que él nunca había tenido acceso:

—¿Y vais a veros?

No tuve valor. Mentí.

La condena

Pues bien, ha llegado el momento de que las cosas acaben.

Y cuando acaban, si es que se acaban, ¿adónde van? ¿Adónde van todas las cosas? Dios mío, ¿adónde? ¿Pues no era eso, esta disputa entre sentidos y juicio, la misma promesa de la eternidad? ¿Y no era eso, esa sofisticación enferma de los sentidos, esa patología codiciada, la única conclusión posible de cuantas podían ocurrir? ¿Y acabó, había acabado, tiempo pasado, la pasión entre nosotras? El fin para siempre jamás, lo eterno con los días contados. La única certeza que teníamos, tú y yo, en la edad tierna de nuestros cuerpos, se acabó cuando te di la espalda, cuando arrojé la toalla, cuando firmé el armisticio. Se acabó la pasión; como el organismo cura la gripe, como un batallón de anticuerpos vence a la bacteria invasora, como una herida que la piel nueva va cubriendo. Dios nos hizo perfectos y saludables.

La pasión, ¿una enfermedad?

Pues eras blanca, amor mío, y caminabas de tal forma que parecía que estuvieses suspendida en el viento, deleitando al suelo con el rumor de tus pasos. Se erguía tu cabeza con nobleza, y tus ojos, generosos y verdes, prometían todos los líquidos. Tú cuello era de leche, leche transparente y levemente endulzada, y tus pechos brotaban generosos, firmes, copiosos; y los rosados botones de tus pezones eran apenas manchas pasajeras en medio de océanos de blancuras. Blanca, blanca, tu cuerpo era un torrente de leches, lastimosa leche, a la que me habitué en noches igualmente blancas.

¿Y ya no estás? ¿Adónde te has ido?

Me acuerdo de lo que éramos nosotras dos. Éramos sólo las dos, una suspirando por la otra. Nos queríamos, no había error posible. Y yo te quería más que a nada, más que a mi padre, a mi madre, a mis hermanos; e incluso temiéndolo tal vez, te sometía, leche y miel, a mis deseos. Y exprimías los labios de los placeres, y retorcías el rostro para al final de todo mirarme con una mezcla de pánico y amor, para después bendecirme con el peso de tu cansancio saciado. Yo te recibía a mi lado, en la languidez que era tuya, en la pereza que era la tuya, en el hálito de olores conocidos que era el tuyo. Y alegre y feliz me envolvías con brazos de marfil y con piernas sólidas, gruesos troncos de carne, sangre, músculos, aterrorizando a la noche, aterrorizando a la noche y a todas las lunas. La luna más grande, el satélite de más intensidad y mayor brillo, era tu cara. Tú cara en el sueño, el aire entrando en ti despacio y profundamente, las narinas dilatándose minúsculas, única señal de que no era la muerte lo que te sobrevenía, aunque el amor masacre y mate, como a mí me asesinó en el tiempo que ayuné sin ti, acumulando pecados en lugar de remisiones.

¿Ya no estás? ¿Adónde te has ido?

¿Y qué pasó, Ana, qué pasó aquel día a última hora de la tarde? No, no podía dejar que se colocase el punto donde la frase no había acabado. No podía. La última hora de la tarde era una vorágine. Salí de la redacción apresuradamente, ni siquiera esperé el cierre, no podía, algo tiraba de mí, tiraba de mí, la cabeza me estallaba, y fui a buscar a Natália a la caja de cristal, le pedí ayuda, tenía que salir, tengo que salir, tengo que irme, Natália. Clara, ¿qué ocurre?, me preguntó dulcemente, ella también dulce, meses de dulzura, meses, meses mirándome y yo que podía jurar que ella, también ella… Me tranquilizó, que me fuese, alguien terminaría mi artículo; podía irme. Me lancé, Ana, me lancé por las escaleras del periódico, salté los escalones, recorrí en un abrir y cerrar de ojos la distancia que me separaba del coche. Arranqué, metí la marcha atrás, casi me da por detrás alguien

que venía por la avenida. Acudí corriendo, el pie en el acelerador, furiosa, maldiciendo, eran las cinco, las cinco y media, la humanidad, todos los coches del mundo estorbando mi camino, dejadme pasar, necesito pasar, el oro en mi dedo oprimiéndome aún más la cabeza; había otro, ahora, otro ser que ciertamente me amaba. Pero todo había perdido su eje, yo era yo misma ocho, nueve años atrás, Aninha, el día en que volví de aquel exilio al que mi padre me había obligado, aquel día en que él me robó de ti, pensando que yo iba a olvidarte (él no sabía que las heridas nunca se cierran, nunca, y que las cosas nunca terminan, nunca se lo dijo nadie, y no tuvo tiempo de vivir lo suficiente para que yo creciese y, ya adulta, le dijese que las heridas nunca se cierran, que nunca se han cerrado, y que todo lo que debe concluir no conoce sino el letargo). Así, yo era yo misma tiempo atrás, la misma que robó el coche de mamá y fue volando a verte, una raya volando por el barrio de Bom Fim, los panes en Santa Isabel, aspirinas en Efraim, botones en Salomão, los caballitos del tiovivo frente a la iglesia, aquella en que nunca entré y en la cual te santiguabas para tu Dios, y yo te consideraba una boba porque te encogías a causa de unas figuras de ojos huecos, sin médula ni sesos, nada en mí despertaban, ni piedad ni amor, y aun así trazabas una cruz que iba de tu frente a tu pecho, una exageración, ¿para qué más luz en tu cara? Pero no importaba, yo seguía, por esos lugares pasé volando, por todos esos lugares a los que me he habituado, enderecé para subir la calle empinada; un conocido aquí, otro allá, mi pecado visitado por un resto de escrúpulo, por esta gente que me vio desde pequeña y estuvo a mi lado cuando me consagré a otro ser. Huí, huí de allí, del gueto, de los ajos-cebollas-pescados cocidos de ojos vacíos iguales que los de los santos.

Cuando llegué a la Rúa Auxiliadora, la casa estaba pintada de blanco y, en la ventana, me parecía verte, a ti, que años antes te me apareciste con un camisón color burdeos, tú siempre sanguínea, los pechos balanceándose en la felpa. Pero no, no estabas en la ventana, y te juro que temí que se me apareciese otra persona en vez de ti. Porque era el

encuentro, el mismo encuentro del que huí, una vez huí, porque no lo soporté, porque no lo soportarnos, ¿cuál de nosotras era el hombre? Mientras cerraba la puerta del coche —aparqué allí, enfrente—, me vi a mí misma en el pasado, la escena mil veces reproducida mentalmente, subiendo las pequeñas escaleras de piedra, la mano presionando el timbre y mi corazón. Temí: ¿sería posible todo de nuevo?

Ah, Ana, toqué el timbre, el mismo timbre de mi infancia, el mismo corazón retrocediendo a la infancia; el corazón te lo traía dolorido, Aninha, tan dolorido, y más dolorido aún porque tardaste un poco en abrirme la puerta. ¿Y si no estabas? ¿Y si te habías olvidado? ¿Y si tenías miedo? Miedo, Ana, el miedo de que todo se convirtiese en una imitación mala y monstruosa del pasado, de que sólo hubiera la imagen que quedaba en mí. Quise dar media vuelta y abandonar; una vez más el miedo, el miedo que paraliza, que no se controla, que hace que nos perdamos lo mejor, que hizo que nos perdiésemos lo mejor, cómo habría sido hacernos mujeres las dos y poder ser testigos la una de la otra. Por miedo perdimos tú y yo el ojo testimonial e imprescindible; no vi, no viste: nuestros ojos perdieron el sentido de la posteridad. Pero enseguida el metal de las llaves giró en la cerradura, el pestillo cedió al satén de tus manos; y te me apareciste.

Una visión.

Una visión de encanto y asombro. Ya tus veinticinco años estaban marcados en ti, en aquellos pliegues junto a los ojos que no tenías en nuestra adolescencia, que nunca tuviste, que ahora eran una impronta del tiempo en tu rostro y, lo sabría más tarde, en tu alma. Otra marca, un surco, una coma en la comisura de los labios; pero tus labios continuaban frescos, lozanos, aún más cuando, entreabiertos, me sonrieron. Y tu mirada. Una mirada santificada por la blusa azul, y yo fui plenamente consciente del tiempo que había perdido durante el tiempo en que no te miré. Sé que te contuviste, sé que me contuve en aquel momento, un silencio de plegaria entre nosotras dos, un abismo al que no pude —no quise— resistirme. Y entré.

El resto de la tarde, el principio de la noche, lo dedicamos

a echar sal en las quemazones, en las heridas que abrimos y que nunca se cerraron, en la carne desabotonada en nosotras. ¿Hablamos? ¿Llegamos a decir algo? Yo pensaba en que te quería, era lo único en que pensaba, mientras te deslizabas por la casa, trayéndome una taza donde flotaban flores de manzanilla; el té que bebí intentando, temiendo curarme de ti. El té, un elixir, el calor derramándose por la garganta, la saliva llenándome la mucosa de la boca, un beso que robé al pastel de canela, el beso que era para ti dado en harina y azúcar. Y, sin embargo, oponiéndome al movimiento de mi alma, escuché las cosas que me contabas, que estuviste aquí y allá, por el mundo, que pensabas mucho en mí, y yo aguardando el momento de saciar mi boca y de llenar mis manos y de lamer heridas, tus flores de carne, los pétalos en erupción, la lava suave de tus mucosas, flor, mi flor caliente, carne querida, eternamente querida.

Finalmente me arrodillé a tus pies, como nunca encontré justo arrodillarse ante ser humano alguno, como no debe ser humano arrodillarse ante ser humano alguno. Te veneré, como no se debe venerar a ser humano alguno; pero ya eras santa, eras la única figura en que yo creía, la deificación en mi pupila, el milagro de la trasmutación del vino en sangre, la apoteosis de la Humanidad: ascendías a los cielos en tu blusa azul. Me coloqué de rodillas entre tus rodillas y tuve la visión de que se derretía el sexo, así como el suelo había aprendido a derretirse con el paso delicado de tus pies, santa, santa, la figura a la que adoraría toda la vida. Osé sujetar tus manos entre las mías, los dedos fríos de temor, la sangre escurriéndose hacia un solo lugar. Callaste, adoptaste una expresión de sufrimiento, tus labios despidieron mi nombre en destellos; por fin eras tú, la misma que yo tenía en mí, me llamaste Clarinha, mi pequeña, te he echado tanto de menos, me dijiste. Y tu mano me hacía garabatos en el rostro, el roce del ala de un ángel. De repente te levantaste y me alzaste de mi santiguamiento, a mí, que ya era tu sierva. Caminamos hacia el cuarto, el cuarto que había sido tuyo, las paredes blancas, lívidas de susto, del susto de vemos, tus cosas, aquellas que pensé robar, hacerlas mías, como siempre quise

poseer todas las cosas que eran tuyas, como si pudiese un ser poseer a otro por las cosas. Encendiste la pequeña lámpara, y el cuarto y tus cosas conocieron colores de ocaso, a pesar de que parecías un sol al amanecer. Me senté en tu cama y vi el milagro que me era dado presenciar. Te quitabas la ropa como quien quita una cáscara, como quien quita la piel, el aire azulado entrándote por los pulmones, todos los líquidos corriendo impacientes por tus venas, tú, súbitamente azul allí donde eras roja. Tal vez al principio me incomodó la revelación de aquel parecido tan cerca de mí, al alcance de los ojos, una diosa tan igual a mí, tú siempre tan gemela de la idea que me hacía de mí misma, una aparición, eras una aparición, palpitando sin ropa, sin piel, roja y azul. Azul, todos los azules, de todas las paletas, de todas las anilinas, tú en una tela de lino, manteniendo el equilibrio sobre un caballete. Me maravillaba el prodigio, la lenta composición de tu desnudez, la piel revelándose poco a poco, y de repente ahí estabas, Ana, toda blanca, las mismas piernas columnas de mármol liso y frío, sólo una pelusa ensombreciéndote los músculos, las venas azuladas saltando junto a los pliegues de las rodillas, los brazos de una opaca densidad, y no pude, no conseguí ver más allá. No pude ver más allá, yo me desesperaba, la divinidad de carne y de formas redondas, y tú no me decías nada, me enlazabas en el duro y vigoroso abrazo, ahogándome en la piedra de tus pechos, la piedra de la memoria que nunca más olvidaré, la piel-piedra salpicada de un tono rosa, recortada sobre el fondo de azules. Y como tanto ansiaba sentirte, me desvestiste, me descubriste, el deseo flotando allí, en la superficie. El desmayo de ver tu seno en mi seno, la turgencia de los pezones, tu rosa rasgando mi piel, verdugones, surcos. Y tu mano de uñas cortas extendida en mi vientre, la presión de tus huesos, tus cartílagos hundiéndose en mí, el frío contra el calor, los dedos penetrándome acuosos, deslizándose en el deseo que me emanaba, y sonreíste porque toda la vida sonreíste al constatar el efecto que tenías sobre mí. Te recibí, poderosamente, con un ansia que, si antes la perplejidad se la tragaba, ahora se desembarazaba. Chupé los rezos en tus

labios, los dientes incandescentes y convertidos en brasas. Yo te quería, yo te quería a ti, y eso fue lo que te dije, lo que fui capaz de murmurar, y enseguida nos deslizamos, vagamos sobre la colcha, manchando el tejido con el deseo dúctil y transparente. Tú, siempre una fruta, Aninha, siempre dulce y roja, jugosa, carnosa, el jugo rezumando de ti, torrencial, torrencial, estampándose en mi garganta, diluyéndose en el estómago, y era lo improbable, lo imposible, tú dentro de mí, como siempre debería haber sido. ¿Cuánto tiempo pasamos sumidas en esa magia? Yo ya me cansaba de caber en tus nalgas, los músculos pesados, yo toda pesada encima de ti, encima de tus piernas, tus muslos de venas y arterias y la linfa salvadora y azul. Y entonces me redimí.

¿Qué sucedió entonces? Allí, las paredes continuaban con el asombro blanco de ver que el amor ocurría impunemente, y nosotras dos mirando lo que nos había ocurrido, el mar que nos había ocurrido. Miré: nuestros pies, los dos, del mismo tamaño, Ana, y me decías que siempre había sido así, y que nosotras siempre habíamos sido así de iguales, que no tenía más que mirar, teníamos las dos un par de pechos, las manos también casi del mismo tamaño, y colocamos palma contra palma —ya habíamos hecho eso antes una vez, en el pasado— y nos reímos de que los dedos terminasen a la misma altura, las yemas encontrándose en el mismo lugar, las impresiones encajando como un rompecabezas que nos hartamos de montar. Ah, pero volvimos a reír juntas, las dos juntas, tu risa profanando una vez más la casa de tus padres, tu carcajada capaz de dejar las amígdalas a la vista, de hacer balancear tus pechos, de hacer temblar tu fruta, de hacerme temblar porque no te quería dejar nunca más. Nunca más.

Para siempre no existe, Ana. Mucho tiempo, periclitante tiempo. Por eso me levanté, recogí la ropa que se había quedado por el suelo. Y me preguntaste adónde iba, qué prisa era aquélla. No pude decírtelo, Ana, no pude decírtelo, pero tenía que marcharme, mi vida nunca pudo ser contigo y me esperaba lejos de ti. Lejos de ti y tú tan cercana, irresistible.

Un poco más y me habría quedado, habría bastado un poco más. Y te sentaste en la cama, menuda, me pediste: quédate, Clara, quédate, te espero hace tanto, siempre te he querido. Eras la santa que volvía al mundo terrenal, que perdía la aureola, tu halo se esfumaba en tu dolor; tu pérdida era demasiada y pavorosa, demasiado horror bajo la piel. Tú pérdida y la mía. Me vestí de horror y de padecimiento, caminé alucinada hacia la puerta. Oí que me seguías: seguiste mis pisadas, volabas por la moqueta, la blusa azul como la mortaja de tu reciente viudez. ¿Y qué ocurrió, Aninha, qué ocurrió entonces? Dos palabras, las palabras de la adoración manaron de tu boca. Y sin medir el después, con ese sonido en los nervios, con el convencimiento de que todo el tiempo yo había guardado las palabras sólo para ti, antes de atravesar definitivamente el umbral de la puerta, las repetí. Repetí las dos palabras.

Las dos palabras que, como el nombre de Dios, nadie debe pronunciar.

Los movimientos de la materia que busca la forma

Empezaba a llover cuando bajé las escaleras de piedra. A mis espaldas la puerta continuaba abierta, arrojando un leve resplandor sobre la calzada recién mojada. No miré atrás: si lo hacía, me condenaría, ciertamente me transformaría en una estatua de sal. Una estatua de sal que en poco tiempo, bajo la acción de la lluvia, desaparecería diluida de un modo incontrolable, y unos pies delicados vendrían a pisarme a mí y a mi corazón. ¿Qué diferencia había? Cuando me afligí cobardemente, cuando volví a vestirme, cuando oculté mi desnudez y mi deseo, cuando di la espalda, ya me había transformado en un ser informe y hueco: vacío. Mientras partía, no miré hacia la destrucción que causaba. Fuego y azufre, humo y aniquilamiento. A pesar de haber repetido las dos palabras consagradas, desobedecí a mi boca, desobedecí a mi voluntad, desobedecí las órdenes de mi cuerpo, me negué a mí misma la visión del ser amado. Ni de un beso fui capaz; un beso y nunca más me habría alejado. Al bajar las escaleras, cargaba el mayor de todos los dolores; tan denso era el dolor, que adquiría las dimensiones sólidas de un cuerpo: altura, anchura, profundidad. Nos guarecimos, yo y el dolor, dentro del coche, su rostro pegado al salpicadero, los pies apoyados contra mi pecho, los dedos agujereándome los ojos, la lengua endemoniando mi corazón. El parabrisas estaba cubierto de pequeñas gotas, y las luces de la calle se filtraban como lámparas votivas. Mi relicario extinto. Arranqué, todavía sin mirar hacia la puerta, que permanecía abierta. Metí la primera y me dirigí a casa. Mi otro mundo.

En la esquina, me detuve. Venía un autobús gigantesco chirriando sobre los adoquines mojados, inclinado de tan

veloz. Cada vez más veloz. Me quedé hechizada, pero dejé que pasase; las luces traseras se reflejaban en las piedras como un rastro de hierro candente. Una opresión mayor dentro del coche, insoportable. Aceleré, por fin. Detrás de mí, lo sabía, la silueta recortada contra la luz de fondo, la mano amparándose en el pomo, la oscuridad ocultando los rasgos y el azul de la blusa. El contorno casi sobrenatural del ser que se ama.

El apartamento, gracias a Dios, estaba desierto. Sólo el perfume amaderado flotaba en todos los rincones. Sombras alargadas se desperezaban por los muebles, y la lluvia, ahora con más cuerpo, dejaba caminos transparentes en los cristales de las ventanas. Me notaba el vientre hinchado, de una tumefacción que era casi una herida; los pechos me quemaban con una sensibilidad reciente. Me desvestí, y emanaron muchos olores. Los olores benditos del deseo ahora me apabullaban. Los olores: en el vientre, en las piernas, en los brazos, en los dedos, en las uñas, almacenados en las cutículas. Algo de ella conmigo, pero que yo no podía conservar. Me cepillé los dientes intentando ahogar el beso y el sabor, la espuma escocía en el paladar, en las encías, en la lengua, la menta se propagaba por todos los intersticios. Escupí el beso y el sabor, con una decisión sin servidumbre. Me coloqué bajo la ducha, dejé que el agua me corriese por la espalda, por el pecho, infiltrándose en el vello, lavando la memoria viscosa del sexo. Me deshice, sin embargo, como si estuviera hecha de sal.

Cuando salí del baño, la casa se había transformado: las luces estaban encendidas, un gran ramo de flores descansaba sobre el aparador, las puertas de la nevera y de los armarios se abrían y cerraban con chasquidos festivos. En ese instante me aturdió la conciencia de que había traicionado a mi marido. Me apreté los brazos contra el cuerpo.

¿Y ahora qué?

Caminé hasta la cocina con un ansia que casi me inmovilizaba. Me detuve junto a la puerta y lo miré, el cabello aún más pelirrojo, conmovedoramente hermoso. Me vio y corrió a por un beso, tan cariñoso como si nada supiese. ¿Y si él, al tocarme la boca, descifraba mi pavor? Pero no, sólo me preguntó si había pedido hora para hacerme las pruebas que me había prescrito el médico. No recuerdo lo que pude responder; algo convincente, porque enseguida él volvió a la faena sabia de las ollas sobre el fuego; el aroma se revelaba en el espíritu de los vapores. Cocinaba algo especial, una sorpresa, me acordaba de qué día era hoy, ¿verdad que sí? Me vino a la cabeza una imagen irónica e impronunciable; lo miré, inmersa en la ignorancia. La frase fluyó de él con alegría:

—Hoy cumplimos seis meses de casados.

¿Seis meses? La coincidencia hizo que la novedad adquiriese un sabor amargo. Lo abracé, calmándome junto a su cuerpo flexible, inspirando con placer el aroma a madera. Seis meses, repetí, y le besé los párpados, los labios, el pelo, deslicé mis manos por los hombros y la espalda, estrechándolo con vigor e inquietud. Transmuté la voz en pura alegría: no, no se me había olvidado, ahora mismo iba a poner la mesa para la cena.

En el salón, dispuse poco a poco todo lo necesario. El mantel de lino con su sabiduría de bordados, las copas de diáfano cristal, los platos con acuarelas perfectas, las servilletas ásperas de almidón en pliegues pacientes. La cubertería de plata, regalo de tía Raquel, tenía la textura de las superficies frías, y me azoré con mi propio reflejo en la concavidad de una cuchara. Retrocedí unos pasos y observé de lejos el conjunto. Perfecto.

Vítor no paró de hablar durante toda la cena. Él no me veía, miraba a través de mí, yo hecha materia incorpórea; explicaba el nuevo proyecto de un centro comercial en el que estaba trabajando, con tal interés que las modulaciones de su voz parecían seguir el ritmo de las obras: graves como la calidad de los pavimentos, profundas como las plazas de aparcamiento, sinuosas como los arcos de las fachadas,

alegres como la luminosidad de las claraboyas. Hablaba y hablaba, y uno de mis impulsos fue el de pedirle que se callase pero, al contrario, lo escuché con oídos de fantasma cordial, comiendo a minúsculos bocados, tomando pequeños sorbos de vino, aprendiendo que era mejor el silencio. Un breve intervalo y me correspondió el derecho a las únicas y alucinatorias palabras de la noche: sí, el suflé estaba de veras delicioso.

Después, me tiró de la mano en dirección al dormitorio y me dejé llevar.

Vítor se durmió antes que yo.

La memoria del cuerpo estaba allí, y yo, como de costumbre, me debatía con el insomnio. Ya era un diluvio lo que ocurría allí fuera, un temporal lo que caía aquí dentro, y en la claridad noctámbula y perezosa miré el cuerpo desnudo a mi lado. Las líneas de los brazos y de los hombros se revelaban robustas, aunque inadecuadas: ¿cómo corrían tantos músculos bajo una piel tan blanca? Durante un momento me quedé embelesada, y en la confidencia de la penumbra le acaricié el pecho blanquísimo, salpicado de lunares y pecas, donde los vapores del sudor dejaban una fina niebla.

¿Y ahora qué?

Junten la chatarra, los restos de los sentimientos, los pedazos de los miembros, piel, órganos, uñas, dientes, cabellos; reúnan todo, moldeen la sustancia de la dignidad, reciclen el germen esencial, instilen la vida por las narinas; hagan, por favor, una criatura amorosa.

Yo, una esposa amorosa.

Me acomodé a su lado, intentando adaptarme a las curvas de su espalda y de sus piernas. Me quedé escuchando cómo el aire entraba y salía de sus pulmones, cómo el pecho se erguía con un ritmo justo y pacífico. Quería amarlo. Lo amaría, una construcción lenta y laboriosa, espantando de mí las imágenes del pavor. Empezaría a amarlo mañana mismo, cuando el cuerpo descansase, cuando despertase, después de

lograr, por fin, conciliar el sueño.

Afuera llovía como en un diluvio.

Repetición de un procedimiento sobre una sustancia con el fin de mejorar sus propiedades

Seis.

Seis fueron los días llenos de suplicios en que Ana estuvo todavía en la ciudad y durante los cuales intenté alejarme de la tormenta a la que yo misma me había arrojado. El tiempo de esos días no se agotaba; cada minuto se repetía muchas veces y era el espectro del anterior, y yo llegaba incluso a dudar de que hubiese un minuto anterior; un tiempo paralítico, los segundos transformados en una sucesión de reflejos estancados, lejos de la delicadeza que procede del fluir continuo y que todo lo transforma en memoria. Una vez más, yo necesitaba la memoria y, por tanto, necesitaba ocuparme del presente. De mi reconstrucción.

En el periódico, organicé una verdadera limpieza: notas caducas, bolígrafos sin tinta, clips torcidos, recortes amarillentos, lápices gastados, tubos de pegamento vacíos. Al lado de mi ordenador, planté un portarretratos y una maceta con una violeta; la foto nos mostraba a Vítor y a mí el día de nuestra boda; la violeta, que todavía tenía que brotar, la verdad es que jamás dio flor alguna. En casa, me dediqué a reordenar todos los muebles del salón y a comprar un juego nuevo de ollas; también me encargué de que, durante una ceremonia rápida y en medio de tragos de vodka, el rabino colocase una *mezuzá*[6] en la puerta del apartamento; al fin y al cabo, ¿no era aquél un hogar judío? También le pedí a Vítor que constelase las paredes del apartamento con tacos, tornillos y ganchos, de los que colgué viejas reproducciones, no todas muy apropiadas, es cierto, hecho que lo disgustó discretamente. En mi armario descubrí algunos vestidos que destiné a la caridad; desenterré de mis cajones entradas, cartas, tarjetas, fotografías, recortes, montones de papeles inútiles. La idea de llamarla por teléfono me rondaba y volvía a rondarme; la casa también era peligrosa: tenía que salir.

Inventé programas combinados de cine y cena fuera; vi tres películas rusas de uno de los ciclos del Cine Bristol y me di un atracón de *baurus*[7] de perritos calientes y de *pizzas*. Nada especialmente saludable, si bien del todo necesario. A Vítor le sorprendieron mis caleidoscópicas novedades, pero no puso objeciones; si tanto quería ir yo al cine y cenar fuera, ¿qué mal había en eso? Aunque ignorante de mis suplicios, él se había vuelto todavía más amable y presente: la consistencia de un esposo.

Al término de las seis malditas jornadas, supe que Aninha había vuelto a Europa; había cesado la época aprensiva. Al séptimo día, con un poco de recelo, procedí a hacerme las pruebas que el doctor Rosenblatt había indicado. Afortunadamente para mí, los agotadores exámenes no revelaron nada anormal y, pese a mis miedos, ni siquiera se acercaron a aquella naturaleza todavía provisional con la que yo intentaba ser compatible.

Reintegrada a la normalidad, me tragué mis dudas y asistí al afiligranar minucioso y, ahora, sin prisa: mis cefaleas se hicieron más espaciadas, Natália volvió al mutismo de su acuario, mi madre se unió a uno de los grupos de mujeres de la WIZO[8] mientras mi tío se prodigaba en el cortejo de la cuñada. La constructora había crecido hasta hacerse gigantesca, excesiva; Vítor hacía horas extraordinarias interminables y Hersh ya realizaba algunos proyectos menores. Jankiel, sin embargo, me preocupaba; no mostraba la mínima inclinación por planos de planta baja y materiales de revestimiento y, a pesar de que ya estaba acabando la educación secundaria, todavía no se había decidido por ninguna carrera profesional. Por mucho que el terrible compromiso de cuidar de mis hermanos no fuese más que algo del pasado, quise saber qué planes tenía.

Antes de decir nada, Jankiel tragó un volumen enorme de aire:

—Clara, voy a estudiar periodismo.

¿Periodismo? Aquello me puso los nervios de punta, estaba atónita y decepcionada. Pero ¿es que no sabía que se trabajaba mucho y se ganaba poco? Además, la

constructora…

—Siempre me ha gustado escribir —me interrumpió—. ¿Qué quieres que haga?

Su mirada era firme y osada pero, al mismo tiempo, de una extrema dulzura. Eran los mismos ojos de nuestro padre, clavados. El parecido tan estrecho me conmovió. Lo abracé como hacía siglos que no abrazaba a nadie, y repetí:

—Muy bien, periodista, que así sea. Pero el mejor de todos.

Me rodeó con más fuerza aún, y permanecimos largo tiempo integrando el único cuerpo de una familia.

Increíble: uno de los designios, finalmente, se estaba cumpliendo.

Aquél fue un año de cambios: algunos con un objetivo estudiado, como el que yo me había propuesto; otros imprevistos, como la salida de Natália del periódico. A mi amiga le habían ofrecido trabajar en una productora de vídeos y, para mi asombro, aceptó inmediatamente. Aun así, intenté argumentar que se convertiría en una publicitaria, una vendedora de cualquier cosa, ¿era eso lo que quería? Sus ojos claros tenían una sombra densa:

—No puedo trabajar más aquí, Clara.

Me sentí aterrada por el peso definitivo de la respuesta. ¿Había ocurrido algo grave que yo debía saber? Pasó la mano por mi rostro, los dedos en una caricia tierna: no, nada grave, y, dicho esto, me besó y se dirigió hacia la salida. La vi de espaldas, los rizos castaños al ritmo de los pasos, el cuerpo alto y ligeramente inclinado por sus andares de graciosa lentitud. Quise interceptarla, impedir al menos una pérdida en mi vida. No fui capaz, no hice nada. Quizá yo sabía por qué se iba Natália; no pude, aun así, admitir las verdaderas razones.

No otra vez; nunca más, me había dicho a mí misma.

Vítor y yo decidimos viajar. A decir verdad, yo quería salir de aquel ambiente, que, sin Natália, me parecía molesto e inhóspito. A tío Samuel, que se consolidaba en el papel de gran seductor, ya sin la preocupación de disimular su canto maldito, le entusiasmó la idea y corrió a reservar hoteles,

billetes, y a hacer recomendaciones de una cosa aquí, otra allá.

Cuando volvimos, había tres noticias: una buena, una mala y una peor.

La buena: Jankiel, a pesar de no haberse preparado para los exámenes, se había convertido en uno de los novatos de la carrera de periodismo.

La mala: mi madre y mi tío se iban a casar.

La peor: vivirían en la casa en que habíamos sido criados.

Otros tres pequeños relatos

La boda

Mi madre no había perdido el buen gusto, tampoco la vanidad. Los últimos acontecimientos la habían rejuvenecido: los ojos y la piel adquirieron un brillo y un color extraordinarios para una mujer de casi cincuenta años; al mismo tiempo, su expresión frágil, surgida tras la muerte de mi padre y que sin embargo permanecía, le daba un aire distinguido al rostro de líneas todavía firmes. Seguía siendo guapa, y cuando llegó para la ceremonia, acompañada de Hersh, un murmullo inmediato y elogioso confirmó mi impresión. El vestido, de color rosa antiguo, apenas rebasaba las rodillas; la muselina tenía una opacidad tan delicada que poco le faltaba para ser transparente. El cuello, sin el adorno de ninguna joya salvo la propia piel clara, quedaba a la vista por obra de un escote en forma de Y que llegaba hasta la juntura de los pechos. Las mangas cubrían los brazos, y en la muñeca derecha lucía un brazalete de corales, cuyo remate era un cierre de oro engastado de brillantes menudos que centelleaban. La cintura fina le resaltaba las caderas amplias y los fuertes muslos, cubiertos por la nube de tejido; las piernas terminaban en delicados escarpines forrados de seda rosada. El cabello se lo hizo recoger en un moño a la altura de la nuca, donde un tocado de flores acariciaba más que prendía. En las orejas, dos purísimas gemas resplandecían bajo la claridad enérgica de las lámparas de araña; los ojos prácticamente no tenían maquillaje, excepto por la sombra color carne que celebraba el verde de los iris. Los labios, finos, se delineaban con algún matiz impreciso entre el rojo y el burdeos. Las manos… ésas podían delatar un poco la edad, ya que ahí, en los dorsos, pequeñas manchas condensaban el

peso del tiempo. El dedo anular, desconociendo tales estigmas, ostentaba el anillo lluvia de diamantes, regalo de mi tío.

El anillo de la segunda boda de mi madre.

Al día siguiente de la ceremonia me desperté y allí estaba la efeméride: estrellas blancas y centellas furiosas cubriéndome la vista. Maldije el extraño ciclo de mis pesares y me sentí todavía más desdichada al recordar que el decoro exigía que se acompañase a la nueva pareja hasta el aeropuerto. Partirían, mi tío y mi madre, rumbo a la legítima luna de miel. El espacio vacío a mi lado anunciaba que Vítor ya se estaba preparando para la misión de yerno amantísimo. Yo, la que debía ser hija amantísima, no me sentía muy animada, tampoco muy feliz. Pensé que la jaqueca era consecuencia del ritual de la noche anterior: me había disgustado ver a mi madre jovialmente guapa y encantadora, infantilmente alegre y embelesada. Sin embargo, además de la jaqueca, cuyos motivos podía identificar muy fácilmente —mi madre se había casado con un necio—, estaba aquella angustia que me oprimía y estrechaba el pecho. Era un sentimiento triste y compacto, cuyos verdaderos orígenes me negaba a comprender; después, solamente mucho después, entendería que todo aquello no era más que la reedición de la melancolía que siempre me había acompañado. Pero eso, ese entendimiento, sólo me sobrevendría varios años más tarde. Las prisiones y las aprensiones, cada uno escoge las suyas, habría dicho mi padre. Y entonces yo no hubiera tardado tanto en saberlo.

En el salón, tía Raquel y Vítor desayunaban. Tía Raquel, que había venido de Sao Paulo para la boda y que se hospedaba en nuestra casa, nos acompañó a Vítor y a mí al aeropuerto, soportando con elegancia las chocarrerías del cuñado. Mi madre estaba tan contenta que, como siempre, poco le importaba el comportamiento tosco del novísimo esposo. Mis hermanos parecían inquietos. Hersh enseguida se encaminó hacia el quiosco de periódicos y Jankiel lo siguió. Yo fui a comprar aspirinas. La familia solamente volvió a reunirse en el vestíbulo del aeropuerto cuando llamaron a los

pasajeros para el embarque. Apretones de manos, débiles abrazos y se fueron, tío Samuel con la mano posada en el hombro de la esposa. Durante un mes, estarían lejos; todos nosotros, en aquel lapso de tiempo, debíamos hacernos a la idea de que ahora mi madre tenía otro marido. Por mucho que no hubiese cambiado siquiera de apellido.

En el camino hacia el aparcamiento, oí por primera vez las impresiones amargas de mis hermanos sobre mi tío:

—Ese hombre es un *potz*[9].

El que hablaba era Jankiel.

—Sí, es un *potz*.

Ahora hablaba Hersh.

Así eran, afortunadamente, mis hermanos. Pude constatar, una vez más, que las desgracias tenían ese amplio poder de unir a una familia. Tal vez sea extravagante confesarlo: hasta me sentía feliz. El dolor de cabeza desapareció y no volvió a molestarme en todo el día. La angustia, sin embargo, no sólo continuó, sino que en los días que siguieron se recrudeció terriblemente.

Una escalera para subir, otra para bajar

Tía Raquel, aunque viviese en Sao Paulo, estaba siempre presente en nuestras vidas; mitigó nuestro dolor y el trabajo tras la muerte de mi padre, extendiendo sobre nosotros el poderoso sentimiento de la solidaridad familiar. Había estado poco con ella en los últimos años, pero, de cualquier forma, siempre mantuve mi afecto a salvo del olvido del tiempo y de la distancia. Por eso insistí en que se quedase unos días más; afortunadamente, y porque agradecía el gesto, aceptó. Vítor y ella se avenían con cariño, los dos metidos en la cocina compartiendo recetas, una algazara amena y cómplice. La noche anterior a la partida de mi huésped, organizaron una opípara cena, cuyos platos permanecieron en secreto hasta el último momento y a la que convocaron a mis hermanos.

Jankiel fue el primero en llegar, vino directamente de la universidad. Hersh tardó un cuarto de hora más, y se presentó con una muchacha alta, de dientes prominentes,

ojos menudos y pelo negrísimo. Yo no la conocía, y cuando busqué la mirada de Jankiel para que me diera alguna explicación, vi que él esbozaba el mismo gesto interrogador. ¿Y yo qué sé quién es?, contesté con un gesto de los hombros. Antes de que el asombro se volviese denso e ineludible, corrí a ayudarla con el abrigo. ¿Cómo habías dicho que te llamabas? Hersh aguardaba la pregunta, estaba segura, y se anticipó a la desconocida:

—Ésta es Cristina, mi novia desde hace seis meses.

¿Su novia? Disimulé rápidamente mi incomodidad por el imprevisto y colgué el abrigo en el perchero que había junto a la puerta principal. Tía Raquel apareció en el salón para anunciar que la cena estaba lista; fue debidamente presentada. Se sentó, pasmada. Vítor se adentró en el salón manteniendo en equilibrio una aromática fuente; las novedades también lo habían trastornado. Cristina se sentía cohibida ante aquellas reacciones bobas, era evidente. Me apiadé de ella y, antes de que la inmovilidad general transformase mi casa en un estúpido velatorio sin difunto, me encargué de colocar un cubierto más, convocando a todos a que disfrutasen de aquellas maravillas. Una breve discusión acerca de quién se sentaba al lado de quién; fuese como fuese, Cristina y Hersh debían estar juntos, eso estaba claro. De hecho, todos acabamos muy juntos: no habíamos previsto que la familia aumentase. Mi tía, desempeñando el papel de anfitriona, se puso a servir el *borscht,* pero su carácter inquieto la llevaba a ocuparse de otras cosas: ¿por qué Cristina no había ido a la boda? Hersh ya esperaba, también, esta pregunta y respondió mientras se abastecía de una cucharada de nata.

—A mamá no le hubiera gustado. Cristina es *goi.*

La respuesta me aturdió: *¿goi*?

—Sí, y lo hemos decidido hoy: vamos a casarnos.

¿Casarse?

Podía jurar que mi hermano había preparado el texto de todas las respuestas con cautela, midiendo y sopesando el impacto de cada palabra. Comía con voracidad, y mientras comía, un tanto ansioso, explicó que Cristina era compañera

suya en la universidad y que habían mantenido oculta la relación por miedo a las posibles objeciones de nuestra madre; ellos tenían planes, una pequeña ceremonia civil, querían ahorrar dinero para viajar, ¿verdad, Cristina? Sí, así era, asintió ella, mientras con la punta de la cuchara trazaba dibujos revolucionarios en el plato de sopa.

Al *borscht*, de una tonalidad púrpura muy viva y de un sabor agridulce, le sucedieron *knishes, guefilte fish, chrein* y un pastel de patata. De postre, membrillos asados y un dulce de melocotón y ciruelas en almíbar. Observé a Cristina: mantenía la columna recta y los codos junto al cuerpo, se llevaba el cubierto a la boca con gestos naturales y saboreaba los bocados detenidamente, un plato cada vez, elogiando, sin afectación, a los cocineros. Una buena muchacha.

Al final de la comida, pensé que me correspondía a mí, como hermana mayor, pronunciar unas palabras. Pero ¿cuáles? Sólo pude proponer un brindis por la pareja. Ello animó a Jankiel:

—Yo también tengo una sorpresa.

Las copas, alzadas, permanecieron a la expectativa. Las novedades de Jankiel tenían el poder de desconcertarme. ¿Qué más podía ser?

—Voy a anular la matrícula de la universidad y trabajar en un *kibutz* durante un año.

¿Un *kibutz*? Pero ¿en qué cabeza cabía? ¿Sería posible que él no supiese que…?

—Clara —Jankiel tenía la manía de adivinar mis palabras y atajarlas—, no puedo vivir en la misma casa que tío Samuel.

Sentí que los ojos de todos se volvían hacia mí. Le correspondía a la hermana mayor deliberar sobre el asunto. La antigua carga volvía, inopinada. Finalmente, propuse: *lejaim*[10] para el que se casaba, *lejaim* para el que viajaba; que ambas decisiones viniesen en buena hora. Cuando los cristales se encontraron, entreví el rostro festivo y radiante de Vítor. Mi pecho se contrajo de manera notable y el sonido perdió el brillo dentro de mí. Brindé por la vida con la esperanza de que la lucidez o el valor me visitasen. Lo que

llegara primero.

De vuelta de la luna de miel, mamá se desesperó con las novedades. Creo que no tanto por las novedades en sí: la alarmó más comprender que estaba perdiendo —o que acababa de perder— la autoridad que tenía sobre sus dos hijos varones.

En cuanto a mí, yo presentía acontecimientos de los que ella nunca, en tiempo alguno, se recobraría. Lo peor, por tanto, al menos desde el punto de vista materno, estaba todavía por llegar.

Qué se le iba a hacer.

Los fraudes

La constructora había ganado un concurso para la restauración de un conjunto de caserones declarados patrimonio histórico, y fue necesario contratar más arquitectos para llevar adelante las obras. Por más que me hubiese esforzado, que hubiese tejido tramas escabrosas, que hubiese imaginado ironías absurdas, nunca, jamás, en tiempo alguno, hubiera podido suponer lo que estaba a punto de ocurrir.

Eran las ocho de la noche más o menos cuando Vítor apareció con la noticia: una amiga mía, compañera de la infancia, entraría a trabajar en la empresa. Me interesé: ¿quién era? La respuesta:

—Beatriz Levi.

Beatriz Levi. Un incontrolable estupor hizo que sólo pudiese repetir, estúpidamente, el nombre. Vítor me preguntó si me acordaba de ella. Intenté librarme de mi malestar y afirmé con un gesto de la cabeza. Él se deshizo el nudo de la corbata, dejó la americana en el respaldo de una silla y, al mirar en mi dirección, se sobresaltó: ¿me encontraba bien? Logré articular una excusa, débil y enrevesada como lo son todas las excusas. Tal vez fue ése, pienso hoy, el momento y la ocasión de contarle lo que él debía haber sabido desde hacía mucho tiempo. Qué estúpida fui al callarme. Vítor,

antes de meterse en la cocina para preparar la cena, aún tuvo la consideración de informarme de que la nueva arquitecta tenía muchísimo talento y que venía muy bien recomendada. Estupendo, fue lo máximo que pude comentar.

Me quedé en el salón, debatiéndome con el tiempo, combatiendo con el ocaso, insultando a todos los demonios que habían conspirado para que aquello sucediese. Beatriz Levi, la anodina y miope compañera de adolescencia, la perversa charlatana: en el patio de la escuela, hora del recreo, la frase más cruel que han escuchado mis oídos:

—¿Cuál de vosotras es el hombre?

Beatriz y Vítor trabajaban juntos y, para mi desazón, se hicieron amigos. El nombre infernal pasó a ser pronunciado por mi marido con una frecuencia incómoda —Beatriz por aquí, Beatriz por allá—, y más incomodidad me produjo el hecho de que Vítor comentase que la chica ilustraba las conversaciones con pasajes, todos muy divertidos, de su infancia y adolescencia, ¿no era un encanto de persona? No podía imaginar que aquella cuatro ojos pudiese haberse transformado en una persona encantadora, y me limitaba a ocultar la repulsa, y el gran temor, que ella todavía me causaba. La evitaba, me escabullí de todas las cenas que Vítor organizó para que las dos volviésemos a vernos, mi compañera de la infancia y yo. ¿Y por qué querría yo tener a Beatriz delante? ¿Y qué tendríamos para decirnos? Sin embargo, quise pensar que tal vez ella hubiese aprendido con el tiempo a ser más delicada; con todo, jamás confié en que hubiese relegado el hecho al olvido. No me quedaba otra alternativa que tener fe en la Providencia y arrepentirme, día tras día, de haberle ocultado a Vítor mi pasado y, principalmente, mi presente.

Aquella noche el desastre era inevitable: nos encontraríamos todos en una de las fiestas de mi tío. Llegué acompañada de Vítor y, ya a la entrada, sin que ella me hubiese visto todavía, avisté a Beatriz: continuaba con aquel aire de imbécil y llevaba unas gafas todavía más gruesas. Al verme, vino hasta mí, muy alegre, saltarina y desmañada; me abrazó largamente, provocándome auténtica repugnancia. Y

soltó un torrente de trivialidades: ¿cómo me iba?, los años no pasaban por mí, me conservaba muy bien, qué marido más guapo me había buscado, hacía tanto que no nos veíamos, ¿verdad? Sí, mucho tiempo, convine, pensando que todo el tiempo del mundo no sería suficiente para que algún día la echase de menos. Soporté sus muchos recuerdos: era capaz de acordarse, y de reírse sola, de todos los líos en que podíamos llegar a metemos cuando éramos adolescentes. Vítor prestaba atención, enternecido por el tardío encuentro de aquellas dos mujeres que tantas vivencias compartían. Transcurrida media hora, entendí (o quise entender) que ella evitaba *aquel asunto*: por lo menos no mencionó ni una sola vez el sacrosanto nombre de Aninha. Aun así, a pesar de esa confortadora impresión mía, no pasó mucho tiempo antes de que oyese:

—¿Has visto a Ana últimamente?

El vino me desgarró la garganta, un raspar que me hizo enmudecer. Vítor me miraba, Beatriz me miraba, tenía que decir algo. Intenté parecer natural: Ana estaba estudiando en París, había telefoneado hacía algún tiempo, vino a visitar a su familia. Vítor dijo que se acordaba de la llamada de teléfono. La prodigiosa memoria de mi marido me aterrorizó aún más.

—Eran muy amigas, las dos —Beatriz continuaba, cruelmente, y en un intento innecesario de ser más enfática, añadió—: Se querían mucho.

Vítor sonrió conmovido y dijo algo sobre el tiempo y las amistades. No pude oír la frase completa porque me venían ganas de destrozar los ojos de Beatriz con las uñas. Di gracias a Dios cuando Hersh se acercó a nosotros.

Cambiamos rápidamente de tema.

Contrariada a más no poder por los últimos acontecimientos, me sorprendí cuando, por algún enigmático criterio de méritos, me invitaron a medrar en la vida trabajando en un canal de televisión. Esta vez no hubo dudas y no tardé en aceptar, también porque la falta que me hacía Natália en el periódico era perversa. Mis competencias —gestión de producción de un programa que se emitía durante toda la tarde— no incluían unos derechos parejos: algunos

días ni siquiera almorzaba o cenaba, y no llegaba a casa hasta altas horas de la madrugada, cuando Vítor ya estaba roncando. Este hecho, el de no poder casi estar juntos, hería sobremanera a mi marido; protestaba, se lamentaba, él podía hablar más con Beatriz que conmigo: al final ¿para qué estábamos casados? Yo lo comprendía muy bien, eso no era muy difícil. Sin embargo, no podía sentir o decir lo mismo: no echaba de menos la compañía, tampoco las intimidades. La distancia, para mí, pasó a ser esencial, y los pocos momentos que compartíamos me resultaban incómodos. Un malestar escabroso como mi silencio.

Era una tarde de invierno. Yo intentaba ordenar algunas escenas en la cabina de edición, cuando oí:

—¿Clara?

Conocía la voz, conocía a la dueña de la voz; me di la vuelta. Una imagen querida:

Natália.

Ella pasaría a producir y a presentar las noticias del mediodía.

Pero ¿qué había pasado con la productora?, quise saber.

—Me escapé.

Nos reímos las dos. Y pensé que siempre me había gustado ver a Natalia reír. Dios mío, cómo me gustaba.

Los pasillos de la televisión eran azules, con varias puertas a derecha e izquierda. Yo trabajaba en la tercera a la derecha; Natália, en la cuarta a la izquierda. Las reuniones se celebraban en la quinta a la derecha, y el estudio principal estaba al final del pasillo. A las once y media de la mañana, Natália se metía en el plato de madera contrachapada y empezaba a prepararse, los cámaras se enredaban con los cables, era el parto vertiginoso del boletín informativo del mediodía. Yo subía a la *suite* de producción, un grandioso altillo acristalado que circundaba el área del estudio. El viejo acuario invertido; no era lo mismo, pero era igual. Junto a los técnicos, observaba los bostezos y muecas de mi amiga, el aburrimiento antes del aviso crucial. Cuando entraba en antena, sonreía a la cámara. Yo sabía que millares de

personas la veían en ese momento.

Confieso otra extravagancia: yo envidiaba a los telespectadores.

Natália era silenciosa. Ávidamente silenciosa. Quién sabe si debido a esa notable discreción, nunca se me ocurrieron las preguntas que debería —y que querría— haber hecho. Creo que ella nunca me lo dijo porque yo nunca le pregunté; era eso. Sólo podía ser por eso.

Llovía, aquella tarde. Copiosamente, podría decirse. Yo estaba en la portería, recibiendo a un entrevistado, cuando Natália pasó por mi lado. Seguí con la vista la figura esbelta, el cuerpo proyectado hacia delante, el pelo debatiéndose con la prisa. Allí fuera, comprendí, una muchacha esperaba. Pedí disculpas a mi invitado y me acerqué a la gran puerta de cristal. Las dos se alejaban, protegiéndose con el mismo paraguas de tonos terrosos. Las unía un estrecho abrazo, los rostros casi se tocaban; una intimidad que me perturbó el resto del día.

Mis intuiciones siempre fueron la antesala de las certezas. Aquella vez no fue diferente.

Todavía Ana en París

Porque eres bonita y porque acaricias el suelo con tus pasos y porque la nobleza vive en ti como un consuelo, yo te busco ahora, lamentando lo que vendrá: te despeñarás en tu propio cielo, rebasarás constelaciones y yo te perderé de vista, así como te perderá de vista quien te amó.

Pero, antes de eso, ahí estás. Otra vez París, la tormenta formándose con un afán desesperado, una fuerza de vendaval doblega las ramas, remolinos de hojas y desperdicios, y tú inquieta y suntuosa, rosa líquida que resbala por esta ciudad que nunca te acogió por más que te ofreciste a ella. Las piedras del Boulevard Saint Michel te beben, te tragan; poco a poco, y sin que lo sepas, te consumen. Tres libros llevas entre los brazos, aferrados junto a los pechos firmes; tres libros que, en su condición de materia, no saben ni entienden el paraíso que les toca en suerte en ese instante. Caminas con prisa, está a punto de llover, el cielo cada vez más bajo y terreno, una densa atmósfera de humedad y calor. Casi corres, los pies menudos llevando tu cuerpo que se lanza, que se curva, que encara el viento; las templadas ráfagas te quieren, se regodean y remolinan en tus cabellos, el aire te galantea a ti, precioso ser de ojos fluidos, joya de carne, solitario brillante de fulgor astral. Te aman los elementos, las esferas te veneran y cada átomo de la materia existe para maravillarse de ti. ¿Acaso podría ser de otro modo?

Ajena a ti misma y a tu poder de estrella que se ensimisma, entras en el pequeño ascensor. Te mueves de un lado a otro, impaciente; una leve punzada en la cabeza te incomoda y, sin que le hagas caso, el dolor enseguida se disipa. Por fin llegas a tu piso, abres la puerta del *studio*, enciendes las luces, dejas los libros y las llaves sobre la mesa.

Suspiras. El montón de papeles te disgusta; tus ojos se ensombrecen de fatiga y melancolía. Con la yema de los dedos acaricias la *mémoire* que tanto te ha costado escribir. Ahí está, se acabó, la has hecho, has trabajado, empiezas el tercer ciclo, seguirás en esta ciudad y seguirán espiándote por la ventana los tejados de los pequeños edificios y el verde del Bois de Vincennes. Así piensas que será y así quisiera yo que pudiese ser.

Un ardor te abrasa de repente; un temblor hace que vaciles. Aire, te falta el aire, te cuesta llenar los pulmones. Buscas el sillón y, en el primer paso que arriesgas, te asalta el vértigo. Enseguida vienen las náuseas, y un reflejo ansioso y anhelante te provoca arcadas. Te detienes, paralizada de miedo y asco. La mesa, la cama, las sillas, todo se mueve; los objetos parecen dominados por la sombra y la acción. Alcanzas el brazo del sillón y, con algún alivio, dejas caer el cuerpo. Con el movimiento brusco, tu cabeza parece haberse soltado del tronco, levitando al arbitrio de algún demonio; la verticalidad de las cosas se desordena y el mundo gira alrededor de ti. Es friísimo el sudor que te inunda, que se escurre desde la juntura de los pechos, que forma gotas en la frente y sobre el labio, que te empapa los pies dentro de los zapatos. Aire, necesitas aire, e incluso inmersa en el vértigo, piensas que debes ir hasta la ventana. Pruebas a apoyarte, te concentras en los brazos, te afanas, pero un ruido loco, proveniente del centro de tu propio cerebro, rebota en la mandíbula, te estremece los dientes y se propaga por las sienes con tal brutalidad que la fuerza de los miembros se diluye. El pecho se comprime y ese zumbido infernal se recrudece hasta lo imposible. Postrada y dolorida, respiras por la boca con dificultad, una niebla te embriaga la visión. La somnolencia es imbatible, los párpados arañan el misterio de tus ojos. Tienes miedo del sueño, percibes la morbidez de lo que te acomete. La ventana, quieres llegar hasta ella, tienes que hacerlo. Con pánico, deslizas las caderas, los codos apoyados en el respaldo; de repente, el cojín del asiento cae al suelo, te golpeas las rodillas con el pavimento, el tronco se impulsa hacia delante, el rostro arde por la rozadura contra

la madera. El pitido aumenta y es invencible, te agujerea los tímpanos, retumba dentro de tu frente, ondas de cataclismos chocan contra los huesos de tu cráneo. Tienes la boca seca, vas a morirte, piensas, vas a morirte y estás sola. Como si fuese tu salvación, te viene la imagen fraterna de la otra igual a ti. Repites su nombre y su nombre te da un poco de vida; miras hacia la puerta, necesitas ayuda, a gatas te arrastras, la idea del rostro tira de ti, aguijones de mil insectos en tu cabeza, la angustia de desfallecer, no quieres morir, necesitas que ella te salve, ella que está más lejos de ti que cualquier otro ser. Larga jornada, un enfermo igual que un soldado de infantería, y tu mano agarra por fin el pestillo, la puerta se abre de par en par y caes, la mitad del cuerpo en el rellano del edificio. Recibes el beso frío de la baldosa en el rostro, pechos, barriga, muslos aplastados contra la llanura sucia y gélida, tu mano se extiende y araña la rigidez de la piedra; deliras, preferirías la carne tibia sosteniéndote, aquel cuerpo que tanto se ajustó al tuyo, que estaba tallado a imagen y semejanza de tus contornos, el cuerpo que te reflejaba la vida misma en una simetría de espejos; el nombre y la imagen de la otra te desbordan y el mundo sucumbe, convertido en destellos que primero palidecen para después fundirse en un negror de inexistencia y soledad.

Ana, ¿qué te ha ocurrido? La rosa de los vientos de tu cuerpo se ha desorientado, todos los puntos cardinales en colapso; el desmoronamiento prematuro de la vida. ¿Y qué ha sido tu vida hasta aquí? Tu vida convertida en un remolino de sucesos intempestivos, un acontecimiento detrás de otro, siempre uno detrás de otro, la inquietud y los muchos deseos, imprescindibles y viscerales voluntades que ni la melancolía de la soledad ha podido sofocar. La muerte, ¿qué era la muerte para ti en esa sucesión de fenómenos? Una idea vaga, fantasiosa, ajena, eso era la muerte para ti. Y, de repente, una trampa en tu cerebro, el cuerpo no reconoce el peligro que viene de sí mismo. El cuerpo abreviando el propio tiempo, aprestando el tejido del fin. Tú, así alcanzada por la tela. Hilos, más y más, hasta la asfixia. Una vena tuya se tensó, un hilo; se reprodujeron las células, la tela; el cuerpo ladrón del

cuerpo, hurtando sangre y oxígeno, hasta la asfixia. En cualquier momento, a partir de ahora, puede ocurrir: tu cerebro puede reventar.

Tu cerebro estallando como un higo maduro.

Más fraudes

No puedo retroceder en el tiempo y cambiar el pasado; hoy sé, sin embargo, que el futuro sí cambia el pasado. Después de muchos años, al rememorar las cosas que ocurrieron, veo con complacencia un montón de equívocos que entrechocan en medio de un torbellino de sentimientos. No es que me absuelva del todo, en absoluto; únicamente he desarrollado una refinada forma de autoindulgencia. Me perdono un poco a mí misma; mi marido, con todo, por más cómplice que haya sido, nunca me perdonó nada. He aquí los hechos:

Aquella noche, como de costumbre, llegué muy tarde a casa, eran más de las once. Al contrario que en los últimos meses, la mesa estaba esmeradamente puesta y el perfume abundante de las exquisiteces de Vítor llenaba de delicias el apartamento: me confortó el espíritu cierto aroma que combinaba albahaca, cebolla y tomate. Mi marido vino a recibirme, anunciando que la cena era una sorpresa y que estaba casi lista. Una sola pregunta:

—¿Por qué nunca me contaste nada sobre Ana?

¿Ana?, repetí el nombre y, al oírme, percibí mi atonía. Me vino a la mente, en la más reducida e ínfima fracción de segundo, la escena de la adolescencia en el patio de la escuela, la frase en mis oídos con la fuerza del presente, la conversación incómoda en aquella maldita fiesta de mi tío. Presentí que Beatriz Levi no se había contenido. Otro enredo sin imaginación en mi vida; lo previsible se concretaba, como siempre. Respondí a la pregunta con otra pregunta: ¿qué es lo que Beatriz había comentado? Vítor, ratificando mis suposiciones:

—Beatriz me ha contado que tú y esa chica, Ana…

pasabais el tiempo juntas… todo el tiempo… vosotras…

Él no sabía qué hacer con las palabras, y era la primera vez que eso ocurría. Tampoco yo atinaba con lo que debía decir. La expectativa lo había transfigurado, sus ojos estaban fijos y su respiración se había vuelto entrecortada y dificultosa. Tuve miedo, y tan sólo pude defenderme: era algo que había ocurrido hacía tiempo, éramos amigas, estábamos siempre juntas, nos queríamos mucho.

—Pero vosotras, las dos…

Entendí su turbación, admiré el tacto inmenso con que removía aquellos hechos. Pero parecía que, a lo largo del tiempo, yo había desarrollado otro lenguaje, las palabras se habían vuelto abismos reflexivos y opacos. ¿Qué podía responder para que él lo entendiese? Para mí habría bastado decir que la amaba, y con eso habría resumido todo lo que él necesitaba saber. Pero me parecía que la extensión de tal económica simplicidad no le satisfaría. ¿Qué debía decir? ¿«Sí, teníamos dieciséis años y éramos amantes»? ¿O: «Sí, éramos novias, nos acostábamos juntas»? Opté por la segunda respuesta, me pareció la más completa. A pesar de eso, Vítor necesitaba detalles y me acribilló a preguntas, todas algo forzadas, es cierto. Yo, titubeante, apesadumbrada y estúpida, eligiendo los hechos más convenientes, refugiándome en una inocencia que me absolviese y en la que costaba creer, le respondí. Mi marido ahora apenas pestañeaba; filtraba mis palabras como si a través de ellas pudiese reintegrarse a mi vida. Intentaba entender, y su esfuerzo conmovía y era digno de piedad. Por mi parte, sentía que, con la omisión de algunos hechos más recientes, yo lo traicionaba cada vez más, y que nunca había existido tamaña distancia entre boca y corazón. Yo hablaba el lenguaje de él, dialecto de ausencias y vacíos. Yo, boba y tonta.

—Pero esa chica, Ana —aplicó una inflexión muy segura a su voz—, es aquella amiga de la época del colegio que telefoneó hace algún tiempo, ¿verdad?

Respondí que sí, que Ana había sido la autora de la llamada, un gesto cordial, nada especial, Beatriz había preguntado por ella en la última fiesta de la constructora, ¿no

se acordaba? Sí, sí, se apresuró a afirmar. ¿Yo no tenía ganas de verla? Sí, claro que sí, pero ahora Ana vivía en París, tan lejos, el pasado era el pasado, él no debía preocuparse.

—¿Y nunca más has sentido nada por ella?

No, que él se quedase tranquilo; hacía mucho tiempo de eso, repetí. Y, recalcando la misma cantinela —tanto, tanto tiempo—, la cantinela que él entendía, aunque mi verdad fuese otra, dejé traslucir una melancolía y tristeza tan grandes que acabé convenciéndolo de que todo aquello debía ser conducido a la cómoda zona del silencio. Aceptó el pacto implícito que yo proponía: no podíamos continuar hablando de aquello. Sonrió y tuvo la suficiente delicadeza como para cambiar de tema, comentando que la comida debía de estar lista, ¿tenía hambre?

Yo había perdido los lazos que conducían a la salida de aquel dédalo que me absorbía cada vez más: mi sino parecía ser la eterna perplejidad ante la fuerza de los errores repetidos. Mentiras, y, para no perder la costumbre, mentí una vez más, aunque el estómago dijese lo contrario: sí, tenía hambre.

Me senté a la mesa.

Había canelones para cenar.

El despertador se encolerizó a las siete de la mañana. Vítor, debatiéndose contra el sueño, entró en el baño. Aún podía echar una pequeña cabezada, y me abracé a la almohada. El justo adormecimiento ya casi me absorbía; el chorro de la ducha era sólo una señal impaciente del mundo de fuera. Entonces sonó el teléfono a mi lado. Sólo una vez. Descolgué.

Yo: ¿Diga? (¿Quién, a estas horas de la mañana?).

Ella: ¿Clarinha? ¿Eres tú?

Yo: (Muda de pánico: las mareas crecientes del pasado. Ana).

Ella: Soy yo, Ana.

Yo: Lo sé. (Tan cansada, tu voz. La bendición de tu voz, Aninha).

Ella: Clarinha, necesito hablar contigo. Tengo miedo.

Yo: ¿Miedo? ¿Qué pasa? (¿Miedo?).

Ella: Van a operarme.

Yo: ¿Una operación? (Dime que no es verdad).

Ella: El cerebro. Quería verte.

Yo: Ana, por favor, tranquilízate. ¿Qué tienes? (¿Una operación?).

Ella: Una malformación. Puede ocurrir en cualquier instante. De un momento a otro. Tengo miedo.

Yo: ¿Qué es lo que puede ocurrir de un momento a otro? (¿Qué?).

Ella: Puedo morirme.

Yo: Nadie va a morirse. ¿Dónde estás? (¿MORIR?).

Ella: En casa de mis padres.

Yo: ¿Cuándo van a operarte? (¿CUÁNDO?).

Ella: Pasado mañana. Quiero verte. Por favor, Clara.

Yo: ¿Pasado mañana? (Miedo, Ana, tanto miedo. Tengo que verte).

Ella: Perdona por llamarte, estás casada… Pero lo necesito. ¿Vas a venir a verme?

Yo: No importa. Ahora voy. (Imposible convivir con esto, con el miedo, Ana).

Ella: Te espero. Un beso.

Yo: Otro para ti. (Otros).

Colgué. Ana quería verme, lo necesitaba. Podía morirse. ¿Morirse?

Por más que yo quisiese que la urgencia del caso activase mis sentidos, continuaba pegada a la cama. Vítor salió del baño y encendió la luz del dormitorio. Cabellos húmedos de la ducha, la fragancia característica, la imagen compacta de la honestidad. Me miró.

—Estás pálida.

Estaba asustada, suspiré. ¿Por qué?, quiso saber, girando el cuerpo, esforzándose por meter el brazo dentro de la

manga de la camisa. Reuní unas sobras de ánimo y coraje; el nombre de ella me salió límpido como las dos vocales que lo componían. Él se volvió hacia mí, aturdido por el pavor; era como si yo hubiese evocado al diablo:

—¿Ana? ¿La Ana de quien hablábamos ayer?

La pregunta le salió indecorosamente angustiada. Estábamos los dos angustiados, al fin y al cabo. Hice una señal afirmativa con la cabeza. Me preguntó qué era lo que ella quería. Un torrente imprevisto salió de mi boca: mi amiga iba a ser operada, algo en el cerebro, quería verme, podía morirse. Vítor se sentó, abatido, a los pies de la cama, la expresión transfigurada, un ser perplejo y temeroso.

—¿Y vas a ir a verla?

Sí, afirmé con toda la convicción que me había faltado durante mi vida. Él adivinó:

—Nunca has dejado de querer a esa chica, ¿no es así?

Por misericordia, por lealtad, por no sé qué clase de sentimientos, estuve de acuerdo con él, tenía razón, yo la quería. Y justo después, como quien corrige una gran falta, enmendé: yo la quería mucho. Su expresión fue desmoronándose poco a poco, se deshizo; en un impulso, debatiéndose, intentó objetar que aquello era una obsesión mía. Tal vez, dije, quién podía saberlo. Las palabras, aunque breves, me aliviaron, se hicieron transparentes, la luz pasaba a través de ellas; se acabó la mampara opaca, se acabaron las virtudes nebulosas de la fantasía. Él adelantó el tronco y todavía lo intentó una última vez:

—¿Y si hiciésemos como si esa chica no hubiese existido nunca?

¿Cómo podría yo hacer una cosa así?

Se pasó los dedos por la cara bien afeitada:

—Llegué a pensar que era Natália. Debería haberlo sabido.

Se sujetó la cabeza con ambas manos y el cuerpo se convulsionó. Sucumbió, finalmente, a la desesperación.

Intenté acercarme. Quería abrazarlo, mimarlo, aliviarlo. Su sufrimiento me había contagiado, y la conciencia de que nos dolíamos por cosas diferentes estimuló aún más ese

deseo. Él hizo un gesto con la mano para que me apartase. Lloraba.

Fui al baño, me di una ducha rápida, me vestí: máxima urgencia, la mayor de todas, Ana podía morirse. Antes de salir, dejé la alianza encima de la mesa. El fulgor metálico me trajo la imagen de la sonrisa de mi padre. Pensé, de inmediato, en mi madre y en mis hermanos, todos en busca del amor perfecto. El mío, ahora, imperfecto, estaba deshecho.

Vítor ya se había marchado.

Medulla oblongata

En la casa de la Rúa Auxiliadora todas las ventanas estaban abiertas. Llamé al timbre y me abrió la madre de Ana. ¿Qué debía decirle a aquella mujer? Ella adivinó mi desasosiego con la intuición de las madres.

—Está durmiendo, Clara. Son los medicamentos.

La observé y sentí una lástima inmensa por el aniquilamiento inscrito en cada arruga. De inmediato, sentí lástima por mí misma. Le dije que Ana me había telefoneado.

—Lo sé. Entra, querida.

Obedecí. La casa emanaba olores pesados y difíciles. Había varias maletas cerca de la puerta. Apareció el padre de mi amiga y me extendió la mano. Correspondí al saludo y me senté en el sillón que me indicaban. Me hundí en el asiento, lista para escuchar. El resumen de los hechos:

—Ana tiene una malformación en el tronco cerebral —hablaba el padre de Ana—. Tal vez podamos salvarla con la operación.

¿Tal vez? Posibilidad y duda. ¿Más posibilidad que duda? ¿Ana iba a morirse?

—El acceso a la zona es difícil. Cualquier lesión… —No terminó la frase; hizo un gesto de abandono con la cabeza y se pasó los dedos por la frente y la calva. Se recompuso, finalmente, e intentó ser más preciso: ahí estaban los centros de las funciones vitales, la respiración, los latidos cardíacos; la maraña de venas y arterias, la precisión milimétrica de la estructura. Hablaba, pero la voz fue consumiéndose y consumiéndose, casi desistiendo de ser oída. Al final calló, para enseguida repetir, convenciéndose o lamentándose, todavía hoy no lo sé muy bien—: Cualquier lesión…

¿Ana iba a morirse? Más duda que posibilidad, estaba

claro. El itinerario quintaesencia!, el extracto de todo a punto de ocurrir. Huía de mí el entendimiento, era yo la que quería huir. La madre de Ana se levantó y salió del salón, sentí el impulso de seguirla. El padre de mi amiga apoyó los antebrazos en las piernas, la cabeza se inclinó, vencida. Después se irguió, tomando impulso con las rodillas. Los dedos tenían la misma forma que los de Ana. Tan exactamente parecidos que lo encontré sobrenatural. Todo sobrenatural. Ana podía morirse.

—Si no probamos con la operación, es sólo cuestión de tiempo. —La palabra *tiempo* le salió lentamente, las consonantes luchando en vibraciones fatigadas. Sus ojos eran parpadeantes y lastimosos—. Por eso decidimos operarla. Ana quiso volver a Brasil. —Y fijando la vista en las maletas, lleno de pesar, añadió—: Llegamos ayer.

La muerte delante de nuestros ojos. Mirábamos el equipaje, como si Ella estuviese allí, metida entre las ropas y los libros. Una gran mudez de luto nos unía. La madre de Ana entró en el salón, interrumpiendo nuestro ensimismamiento. Mantenía tres tazas en equilibrio sobre una bandeja; nos las ofreció y se sentó. Apoyó el platillo sobre la mano izquierda. El café estaba amargo y bebí a disgusto. Deseé ir al cuarto, despertar a mi amiga, ver si aún vivía. Me contuve: ¿y quién iba a operarla? El padre de Ana se sirvió una cucharada más de azúcar y removió con lentitud, círculo tras círculo.

—El doctor Rosenblatt. Ya hemos hablado con él. La operación está programada para pasado mañana.

El doctor Rosenblatt, el mago de mi infancia, el maletín lleno de ardides. ¿Qué truco podía guardar para la ocasión? Fue el turno de la madre de mi amiga:

—Clara, Ana no habla de otra cosa que de volver a verte. Sé bienvenida en nuestra casa.

Dejé el café y me quedé mirando a la mujer. Quise decirle algo, pero continué muda, aturdida y triste. Los padres de Ana también estaban turbados. Ellos lo sabían, siempre habían sabido lo nuestro, lo de las dos, seguro que sabían de la existencia de mi marido. Ahora, en un acto de amor extremo, lo aceptaban. ¿Qué nobleza era aquella que las

tragedias propiciaban?

En ese momento apareció Ana en el salón. Silenciosa y espectral, flor mística que pertenece al mundo de las irrealidades. El camisón blanco le llegaba a los pies; cabeza y miembros convertidos en breves magnolias. El rostro tenía el agotamiento de las enfermedades, pero las pupilas, resistiéndose a renunciar a la vanidad, adquirían tonos verdosos y limpios. Había en Ana cierta belleza implícita o trascendente, algo sutil pero que se imponía a todas las impresiones visibles que yo era capaz de alcanzar. Al verla allí, tuve la noción exacta del embaucamiento al que yo me había sometido: el tiempo sin ella había sido un tiempo equivocado. Y yo estaba allí porque ella así lo había querido. Los padres de Ana se retiraron del salón, atenta misericordia. Ella dijo mi nombre y extendió los brazos hacia delante: me quería con ella. Caminé fascinada por aquella imagen, sonriendo como quien sonríe a un arcángel.

Ana tomó mi rostro entre sus manos. Sentí sus dedos presionando mis sienes, los pulgares bajo mis maxilares. Me atrajo hacia sí y me besó suavemente, la lengua acariciando mi labio inferior. La envolví en mis brazos y, al notar su constitución descarnada, me volví más pequeña que ella; no sabía si yo era una niña o una amante.

¿Debía consolarla?

Quería que ella me escondiese bajo sus brazos, protegiéndome de todas las amenazas. Las agujas del deseo estaban allí, pero también había un descanso somnoliento, como en un barco. Ella balanceó el cuerpo serenamente, llevándome con ella, mar sereno, mar bajo un cielo limpio, un barco con suelo de cristal, y no había nada más que temer. Nada más.

Después me tomaste de la mano. Actuabas con naturalidad, como si siempre hubiésemos estado juntas; actuabas como si la ausencia y la sensación del paso del tiempo no fuesen nada frente a tu voluntad y tu cansancio. Me condujiste hasta tu habitación y, humilde, seguí tus pasos

sosegados. Tus dedos presionaban ligeramente los míos y eran, sin embargo, robusta cadena: asían las cosas alejadas que inevitablemente debían estar juntas. Me contaste tus padecimientos con una voz de tonos descoloridos: hacía días que los vértigos te asolaban, el ruido de las turbinas aún te hacía daño, tenías sueño, apenas habías podido dormir en toda la noche, no sabías si yo acudiría a tu llamada. Pues ahora yo estaba allí y deberías descansar, fue lo máximo que pude decirte; yo que empezaba a temer las palabras. Cerré las cortinas y te acomodé, mis manos en forma de copa amparando tu cabeza, y tu cabeza leve como un globo de gas. Quisiste saber cuánto tiempo me quedaría contigo. Para siempre, te lo prometía, respondí, y me sonó falso el juramento, no por la intención, sino por la precariedad. Para siempre, repetiste; para siempre, volviste a repetir dócilmente; te adueñabas de las palabras con fe. Yo me llené de temores.

¿Para siempre?

Dijiste que no querías dormir, que querías verme, que pasarías horas mirándome, horas, tanto me habías echado de menos, tanta falta te había hecho. Pero los tranquilizantes te hacían suya, te inducían el sueño, mascullabas las palabras, hasta que sólo quedó un trozo de sonrisa en tu boca. Te dormiste, el rostro finalmente libre de sombras; descansabas.

Me quedé a tu lado, pensando que todo en ti se había alterado.

Las formas de morir

Las palabras son el instrumento de Dios, y sólo Él las conoce. Las cosas, dado que no conocen las palabras, quieren perseverar en su ser.

La piedra, por ejemplo, quiere ser eternamente piedra.

Las palabras, Ana, las palabras que yo hubiese podido decirte habrían surgido alteradas por la desesperación y nunca serían más que sonidos huecos. Sonidos huecos que tus oídos apenas distinguirían, todo en ti diluyéndose tan tristemente, tú sumida en el sueño y en la paz. Por eso permanecí a tu lado, evitando tocarte, sin poder evitar la desesperación. Y tú, dueña de tu mundo, diosa de tu voluntad, ¿qué otra cosa querías sino continuar viviendo? La Idea allí, cerca de nosotras, entre nosotras, pared diáfana y poderosa que nos alejaba a las dos, que nos privaba a la una de la otra. Ahora tu vida era así: un barco que, aunque visible desde el puerto, se alejaba en una curva, tocando apenas la circunferencia esencial para después perderse en la distancia. Parada en el muelle, yo lanzaría cuerdas de mi vida para rescatarte, para tenerte radiante, pulsátil, aérea a mi lado algunos años más, algún tiempo más. Que se transfiriese a ti una parte de mi Soplo y que navegases conmigo en ese condensado globo todavía un poco más: eso era todo cuanto pedía a Aquel que conocía las palabras y que nos designó a ti y a mí para unimos solamente en ese momento.

Dormías, Aninha, dormías y temí que te hubieses ido. Dormías como si te hubieses entregado ya a la inevitabilidad de lo que queríamos burlar; tan manso, tan quieto, tan lleno de brillo tu rostro, como si la vida se perpetuase después y

todo fuese solamente eso mismo, dormir. La luz se irradiaba a través de las cortinas, ellas mismas incendiándose; me proporcionaban las cortinas, por condescendencia piadosa, un retazo de la tarde para que yo pudiese verte. Bonita, estabas bonita. Los cabellos se bordaban en la funda de la almohada en espesos caminos, tonos y más tonos acastañados adhiriéndose al tejido blanco, religiosamente blanco; una fiesta de vivos contrastes, y tus cabellos no acusaban los desórdenes que la enfermedad tramaba en ti. Tu cara, mientras dormías, no tenía las arrugas de la preocupación o del sufrimiento: la frente como serena llanura, solamente interrumpida por los arcos simétricos de las cejas; las pestañas, largas, claras y curvas, se unían en el remate de los párpados, allí donde serpientes azules describían finos esbozos. No podía verte los ojos, pero sabía que un torrente se refrenaba tras el sueño; el éxtasis de todas las hojas, hierbas, algas, de todos los verdes. Tus ojos, Ana, expresivos en los humores acuosos y vítreos, compacta masa vegetal siempre llena de exclamaciones. Y esas arrugas, esas pequeñísimas arrugas en los extremos de los ojos, que se habían formado lejos de mí, esas arrugas, pérfidas e injustas, no las tenías en nuestra adolescencia. También eran nuevas esas profundas manchas lívidas que cavaban pozos abismales de cansancio y tristeza y desolación. Me inquieté porque tus labios, casi abiertos, estaban secos, se apergaminaban por la sed; pero sabía que, bajo la piel agostada, la carne continuaba de un rojo encendido, punzantes venas cargando los jugos de tus interiores, la suavidad cóncava de tu boca.

¿Cuántas veces besé tu boca?

Pocas, muy pocas veces, insuficientes para una vida, comprendí. Por piedad hacia mí misma, por sentimiento, por amor, vencí la muralla que había entre nosotras y besé tu sed una vez más. Cerca de ti, en la brisa de tu aliento, sin apartar mi rostro del tuyo, quise creer, Aninha; quise creer con un empeño tonto, sin ningún escrúpulo; mi voz, pura volición.

¿Cuánto tiempo permanecí al borde de tu cama? ¿Una hora? ¿Dos? Un tiempo que no pasó, que no existió; tiempo salido de mí, delirado. Rememoré los días de mi exilio sin ti,

revertí fin e inicio, mañana y noche, las horas recorridas hacia atrás; días tortuosos, incompletos, faltos de acabados, días que no fueron míos: el recuerdo me convertía en una visitante ocasional de mi propia historia; yo transformada en una aparición de mí misma. No me valía un solo día del pasado y los descarté porque no eran míos, porque no estabas; pensaba que tampoco en adelante me valdrían las horas de mi vida sin el sacramento de tu existencia.

Abriste los ojos y, aturdida, me miraste. Dijiste mi nombre, lo repetiste, y me oí en tu boca y sentí como si no fuese yo, como si fuese un nombre ajeno, la palabra destinada a otro ser; la gracia de tu voz, repitiendo eternamente mi nombre; y escuché mi nombre dicho por ti como quien escucha la Palabra. Me arrodillé ante el primer bautismo de mi vida, ante la consagración que me daba la santidad de tu voz; me arrodillé junto a ti, me dejé santiguar frente, boca, pecho por tus extrañas cruces. Tus ojos me acogieron en vórtices de esmeraldas, dos ríos de precioso fulgor; tus ojos y tu rostro, Aninha, tu rostro hermano de lo divino, el acto creativo en tus facciones; ángel mío, mensajera redentora, reina dulcísima.

Me pasaste la mano por el pelo y por la cara, los dedos recogiendo lágrimas, y me dijiste: no llores, Clara, no llores, mi amor. Te miré, quise que repitieses todavía una vez las palabras consagradas, el afecto que robé de ti y que sin embargo conservaste porque ya era tuyo. Apoyé mi rostro en tu pecho, la suavidad de la carne bajo el camisón, los senos trémulos, tu construcción de estatua.

Y te deseé.

Y tú, que nunca ignoraste mi deseo, y porque la vida se alojaba tan profundamente en ti, me abrazaste aún más, y me dijiste: ven, mi amor. Y me llegué a ti, temiendo enfrentarme a la debilidad de tu cuerpo. Pero, firme como la piedra que eras, me sujetaste el rostro entre las manos y me atrajiste tan cerca de ti que pude ver el caudal de tus pupilas. Tus labios convertidos en alas, translúcidas, pausadas, suaves membranas. El beso de la bendición, pensé, y me sentí redimida de los males que te había infligido a lo largo de los

años. Me alentaste a que te devolviese el cariño y, con temor, coloqué mi boca sobre la tuya, y un arrebato de escalofríos recorrió mi cuerpo. Me moriría de tanta Gracia. Te escudriñé con delicia, apreciando tus texturas, las texturas del mundo que resumías para mí; hice correr la lengua por piedras y satenes, por el cielo rugoso del paladar, por las ásperas papilas, por la tersura de tus mucosas; ahora tu sed se había ido y estabas llena de líquidos, la vida se derramaba de tus glándulas: me bendecía tu saliva. Tus uñas arañaron mi espalda, tu respiración se aceleró; mociones de la urgencia. Entonces te apoyaste en los codos y erguiste un poco el busto; demasiado esfuerzo para ti, y te alcé el tronco. Te desvestí y me maravillé, como ocurría siempre, de lo sublime de tu desnudez. Tú desnudez tan próxima, Aninha, siempre tan conmovedora. Me desembaracé de mi ropa y volví a las artes que la naturaleza había plantado en ti. Sí, habías adelgazado mucho, se te marcaban las costillas, los duros huesos que te guardaban el corazón. Sin embargo, el deseo vivía entre la piel y el hueso; más: se nutría de tus vísceras, de los órganos, de los sistemas, de los jugos; la linfa del deseo te inundaba hasta la médula, se escurría de ti derramándose. A mí se me contagiaba tu ímpetu; las pulsiones resguardadas hacía tanto. Hundí la cabeza en tu vientre y aprecié el movimiento de todos los fluidos, de todas las entrañas. Tu vientre, Aninha, el organismo semoviente, digestión, peristalsis, el contraer y expulsar involuntarios que te garantizaban la vida. El cuerpo produciendo residuos para continuar entero y limpio; tu cuerpo limpio, purificado de tan limpio, santo, santísimo. Besé la cicatriz de tu nacimiento y bendije tal hora. Deslicé los dedos por tus muslos, erizando el fino vello. Tus piernas habían perdido la masa robusta que las constituía; pude recorrerte la anatomía, el conjunto de músculos que se entrecruzaban: uno de los fascículos venía desde la rodilla, elevándose en tensas fibras, para descansar tan sólo junto a la ingle.

Junto a aquella herida.

¿Qué te hicieron? Entraron en tu interior, escudriñaron tus arterias, navegaron por tu sangre, avistaron la topografía

de tu cerebro, los dos hemisferios como mundos parejos y reflexivos: descubrieron la isla maldita que se expandía en tu cabeza. Te profanaron, Aninha. Te acaricié la cicatriz pavorosa, la unión imperfecta de la carne, la sangre estancada en un ansia de plaquetas y corpúsculos, la formación lenta de las cicatrices. Extendí los dedos en medio del vello y allí reposé, cansada, muy cansada. Pero querías que continuase, e inmediatamente aspiré el olor a torrentes, penetrante aroma de levaduras, enzimas borboteantes, emanaciones de tu angustiada intimidad. Tu sexo tenía el sabor de las vicisitudes de los años; el mismo sabor cálido de la pulpa bajo el sol. El aire y el sabor que me venían de ti, tan sagrados como la propia vida, ahora formaban parte de mí. Una vez más dijiste mi nombre y me alejé de aquel pequeño paraíso, de aquella bendición terrena y acre. Apoyé el cuerpo en las manos y avancé por tu tronco; suavemente, sin prisa. Tus pechos me aguardaban con una impaciencia lechosa, los pezones levitaban, botones de arcilla desparramándose en el volumen generoso. Jadeabas. Te mimé y te mimé, azotando tu pureza con el instinto que me impelía. Me tendí sobre ti, las areolas se encontraron, los tejidos anhelaban tornarse uno solo, la fusión impar a la que aspira el cuerpo. Me enlazaste y sentí en el vientre el lodazal de tu prisa, la sabia pegajosa en una avalancha tibia; tus caderas se movían con lentitud y demora, tus piernas dotadas de un poder imprevisto. Se cerraron tus párpados, tus narinas se hincharon, el conocido rictus; tu boca aspiraba el color del aire, azules, morados, rosas, diluías en los pulmones las siete almas del arco iris; tu piel convertida en un prisma que fraccionaba la luz. Tenías la existencia de un astro, y tu cuerpo, ahora, orbitaba dentro de mí; tú, Aninha, esfera densa de materia primaria esperando la explosión. Amé tu delitescencia, se esfumó el pánico y presioné mi vientre contra el tuyo. Poco tardaste, corta la respiración, cortos los movimientos, tus uñas rascando mis senos, afiladas en mi nuca, la boca como un órgano expuesto, como una fruta desafiando a la flor, torsiones de palabras impronunciadas, la espuma fresca estallando en tu lengua; tú toda contraída y aún más contraída, por muy poco el

desvarío de los sentidos. Pronunciaste mi nombre dolorosamente y te sobrevino un fuerte jadeo; retuviste el aire durante algunos segundos, el aire y sus colores, hasta que espiraste fuertemente, inundando el cuarto, las cortinas, el día con tu más genuina pintura.

Se despejó tu rostro, tus manos resbalaron por mi espalda, por mis brazos, y descansaron. Yo no podía hacer más que aquello; que te hubieses corrido me bastaba. Me aparté y me maravillé de tu falsa muerte, carne ansiando ser carne, bella y exhausta estatua yacente.

¿Cuál era la palabra designada para ti en aquel instante?

Duramadre

La casa estaba tranquila, inmenso vientre de pulsaciones adormecidas. La luz de la calle la habían dejado encendida, y sólo una claridad opalescente daba nueva vida a los muebles del salón. Sofá, sillón, mesa, sillas; la pequeña chimenea de ladrillos blancos y su reja de hierro forjado. Sobre ese escenario familiar se cernía una inminencia trágica, la sensación asombrosa de que todo podía venirse abajo, no sólo el salón de la casa de Ana, sino también todo el entorno. Fui a la cocina y, en la semioscuridad, encontré el armario de la vajilla: un vaso. Abrí la nevera y un triángulo de luz perturbó la suavidad de la penumbra. Me serví agua, me apoyé en la encimera de piedra y bebí a pequeños tragos. El agua no me saciaba, no era sed lo que yo tenía.

Tronó y el eco retumbó por las paredes. Me asusté, tal vez Ana se había despertado a causa de la furia. Corrí hasta el cuarto, guiándome por la pequeña lámpara de cabecera que le guardaba el sueño. La encontré en la misma posición: el rostro hundido en la almohada, la colcha rozando el cuello, las láminas de los labios translúcidas y entreabiertas, la respiración muy profunda y muy serena. Como si nada.

Me tumbé en el colchón que me servía de cama y que la madre de Ana preparaba con desvelo, atendiendo al deseo de la hija. Pensé que no tenía sed, no tenía sueño, no sentía nada; quería que amaneciese y que la lluvia cesara. Vi que la mano de Ana se crispaba en un espasmo. Me puse alerta, pero enseguida ella pronunció mi nombre, irguiendo la cabeza. Tenía los ojos empañados e inyectados en sangre, las ojeras herían la expresión con surcos violáceos. Me levanté y me puse de rodillas junto a la cama.

—He tenido un sueño —dijo.

Dije que era tarde, que intentase dormir, lo había recomendado el doctor Rosenblatt.

—Lo sé —respondió Ana, apretando mi muñeca con tensión.

Después me miró fijamente, una mirada que me calcinó los sentidos: me invadió el miedo.

El miedo. Una reacción instintiva ante el peligro. Un impulso ancestral de preservación. Yo quería huir. ¿Adónde?

—Tienes miedo, Clara.

Era obvio y, aun así, pavoroso. Aninha me atrajo a su lado.

—No va a pasar nada, no te preocupes. Yen, acuéstate conmigo.

Y, dicho esto, dejó espacio en la cama. Me acosté y la abracé. Se enroscó en mí, sus piernas y brazos me ataron, y al instante, potentes drogas, se durmió. Yo, tal como estaba, estrujada entre la pared y el cuerpo tibio, caí en la cuenta de que nunca habíamos tenido, Aninha y yo, una cama de matrimonio; nunca un espacio en que pudiésemos trazar fronteras: este lado es mío, este lado es tuyo; yo leo, tú duermes. Pero, aunque hubiésemos compartido una cama de la anchura de un océano, tuve la certeza de que Aninha me habría atrapado entre aquellos nudos como si fuese un pulpo, y que yo habría tenido que conciliar el sueño atada a esas cadenas que me provocaban más el deseo que el descanso. Me distraje con ese pensamiento y mi vista erró por el cuarto. En el estante de libros estaba aquella antigua imagen de una santa, la pátina más evidente por el efecto de la luz tenue. Los brazos, abiertos y hacia delante, las palmas de las manos vueltas hacia lo alto en un clamor evocador. Los ojos, como de costumbre, eran huecos. ¿Y si aquella santa de ojos inexpresivos pudiese, de verdad, hacer un milagro?

El día después, al fin

La madre de Ana me despertó tocándome cariñosamente el pelo. Durante la noche, tres o cuatro veces sentí que se asomaba a la puerta y, siempre arrebujada en la bata,

escrutaba el rostro de la hija con angustia. Ella esperaba que llegase la mañana, que llegase la tarde, que llegase la noche y que llegase la operación. Todos lo esperábamos.

Ni el padre de Ana, ni la madre ni yo fuimos a trabajar ese día. Le di a mi amiga el tranquilizante de las diez, la pastilla azul y áspera. La besé y salí, sin entretenerme.

Había escampado. En el trayecto a casa, empecé a sentir las palpitaciones del dolor; penosas oleadas me venían desde la nuca, oprimiéndome la frente. Temblando y con náuseas, giré la llave en la cerradura. Desierta la casa, ni siquiera el perfume amaderado permanecía en el aire. Fui al dormitorio y abrí todas las puertas del armario: blusas, faldas, abrigos continuaban en el mismo sitio. Trajes, pantalones y camisas habían cedido su lugar a un gran claro. Acaricié la superficie lustrosa del armario ropero, seguí las venas de la madera, me consolé junto al aroma de la linaza. Me eché en la cama, descubrí el perfume de Vítor en la almohada. Aquél era el último rastro de mi marido. Yo sabía que por escrúpulos —nunca por desamor— había recogido él sus ropas y su olor.

Me tragué dos aspirinas y tomé un largo baño. Telefoneé a la televisión y hablé con Natália. Se inquietó: ¿quién había enfermado? Después se lo explicaría mejor, prometí. Mi amiga me calmó, ella se encargaría de todo. Antes de colgar me hizo una última pregunta:

—Clara, ¿es un caso de vida o muerte?

La cefalea se intensificó a partir de aquel momento. Sí, lo era.

Cuando doblé la esquina y entré en la Rúa Auxiliadora, divisé un bulto en una de las ventanas de la casa. Una visión: era Ana, y por un instante me pareció que aquella escena nunca se había desvanecido. Me abrió la puerta, los gestos pausados. Los pies, que normalmente apenas tocaban el suelo, se arrastraban penosamente. Se apoyó en mí: habían vuelto los vértigos. ¿Por qué, entonces, aquel esfuerzo de caminar hasta la ventana?, le reproché, mientras la acomodaba en el sofá. Me dirigió una sonrisa que sólo era melancolía y una más de sus frases fascinantemente simples: le gustaba verme llegar. Me senté a su lado, pensando que ni

siquiera la enfermedad podía domar aquellos humores lánguidos e imprevistos, las voluntades recalcitrantes, las frases sobrias y exactas. En otro impulso, se atrevió con una pregunta:

—¿Y Vítor?

Me conmovieron el sentido venidero de la indagación, el tono angustiado de quien necesita de un futuro, y la jaqueca se volvió aún más exasperante. Planes, ella precisaba de planes; había imaginado la trama de su propia vida a través de finísimas proyecciones, quimeras de potencia irreversible. ¿Tendríamos el derecho a hacer planes? Le contesté que la ropa de Vítor no estaba en el apartamento. Los ojos de ella centellearon, pero volvieron a ensombrecerse.

—Clara, ¿y si me muero?

¿Morirse?

Ella no iba a morirse; no, ¿le quedaba claro? Ella repetía que sí, que le quedaba claro, no voy a morirme, las manos agarraron el camisón, no quiero morirme, los puños golpeando los muslos, no quiero, el cuerpo estremeciéndose, todo va a salir bien, su voz se exaltaba por momentos, no voy a morirme.

—¡No quiero morirme! —gritó al fin.

La violencia peligrosa de la voluntad, venas, capilares y arterias inundados de furor. Un esfuerzo inhumano para contenerla, a duras penas la inmovilidad: no iba a ocurrir nada, yo no lo iba a permitir.

No lo iba a permitir.

Y nos abrazamos las dos, desesperadas, temblando de miedo, las dos con un miedo igual, las dos con un pavor igual.

Nosotras que siempre habíamos sido tan iguales.

La tarde

Dentro del coche, compartimos el espeso mutismo del miedo. Con el mismo miedo entramos en el hospital, en el ascensor destinado a los pacientes, en la habitación. Yo conocía muy bien aquellos olores; me marearon. De nuevo

quise huir. ¿Adónde?

Ana se acostó y permaneció allí, en la vulnerabilidad de una cama extraña. Enseguida dos enfermeras con sus pasos modestos rodearon a mi amiga, pastillas, tubos, frascos, catéteres, jeringuillas. Una tira de goma agarrotaba sin compasión la poca carne del brazo; la piel se frunció, las venas se ofrecieron con una abundancia sufrida. La aguja se clavó, oblicua; el émbolo, lenta y gradualmente, retrocedió, absorbiendo una cantidad increíble de líquido, la esencia rubra resbalaba por el metal, masa ígnea de vida confinándose entre las paredes de plástico. Desvié la mirada de la escena maldita y avisté el crucifijo en la pared, justo enfrente de la cama. Brazos abiertos, los pies juntos, llagas, corona de espinas, la postura de la muerte. Ellos creían que Dios tenía un hijo y que lo había ofrecido en sacrificio. La enfermera colocó la jeringuilla llena de sangre en una bandeja de aluminio y, a toda prisa, se retiró de la habitación. ¿Cuántos sacrificios más, entonces, serían necesarios?

El doctor Rosenblatt apareció a última hora de la tarde. El maletín, las gafas, las canas. Cuando me vio, me señaló con la barbilla: ¿qué hacía yo allí? El padre y la madre de Ana hablaron al mismo tiempo, un tímido alboroto. Ana se interpuso:

—Es amiga mía.

La siguiente expresión del médico fue la de quien ha adivinado algo de suma importancia, que yo no llegué a comprender. Ah, amigos; es bueno tener amigos, se explicó. No me hizo ninguna pregunta más. Yo esperaba que él tomase asiento y abriese el maletín, los prodigios de los estetoscopios, termómetros, espátulas. Por el contrario, continuó de pie. Con un gesto afabilísimo, posó la mano en la pierna de mi amiga y, adueñándose de toda la atención de la pieza, quiso saber: ¿le dolía la cabeza? ¿Seguía teniendo vértigos? Ana apretó los labios y me miró, como si yo supiese las respuestas. ¿Cómo iba a saberlo? Finalmente, ella dijo que le dolía la cabeza y que seguía teniendo vértigos. La madre de Ana se abrazó al marido. Los dedos del médico,

completamente en reposo, rodeaban el delicado tobillo; no movió ni un solo músculo del rostro: inquirió si ella tenía hambre. No, no tenía nada de apetito, y hacía algún tiempo que lo había perdido. El doctor Rosenblatt dijo que a partir de aquel momento sólo podría tomar líquidos, ¿de acuerdo, señorita? Ana asintió, pero sus auténticas preocupaciones se revelaron en la pregunta siguiente, hecha con los ojos llenos de pavor:

—¿Van a cortarme el pelo, verdad?

La mano de él se contrajo, provocando pliegues en la sábana. Se quitó las gafas y volvió a ponérselas. Sí, querida, era necesario.

—Pero ni siquiera verá nada; estará dormida, es mejor así.

Y, dicho esto, se dirigió hacia la puerta. El padre de Ana lo siguió y yo fui tras él. Se pararon un poco más allá; los observé a distancia. Conversaron por un breve lapso de tiempo. Las palabras del médico eran murmullos, soplos perdidos en el caos de olores y ruidos asépticos. Se estrecharon la mano, el padre de mi amiga volvió a la habitación, la cabeza gacha en una aceptación pesarosa. El doctor Rosenblatt vino en mi dirección:

—¿Y su marido, Clara?

¿Qué debía responder? Él estaba bien, gracias.

—¿Y la cabeza?

Me duele a veces, dije un tanto aturdida; hoy, por ejemplo.

—Venga a hablar conmigo. Últimamente han sacado nuevos medicamentos para el dolor.

Su acento extranjero era gracioso. Medicamentos para el dolor. Pasó una enfermera por nuestro lado, prudente y discreta como si no quisiera ser vista.

—Su madre estaba muy guapa el día de la boda.

Sí, el doctor Rosenblatt tenía razón. Y, en la misma frase, enmendé: ¿creía que Ana tenía alguna posibilidad?

Me pasó la mano por los hombros, haciendo que lo acompañase. Nuestros pies avanzando con la misma cadencia, echamos a caminar por el pasillo. Todas las puertas estaban cerradas. Los pasos resonaban metálicos en las

paredes alicatadas. Inspiró profundamente y, reflexivo, dijo:

Dans la médecine et dans Vamour; ni jamais ni toujours.

¡Pero yo quería tanto que ella viviese!, insistí.

—Lo sé —afirmó—. Lo sé todo.

¿Todo?

—Se conocen desde hace mucho tiempo, ¿no es cierto?

Desde la adolescencia, aclaré.

—Su padre y yo éramos muy amigos, él me confiaba cosas. —Se interrumpió y se colocó frente a mí. A continuación, me dio un beso en la frente y me recomendó que me cuidase y que permaneciese al lado de Ana—. Ella precisa de personas que la quieran de verdad. Su padre, si estuviese vivo, tal vez sabría entenderlo.

Me quedé inmóvil, pasmada. El ascensor se lo tragó con su puerta de madera gastada y antigua.

La noche

Fue una de las numerosas veces en que a lo largo de mi vida quise hablar con mi padre. Me hubiera quedado quieta, escuchando la voz llana, el tono sereno, las palabras medidas; ninguna exageración en los gestos, sólo la brasa del cigarrillo yendo de aquí para allá, marcando pausas y avances, la puntuación suspensiva de los discursos de la memoria. Muy especialmente, me hacían falta, en aquel momento de espera, los grandes silencios a que se entregaba mi padre, lagunas del pensamiento que siempre me tocaba a mí rellenar. Me hacían falta, por tanto, las palabras no articuladas, áreas de lucidez y plenitud. Principalmente de lucidez.

Tal vez me dormí, no lo recuerdo. Oía pasos furtivos en el pasillo, oía los ruidos sordos de las madrugadas. Se había aguzado el sentido del oído en la ausencia de luz, y era terrible porque me parecía distinguir el gotear discontinuo del frasco de suero, el líquido escurriéndose con paciencia hacia el interior de las venas de Ana; el instilar monstruoso e injusto.

A las seis de la mañana comenzaron los movimientos del amanecer, precedidos por una claridad azulada. La puerta de

la habitación se abrió y tuve miedo. Eran los padres de Ana, el tormento en la expresión de la cara: no habían podido descansar. Poco después, compareció una enfermera.

Y otra.

Al instante había un ejército alrededor del lecho de Ana, balbuceos inextricables, más jeringuillas, tubos, catéteres, un nuevo frasco de suero, los vestidos blancos de las sigilosas enfermeras provocándome una inquietud creciente e incontrolable. Me acerqué. Mi amiga estaba despierta, los ojos lacerados y vacíos. Como los de la santa. Vacíos los ojos de Ana; por primera vez en la vida aquellos ojos callaban, estaba anestesiada la voluntad de las pupilas, apagado el flamígero relucir de los iris. Quise que ella reaccionase, que los mares se concentrasen y se expandiesen allí, una vez más.

Me aterroricé: había llegado la hora.

Ruido de metales, gomas deslizándose por la superficie lisa del suelo.

Sí, se la llevaban.

Una de las enfermeras miró a las otras con expresión de circunstancias e interrumpió el paso: los dedos de Ana le apretaban la mano con energía. Todas se detuvieron. Mi amiga irguió la cabeza y me miró. El rostro había adquirido finalmente los colores sacramentales de la conciencia, las pupilas palpitaban vigorosas, la vida subterránea afloraba en las órbitas, rompiendo el ofuscamiento de la inercia. Los ojos de Ana, cisternas opulentas de vida, me empaparon de dulzura. Se desordenó el mundo y me precipité hacia la camilla. Tomé su mano, fascinada por los acontecimientos. Nervios, huesos, cartílagos; la carne tan frágil y a un tiempo tan poderosa. Me até a ella, las cadenas de mi existencia alimentándose del suave contacto, de las uñas, de las cutículas, de la fuerza concentrada en el asimiento y el agarre; yo nutriéndome de Ana, huesos, músculos, grasa, dermis, epidermis, la piel rindiéndose a la conformación del esqueleto.

Y ella dijo sin pudor, cántico escandaloso y tierno, las dos palabras consagradas, aquellas que, junto con el nombre de Dios, eran la esencia del Misterio.

Se la llevaron.

Ana y su sueño

Se te llevan, Ana, y todavía puedo verte en ese momento, justo antes de perderte de vista, antes de que te precipites en el firmamento que es tuyo, antes de que te pierdas en medio de las agrupaciones de estrellas, antes de que inaugures una marca imprecisa más en el zodíaco. Me maravillo de tu belleza enferma, de las vetas ingratas del padecimiento, de la lividez en que se hunden tus ojos opacos y, aun así, benditamente verdes. Se te llevan, y eres un ser enfermo más, sólo uno más, a quien intentarán salvar. ¿Qué puedo hacer por ti en un momento así? Quisiera restituirte la dignidad; por lo menos, quisiera decirte palabras que escuchases y que te sirviesen de lenitivo y de amparo, diferentes de lo que ha sido dicho hasta ahora. En la medicina no hay espacio para el decoro: un violento léxico de restos y expulsiones. Tú igual a millares de millones de otros, tú siempre tan inédita y singular en tu vida, tú ahora transformada en un cuerpo que se rebela contra sí mismo, tú sólo un cuerpo más a punto de ser profanado. Quisiera estar a solas contigo, prestarte un poco de calidez, tendría en las manos tus órganos, correría con tu plasma, te acariciaría la piel, vibraría en los huesecillos de tus oídos, te haría humana, dolorosamente humana, como deberían serlo las personas en ese momento. Pero no: apenas sigo el trazado de tu camilla por los pasillos. Y me duelo y me apiado porque la más bonita de las hijas del mundo se va en una incorruptible soledad.

Ahora se vacían los sentidos, no te reconoces en nada, las palabras no se parecen a sus propios sonidos, tampoco se asemejan a las cosas que nombran. El nombre de las cosas te falta, Ana, y precisamente en el momento en que todos los nombres tendrías para decir. Te falta, así, el ánimo, te falta el

juicio, te falta la acción de tus miembros; tú inmersa en la apatía, la apatía robándote las palabras, y las palabras inarticuladas yaciendo en el inocente seno de las cosas. Se te llevan, el movimiento te aturde y escuchas el perpetuo ruido hueco de la goma chirriando contra el suelo. Yagas, perdida y sutil, tu cuerpo levita angélico sobre la camilla, la misma camilla que, de tanto aislamiento, te parece grande e imprecisa como un continente. Las camas solitarias, las camas que te tocaron en vida, amplias como extensiones de territorios deshabitados, se repiten ahora en ese precario lecho de enfermo, el lecho que deambula por pasillos de luces frías y metálicas. Tus ojos, confusos de inexactitud, sólo encuentran rostros que desconoces, que te desconocen, que te tratan como si ya no estuvieses aquí, caras serias, duras, perfiladas, desfile de piedra que quieres interrumpir, que quisiera yo interrumpir, si pudiese. Nada, sin embargo, ninguna reacción puedes esbozar, los brazos atados por las robustas cadenas de los medicamentos, cánulas que te vacían de ti y que, lo sabes, te inducen cada vez más nebulosidades desconocidas. Tu mano, pese a todo, aún vive y conoce la lucidez vigorosa del tacto, la sabiduría de la piel: se quema tu mano por el contacto con la otra, con la otra mano, los otros dedos como prolongaciones fantasma de los tuyos; la piel incendiada te trae la imagen amada de tu igual, aquella que ha venido a ti, finalmente ella ha venido a ti, y piensas que vas a vivir para tenerla a tu lado todavía durante años, muchos años más. Te conforta la idea, te confortan las palabras de adoración que pronunciaste, te conforta el rostro amado, te conforta haberla querido por tanto tiempo, y te hundes y te ensimismas en ese sentimiento que concentra el éxtasis de la Revelación. Una sacudida más fuerte interrumpe tu arrobamiento, la ampolla sujeta a la barra metálica oscila como un péndulo, hasta que unos dedos sin cuerpo, extraordinariamente delicados, atajan el movimiento y el líquido se agita, ondulante. ¿Dónde estás? Te agitas, te irritas, te asustas, sientes un gusto amargo, la bilis acre desgastando tu estómago. Un ascensor, lo distingues; estás ahora en un ascensor, las paredes de color ceniza, ambiente

opresivo, gigantesco amargor, y te vienen la asfixia, las emanaciones acerbas del vómito, el cubículo cerrándose sobre ti, la sensación de que te mueves, flotas, caes, vertiginosa caída libre, mareo de vorágine. Tú, tu cuerpo de paciente incendiándose en el mismo sol.

Se detiene el silbido del vendaval y, a duras penas, intentas abrir los ojos, ansias que todo haya acabado. Pero no, allí están los bultos, las enfermeras, los rostros marciales, las apariciones te flanquean, y continúa zumbando y zumbando sin parar en tus oídos el ruido helado de la goma contra la piedra. Sueño, tienes sueño, es poderoso, ineluctable, pero resistes, tienes que resistir, quieres ser dueña de algo al menos, y continúa la fricción nerviosa que intenta acunarte y que no te proporciona ningún sosiego. De súbito, adviertes que el frasco reposa en su vertical, se calma el contenido translúcido: estás parada. Te desesperas, te han abandonado, te han dejado en un rincón, se han olvidado de ti, vas a morirte aquí, sola. Las luces del techo brillan con ferocidad y te laceran aún más, aguijoneándote la base de la nuca, punzándote el alma. Frágil, frágil, así te sientes, y si pudieses llorarías de abandono y desesperación. Como un consuelo, arma de toda tu vida, viene a socorrerte el rostro amado, los ojos de siempre, la boca del placer te dice mudamente: tranquila, tranquila, Aninha, soy yo, Clara, no va a pasar nada, y ella te besa y besas el aire que ella respira; le sonríes, boba, a esa alucinación, sonríes porque los labios te atizan las pulsiones, porque sientes sus brazos rodeando tu cuerpo. Tranquila, tranquila, vuelve a repetir, la voz te acuna y te arrulla, ella te alza el tronco, tus piernas están libres, tus brazos están libres, ella te ha liberado, va a amarte, su cuerpo roza levemente el tuyo, la textura de su piel se funde con la tuya, ella maravillosa de belleza, de la belleza que siempre le atribuiste, ella tan igual a ti, la otra, aquella que te hace feliz. Entre tanto, un frío colosal se abate sobre ti y, para tu mayor desesperación y tragedia, la imagen se diluye; el poder de las lámparas insiste y ya son otras las manos que te tocan, manos toscas, manos duras; manos que no pertenecen a tus delirios, y se cierne sobre tu cabeza una insistente claridad feérica,

como inmensas lunas de acero. Un rostro, ves un rostro, es dulce la imagen de lo humano y casi te calma, pero está esa máscara que oculta parte de las facciones, sabes que es un hombre, los ojos protegidos por lentes, los dedos te tocan la frente, dedos sin carne, yemas sin jugo, quieres saber qué ocurre, qué te van a hacer, dónde está Clara, dónde está tu madre, tu padre, quieres preguntar, quieres irte, no quieres que él te toque, te invaden los escalofríos, algo te comprime la caja torácica y, antes de que puedas debatirte, te presionan las sienes y la frente con hierros glaciales. Desdoblamiento de tu impotencia, vas a morirte, piensas, te aplastarán el tronco, la cabeza, tu cuerpo transformado en nada, la presión desesperante e inmovilizadora, quieres salir de allí, quieres librarte de lo que te impone la pasividad, no quieres morirte, llegas a pronunciar algo y todo lo que oyes es tu corto gemido. Nuevamente el rostro enmascarado del hombre, el mismo hombre, el médico, quieres que él apague la maldita luz, que te libere el tronco y la cabeza, vas a pedírselo, se te mueren las palabras, el médico desaparece, más rostros asoman a tu alrededor, una legión de seres encubiertos, hablan, hablan entre sí, murmullos, todo lo que distingues son murmullos, nuevamente se te aparece él, el médico, la máscara, y te dice lo único que puedes comprender, vas a dormirte, Ana, vas a sentir mucho sueño, vas a dormirte. Quieres tocarlo, dudas de que sea real, la carne encubierta por telas, la luz confundiéndote, él sigue mirándote, repite las mismas palabras, sueño, sueño, sientes sueño, la imagen se divide, se duplica en espectros, cuál de ellos es él, el hombre, los sonidos ahogándose, extenuándose, disminuyendo, sinfonía de quietud, sueño, sueño, el hombre se desvanece en un hilo de luz, la luz condensada como una lejana vela en la oscuridad, después trémulos destellos como los de la llama de una vela que agoniza, después la negrura, como si todas las velas estuviesen apagadas.

Duermes, finalmente, y te dejo, hermosa mía. Te dejo entregada a la contienda de láminas y gasas, al ambiente estéril y reverberante. Ellos todavía no lo saben y nada puedo decirles.

Una pena.

El fin

Podía —todavía puedo— ver a través de ti incluso sin que te hubiesen abierto. Tú, una fruta, y te abrieron, piel y acero en mezcla cruel, la lámina rasgaba, un rastro de sangre tuya, sublime sangre, insidioso camino en la bóveda de tu cabeza, la bóveda celestial de tu cráneo, un escalpelo de dolor en ti, que dormías.

¿Qué es lo que te hicieron? Tu pelo, te lo raparon, los rizos moribundos, tijeretazos ingratos ciñendo la pura seda tuya, la prima tonsura de un querubín. Duro el hueso sin la suavidad del cabello, tu cráneo ofreciéndose como un caparazón, el escudo firme de tu cerebro partiéndose, cediendo el paso como si fuese de tiza, traslucientes meninges, piamadre de pequeñísimos vasos, pulpa de neuronas y sinapsis, el Universo repetido en perlas dentro de la caja de tu cabeza, tu cielo y tus más secretos arcanos.

¿Por qué tú?

¿Por qué precisamente tú, Aninha, si eras tanto y lo eras todo? Mis días los consagré a ti, uno tras otro, exactamente así, uno tras otro. Te cultivé en la ausencia, memoricé el tiempo y las cosas. Te rodeé de cuidados, vigilé tus horas, guardé tu nombre en mí y tu nombre era céfiro y elegía. Te poseí más que nadie porque yo te inventé, Aninha; yo te creé y te extinguí de mi vida, yo te perdí para mí, para el miedo, para todos los miedos, yacente ángel adorado, maravilla de los cielos, mitología de mi vida. Me quisiste con amor sempiterno, para siempre; para siempre no existe, para siempre es siempre por un pelo, Aninha. Y el único ser eterno siempre fuiste tú.

¿Qué ocurrió después?

Quise decir lo que se dice en tales momentos, la síntesis del credo. No pude. La profesión de fe no cabía en mi boca. Salí de allí corriendo. Subí al coche e, impetuosamente, invadí el despertar de la ciudad, crucé las avenidas, los semáforos todos en rojo, la luz escarlata cegándome todavía más, multiplicando la opresión en mi cabeza, los conductores con cara de sueño, el cosmos desperezándose para recomenzar. Recomenzaban ellos. Y yo, ¿qué era lo que recomenzaba?

Crucé el portalón de hierro, pasé por el kiyor; buscaba. Era la primera vez, mi primera vez. Busqué y busqué, los antepasados yaciendo silenciosos, una desesperación de no encontrar; todos eran otros padres, otros abuelos, otros tíos; otras familias. De repente, Aninha, ahí estaba: la piedra, ángulos y aristas, la tersura perseverante, la inscripción, la foto, el nombre. Mi padre. ¿Mi padre? No, Aninha, no era mi padre, era tan sólo la tumba que atestigua la existencia y que depone contra todos los esfuerzos. Piedra pulida negra y sin vida. Restos sin ninguna palpitación; ruinas de esperanza. Abracé la piedra, abracé la muerte y se me contagió el frío. Busqué un canto y lo deposité sobre la sepultura. Piedra a la piedra.

¿Qué más podía hacer?

Nada, salvo volver a casa. Allí, las paredes explotaban; las ventanas eran telescopios que acercaban el mundo de fuera. Los astros revoloteaban por el techo, el sol colgado sobre la mesa, yo aturdida a causa de tantas luces.

Luces.

Cubrí los espejos, evitando mi propio reflejo, evitando ver en mí los colores de la fatalidad. En la puerta de la cocina, el rostro de Ana: más pálida, más delgada de lo que nunca fue, los ojos de un tono verde y álgido. Triste, la eterna imagen querida. Triste.

Nunca más, en los muchos años que siguieron, dejé de contarme a mí misma lo ocurrido, relatos reflexivos llenos de

imprecisiones y de fantasías impacientes. Sabía que me traicionaba la facultad de recordar, como, de hecho, me traicionaron todas las cosas, y que había una parte de esa historia que escapaba a mi entendimiento.

La historia.

Había —hay— siempre otra historia, la coherencia sospechosa de las remembranzas, los fragmentos desesperados de los hechos y, al fin y al cabo, de la vida. Pero algo supe desde entonces, la certeza perpleja e irrefutable que siempre sucede a los equívocos. Pasé a venerar eso, mi única certeza, y a repetirla y repetirla para que nunca más la fuerza de los errores sucesivos se abatiese sobre mí.

Yo lo supe: el amor exige expresión. No puede permanecer quieto, no puede permanecer callado, ser bueno o modesto; no puede, jamás, ser visto sin ser oído. El amor debe resonar en bocas que rezan, debe ser la nota más alta, aquella que hace añicos el cristal y derrama todos los líquidos.

Agradecimientos

Doy gracias al doctor Nelson Venturella Aspesi, médico más que entregado a su profesión y amigo de toda la vida, por la disponibilidad y por las muchas y preciosas orientaciones que me dio; a Miriam Grossi, por la emoción y por las sugerencias prestamente enviadas desde muy lejos; a Solange María Luíza Basso de Mattos, por la ayuda cariñosa y por el entusiasmo; a María Luíza Rietzel Remédios, por el tiempo que me concedió cuando más lo necesitaba; a Fabrício Carpinejar, por la atenta y generosa lectura; a Iara Nemetz, dulce amiga, que un buen día me trajo un recorte de periódico; a Adriana Kajon, por haber, incluso en la distancia, creído; a Geni Moscovich y a toda mi familia, por estar siempre conmigo.

Y a Luiz Paulo Faccioli, querido compañero, por todo el amor que hay en esta vida.

Notas

[1] «El amor exige expresión. No puede permanecer quieto, permanecer callado, ser bueno, modesto; ser visto sin ser oído, no. Prorrumpirá en palabras de adoración, será la nota más alta, aquella que hace añicos el cristal y derrama el líquido». (*N. del E.*). <<

[2] Variedad de naranja, típica del estado de Bahía, también conocida como naranja Navel. (*N. del T.*). < <

[3] Dulce compuesto de yema de huevo y almíbar, parecido al tocino de cielo. (*N. del T.*). <<

[4] Descubrimiento de *Matzeiva*: inauguración de la lápida sepulcral, que tiene lugar un año después del entierro. (*N. de la A.*). <<

[5] *Chicse*: muchacha judía; por extensión, designa también a las empleadas domésticas. (*N. de la A.*). < <

[6] *Mezuzá*: pequeña caja tubular, colocada en las jambas de las puertas de los hogares judíos, que contiene un pergamino en el que hay inscritos pasajes del Deuteronomio. (*N. de la A.*). < <

[7] *Bauru*: sándwich caliente de jamón, queso, lechuga y huevo. (*N. del T.*). < <

[8] WIZO: Women's International Zionist Organization, organización filantrópica judía formada por mujeres. (*N. de la A.*). < <

[9] *Potz*: el órgano sexual masculino en reposo y, por extensión, tomado despectivamente, una persona torpe y estúpida. (*N. de la A.*). < <

[10] *Lejaim*: literalmente significa «por la vida». Tradicional forma de brindis. (*N. de la A.*). < <